Clara Ann Simons

LA ESCRITORA

La escritora

Clara Ann Simons

La escritora
Clara Ann Simons

Copyright © 2023 por Clara Ann Simons.
Todos los Derechos Reservados.
Registrado el 1 de enero de 2023 con el número **2301013013062**

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

La obra describe algunas escenas de sexo explícito por lo que no es apta para menores de 18 años o la edad legal del país del lector, o bien si las leyes de tu país no lo permiten.

La portada aparece a afectos ilustrativos, cualquier persona que aparezca es una modelo y no guarda ninguna relación en absoluto con el contenido del libro, con su autora, ni con ninguno de los protagonistas.

Para más información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en claraannsimons@gmail.com

Twitter: @claraannsimons1

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Otros libros de la autora

Capítulo 1

ISABEL

Me despierto y apenas soy capaz de ubicarme. Lo primero que llama mi atención es el silencio; una tranquilidad solo rota por el cacareo de alguna gallina o el ronroneo del gato de mi madre sobre la cama.

Volver a Mazaricos, el pequeño pueblo de Galicia donde pasaba los veranos cuando era una niña, resulta extraño y aterrador a partes iguales. Mis padres insisten en que muy pronto me acostumbraré, me aseguran que ganaré en calidad de vida y que el pequeño pueblo le vendrá muy bien a mi hija. Pero echaré tanto de menos la vida en Madrid…

—¿Nerviosa?—pregunta mi padre en cuanto bajo a la cocina tras una ducha rápida.

Asiento con la cabeza y le sonrío mientras me sirvo un café. Rodeo la taza con las manos, dejando que el calor me reconforte, observando a través del vapor que desprende a mi padre jugando con mi hija Mencía.

La niña lo está llevando mucho mejor que yo. Supongo que a los dos años y medio, vivir en el pueblo con los abuelos es una aventura para ella. Juega con los perros, corre tras las gallinas, observa a las vacas. Yo en cambio, me he tenido que tragar el orgullo pidiendo ayuda a mis padres y regresando al pueblo para vivir en su casa, pero es que mi situación económica es desesperada. Sin ingresos tras perder el trabajo, en una ciudad tan cara como Madrid, no había forma de seguir adelante.

***

Los sonidos de un mercado al aire libre inundan el ambiente. La *Feira da Picota* se celebra dos veces al mes, el segundo y cuarto sábado, y en vez de disfrutar de ella, estaré encerrada en el pequeño café donde hoy comienzo a trabajar. Y menos mal que doña Paloma me ha ofrecido ese trabajo, porque ya es bastante duro volver a mis cuarenta y dos años a la casa de mis padres como para hacerlo sin ningún tipo de ingresos.

Cruzo la plaza y escucho el regateo, las pisadas de los visitantes, las llamadas de atención de los vendedores, el llanto de un niño que llama a su madre. De camino al viejo café, el aire huele a rosas, a sidra de manzana, a pan recién horneado. Las calles del pequeño pueblo son enrevesadas, algo confusas, como si las hubiese diseñado una persona muy mayor o con mala

memoria.

De la puerta cuelga un letrero tallado en madera, “Casa Antón”, posiblemente tan viejo como el propio café. No parece gran cosa desde el exterior, un edificio de una sola planta, con un tejado rojo y un toldo blanco. Un pequeño vergel de plantas en diversas macetas brota junto a la puerta principal ofreciendo a los visitantes una vistosa paleta de colores.

Parece muy antiguo, como si llevase allí desde que se fundó el propio pueblo, sin cambios desde que una generación ya lejana abrió sus puertas por primera vez. Huele a café recién hecho y a madera vieja. La luz es tenue, sus sillas y mesas son testigos silenciosos del paso de los años.

Ni un ruido en el interior, como si el viejo edificio pudiese detener el tiempo, tan solo el piar de los pájaros o algún perro que ladra a un transeúnte en la lejanía.

Doña Paloma me recibe con una amplia sonrisa en la boca. A sus setenta y cinco años mantiene una energía envidiable, pero se queja de que le duelen los huesos y camina algo encorvada.

En un abrir y cerrar de ojos, me explica los pormenores del pequeño café que regenta y que ya había pertenecido a su padre. Tampoco es que haya mucho que aprender, lo más complicado es la máquina de café, nunca he tenido experiencia en hostelería y su funcionamiento me resulta un poco extraño.

—¿Esto es siempre tan tranquilo? —pregunto confusa al observar la ausencia de clientes a pesar de tratarse de un día de feria.

—Pues depende, unas veces sí y otras no —responde doña Paloma en el más puro estilo de Galicia.

Me encojo de hombros y sonrío, dándome cuenta de que posiblemente me ha contratado más para hacerle un favor a mi madre que por necesidad, porque debo ocuparme tan solo de una persona.

Y allí está ella. Sentada en una mesa apartada, concentrada en el teclado de su ordenador portátil. El mundo podría llegar a su fin en el exterior y esa mujer ni siquiera se enteraría. Tan solo abandona las teclas para dar un pequeño sorbo a un café que debe estar ya frío.

Sus dedos son largos y finos, las uñas cortas y bien cuidadas. Su pelo es de un color caramelo que encaja a la perfección con su pálido tono de piel, los ojos azul profundo como el cielo de un día de verano. Tiene la boca pequeña, los labios finos y delicados. El aroma del café inunda la estancia, no es abrumador, no invade tus sentidos, pero está ahí, lo notas, se encuentra en todas partes.

—Sabela, son las once. Hora del café bombón de la señora—

indica mi jefa señalando con la barbilla a nuestra única clienta mientras prepara un café con abundante leche condensada.

Al acercarme a ella para servirle un nuevo café, lo primero que noto es su perfume. No se parece a nada que haya olido antes; huele como el aire después de la lluvia, como el dulce y fresco aroma de la hierba recién cortada. Como la brisa primaveral en un día cálido.

La mujer degusta su café como lo haría con un buen vino. Sus ojos son brillantes, las pestañas largas y oscuras. Lleva una camisa sin mangas, fina y blanca, con un escote pronunciado que insinúa unos pechos perfectos y te conduce hacia ellos aunque intentes evitarlo. Sus chanclas de cuero rojo dejan ver unos pies finos y elegantes. Joder, no sé por qué me acabo de fijar en los pies de una mujer, pero es que nuestra única clienta me parece tremendamente intrigante, hipnótica. O quizá estoy demasiado aburrida, seguramente sea esto último.

—¿Siempre le sirves el café a la misma hora? —pregunto a doña Paloma, más por tener algo sobre que hablar que por interés.

—Viene los martes, jueves y sábados a las diez de la mañana. Toma un café solo a esa hora. Un café bombón, bien cargado de leche condensada a las once y un pincho de tortilla con una Coca Cola a las doce. Tras el pincho, se va a su casa —explica mi jefa sin darle mucha importancia a la extraña rutina.

Me balanceo en una silla mirando hacia el techo. Son las once y media y solamente ha entrado otro cliente para un café rápido y se ha marchado con la misma velocidad. No sé si podré acostumbrarme a esta calma, me agota. Echo de menos las prisas de la gran ciudad, las calles rebosantes de gente, el ruido de Madrid.

Desde la cocina llega el delicioso olor de la tortilla de patata que doña Paloma está preparando para nuestra única clienta y consigue que se me haga la boca agua. Por momentos, mi aburrimiento es tan grande que me apetece ir a hablar con la misteriosa mujer, pero mi jefa me lo ha prohibido, ha dejado claro que no le gusta ser molestada.

Me pregunto a qué se dedicará. No parece del pueblo, al menos no la recuerdo de cuando era niña. Tiene más o menos la misma edad que yo y en aquella época éramos tan pocas que jugábamos todas juntas. El reloj marca las doce y doña Paloma sale de la cocina con un delicioso trozo de tortilla de patata para que se lo lleve a nuestra clienta, indicando entre susurros que lo acompañe de una Coca Cola con mucho hielo.

—¿No se va a acercar hasta el mercado? Hace un día precioso y

está lleno de gente que ha venido desde otros pueblos de alrededor —indico mientras coloco el trozo de tortilla de patata sobre la mesa.

La misteriosa mujer deja escapar un sonoro bufido, sacude la cabeza mientras observa la pantalla del ordenador como si hubiese perdido algo. Clavándome sus profundos ojos azules, me mira de forma extraña, con las pupilas dilatadas y respirando con fuerza.

—Se me acaba de ir una idea —se queja con sequedad cerrando la pantalla del ordenador portátil en un rápido movimiento.

—Cuanto lo siento, no creo que se haya ido muy lejos, el pueblo es pequeño —bromeo intentando romper el hielo.

Ante mi sorpresa, la mujer se levanta de la mesa visiblemente molesta. Mete el ordenador portátil en su mochila, colocándolo de manera meticulosa y se dirige a la salida, dejando sobre la mesa el trozo de tortilla sin empezar y la Coca Cola.

—Perdón si mi comentario le ha molestado, no era mi intención —me apresuro a añadir a modo de disculpa sin comprender lo que está ocurriendo.

—Los celtas habitaron en estas tierras hace siglos —responde la misteriosa mujer deteniéndose por un brevísimo instante—. Vivían bajo un estricto código de conducta y una de las cosas que más me gusta de ellos es *abair ach beagan is abair gu maith.* Es decir, *"habla poco y habla bien"*.

Me quedo petrificada al verla abandonar el pequeño café sin ni siquiera despedirse. No soy capaz de comprender en qué le he podido ofender con una inocente broma hasta que doña Paloma sale de la cocina sacudiendo la cabeza muy enfadada.

—Isabeliña, ya te dije que a la señora no le gusta que la molesten —me recrimina mientras recoge el pincho de tortilla sin empezar de la mesa.

—Solamente pretendía ser amable con ella —le explico con un hilo de voz.

—¡No se la interrumpe mientras trabaja, carallo, y ya está! —responde mi jefa de manera abrupta, dando por zanjada la conversación.

Tomo aire y lo dejo salir lentamente, contando hasta cinco para intentar calmarme. Por mucho que mis padres sean de este pueblo y que yo haya pasado muchos veranos aquí cuando era una niña, va a ser difícil acostumbrarme. Aguantar a la señora rara del ordenador portátil tres días a la semana sin poder hablar con ella me parece por completo surrealista.

¡Qué mujer tan estúpida! Solo tengo ganas de volver a casa de mis padres y encerrarme en mi habitación a llorar como si fuese

una niña. No quiero estar aquí, no quiero vivir en casa de mis padres a mi edad. Ojalá me saliese un trabajo que me permitiese volver a Madrid. Tan solo pido eso.

Capítulo 2

IRIA

Me da un poco de miedo volver al café del pueblo y encontrarme de nuevo con esa camarera maleducada. El sábado pasado sufrí un retraso en el número de palabras por su culpa. Debo cumplir con el objetivo en el número de palabras, es necesario. Reconozco que soy una persona muy metódica, alguien de costumbres fijas y no soporto que me hablen mientras escribo. Intenté terminar el capítulo ese mismo día por la tarde, pero los sábados solamente escribo por la mañana. Los sábados no puedo escribir por la tarde. Los miércoles y los viernes sí, los sábados no.

Abro la puerta del viejo café despacio y el característico olor impregna mis sentidos. Aurora decía que soy un poco rara, pero ese aroma y la atmósfera del pequeño local ayuda a que broten las ideas.

Doña Paloma me saluda al entrar, las arrugas de su cara muestran una amabilidad sin límites y sin necesidad de pronunciar una sola palabra, ya está en la máquina dispuesta a prepararme mi café solo de las diez de la mañana.

La que también está es la ruidosa camarera nueva, que me mira desde detrás de la barra con los ojos fijos en mí, como si hubiese visto entrar a un fantasma.

—Pídele perdón, Isabeliña. Discúlpate antes de que empiece a trabajar —escucho susurrar a doña Paloma mientras coloca la pequeña taza de café en un plato.

Sonrío para mis adentros y me hago la distraída, abro el ordenador portátil pretendiendo no haber escuchado nada, observando como la camarera nueva se dirige hacia mí con la taza de café.

—Siento mucho haber interrumpido su concentración el sábado pasado, no volverá a suceder —me asegura poniendo el café sobre la mesa junto a dos pastas artesanas.

La observo en silencio. Es alta y fuerte, su piel ligeramente tostada por el sol, los ojos grandes y negros, de una profundidad embriagadora. Su pelo tiene un suave tono marrón. Lleva un vestido largo y negro que se ajusta a su cuerpo como si fuese una lámina líquida. Su voz es profunda y melódica, como se me antoja que hablaría el mar Cantábrico si pudiese hablar.

Al acercarse más, un tenue aroma floral impregna el aire a su alrededor. Su pelo huele a lavanda; limpio, dulce y fresco. Sonríe

al servirme el café y dos preciosos hoyuelos se forman a ambos lados de una boca deliciosa, de labios carnosos, ligeramente curvados. Como la sonrisa de una gata.

—Muchas gracias —susurro en cuanto deja la pequeña taza de café sobre la mesa.

Vuelve a sonreír y me fijo en sus manos. Parecen fuertes, pero al mismo tiempo delicadas; perfectamente formadas, impecables, sin defectos. Unas manos que te apetecería acariciar hasta el final de los tiempos.

La observo tras la barra mientras tomo los primeros sorbos de mi café y retira la mirada con un toque de timidez imposible de ignorar, hasta juraría que se ha ruborizado ligeramente. Coloco meticulosa los bolígrafos a mi lado, siempre de la misma forma, ordenados por color; rojo, verde y azul. Siempre de la misma marca. Justo debajo de ellos, una pequeña libreta amarilla para apuntar las ideas nuevas que surjan. Las apunto siempre en papel, nunca en el ordenador.

Con la cafeína fluyendo por mis venas, palabras e ideas se agolpan en mi cabeza, mis dedos danzan sobre el teclado sin interrupción alguna, hasta que la nueva camarera me sirve un café bombón, retirando la taza vacía del anterior café.

Lo hace en silencio, con una encantadora sonrisa, casi como un delicado fantasma, como una sombra que apenas se deja notar y me maravillo de que el reloj marque las once sin darme cuenta de la cantidad de palabras que he sido capaz de escribir.

Mientras revuelvo el café, repaso por encima el texto que he estado escribiendo, sorprendida de haber plasmado las ideas principales de ese personaje que tanto se me resistía.

“Flavia es alta y fuerte, su piel ligeramente tostada por el sol, los ojos grandes y negros, de una profundidad embriagadora. Su pelo es de un suave tono marrón. Lleva un vestido largo y negro que se ajusta a su cuerpo como si fuese una lámina líquida. Su voz es profunda y melódica, como se me antoja que hablaría el mar Cantábrico si pudiese hablar.

Cuando Icíar se acercó a ella, un tenue aroma floral impregnó el aire a su alrededor. Su pelo olía a lavanda; limpio, dulce y fresco. Al sonreír, dos preciosos hoyuelos se forman a ambos lados de una boca deliciosa, de labios carnosos, ligeramente curvados. Como la sonrisa de una gata”.

“¡Joder! Lo que me faltaba ahora es basar un personaje en la ruidosa camarera nueva”, pienso para mí misma al darme cuenta de lo que acaba de ocurrir.

ISABEL

El aburrimiento en el viejo café del pueblo es insoportable. No mejora independientemente del día de la semana. Aquí no entra nadie y si lo hacen es para un café rápido o un vino igual de rápido. La única excepción es la silenciosa mujer que teclea a un ritmo frenético sin importarle lo que ocurre alrededor o una partida de dominó que juegan unos señores mayores por las tardes.

—Señora Paloma, ¿a qué se dedica la mujer esa? —inquiero entre susurros para que no pueda escucharme.

Mi jefa alza las cejas, haciendo una seña con la cabeza para que la siga a la cocina antes de empezar a hablar.

—No puedes distraerla, Isabeliña, es muy importante. El sábado se marchó muy enfadada —me recrimina.

—Vale, vale, ya le he pedido perdón. Es que me parece raro que se pase pegada al ordenador portátil tres mañanas cada semana y encima siempre los mismos días y a las mismas horas, nada más —me apresuro a contestar levantando las manos en señal de disculpa.

—Es escritora —responde doña Paloma cuando ya estoy saliendo de la cocina.

—¿Qué escribe?

—No lo sé. Yo no me meto en la vida de los demás y tú tampoco deberías meterte, Sabela —añade mi jefa encogiéndose de hombros.

—Pero ¿es famosa? ¿Cómo se llama? —insisto curiosa.

—Yo qué sé si es famosa, anda, ¡déjame preparar la tortilla que ya son casi las doce, carallo! —ordena—. Se llama Iria Maiolo, sal ahí fuera y no hagas más preguntas.

—¡Joder!

—¡Esa boca, Isabeliña, a ver si te la tengo que lavar con un estropajo y lejía —me reprocha doña Paloma enfadada.

Salgo de la cocina intentando mantener la compostura, con el corazón palpitando con fuerza, sorprendida y muerta de risa a partes iguales. De todas las personas que podría haber en este pequeño pueblo, jamás hubiese pensado encontrarme a una de mis escritoras favoritas. Si doña Paloma se entera de que su cliente más habitual es una escritora de novela lésbica, estoy segura de que le daría un infarto. Mi jefa es como mi abuela, según ellas eso va contra la naturaleza. Aunque escribe novela romántica, la descripción de alguna de sus escenas es bastante subida de tono.

Detrás de la barra, la observo teclear bajo una nueva luz, todavía sin poder creerme que la haya conocido, aunque apenas hayamos cruzado dos palabras y mi actitud la haya molestado.

Por algún motivo ya no me cae tan mal, en muchas películas los escritores están medio locos, supongo que ese será su caso.

—La tortilla de las doce —anuncio dejando sobre su mesa una tortilla de patata que huele que alimenta junto con una Coca Cola.

—Gracias —responde la escritora sin desviar la mirada de la pantalla.

—He leído muchos de tus libros —susurro dibujando la mejor de mis sonrisas.

Iria Maiolo me mira extrañada, pero ni una sola palabra sale de su boca. Sería difícil saber si está enfadada, halagada o simplemente sorprendida. O quizá no le importa lo más mínimo. Abre la boca un par de veces como si quisiese iniciar una conversación, pero pronto se concentra en su trozo de tortilla todavía humeante, dejándome con las ganas de mantener una charla con ella.

Capítulo 3

IRIA

Mi subconsciente me ha traicionado. Las palabras fluían sin darme apenas cuenta, mis dedos volaban sobre el teclado, feliz de haber encontrado por fin inspiración para ese personaje que tanto me costaba describir. Desconocía que, inconscientemente, lo estaba basando en la camarera coñazo.

He de reconocer que algo en ella me atrae, pero me parece una mujer un tanto insoportable. Soy muy estricta con mis horarios a la hora de escribir, es posible que sea un poco maniática, o eso me han dicho. Si no lo hago, las ideas se me escapan, no vienen a mí, y me quedo petrificada frente a una página en blanco que me aterra más que cualquier monstruo de mi infancia.

El sábado por la tarde estaba tan enfadada que pensé seriamente en no volver más al café de doña Paloma. Aun así, como decía una de las monjas del hogar de acogida en el que crecí, soy un animal de costumbres y necesito mis tres días a la semana en ese café para escribir. Martes, jueves y sábados, no puede fallar.

La mañana de hoy, en cambio, ha sido especialmente productiva. Desde que la nueva camarera me sirvió el café de las diez, mi mente se convirtió en un avispero de ideas que pugnaban por salir a más velocidad de la que mis dedos podían teclear. No entiendo el motivo, pero esa camarera encaja tanto en el personaje de Flavia para el nuevo libro que hasta me asusta.

"La tenue luz de la chimenea apenas permitía verla, pero Icíar captó un destello de elegancia acercándose a ella. Flavia poseía unos pechos perfectos, firmes, cada pezón erguido con deseo, se balanceaban de manera deliciosa a cada paso. Icíar olfateó el aire cuando la tuvo cerca, un ramillete abrumador de jazmín y vainilla con un toque de coco, como el de una maravillosa noche de verano. Un ligero olor a perfume y el aroma de su propia piel saturaban sus sentidos. Lujuria, pasión, anhelo, como si fuese un secreto profundo; un cuerpo femenino perfecto".

Dejo escapar un suspiro al sentir mis propios dedos acariciar el pezón de mi pecho izquierdo, consciente de pronto de lo que estoy haciendo. "*Joder, ¿cuánto tiempo hacía que uno de mis personajes me excitaba?"* Susurro para mí misma.

Sacudo la cabeza tratando de borrar esa idea de mi mente mientras Bruno, mi mastín napolitano, me mira con sus grandes ojos y reposa su enorme cabeza en mi muslo. Es una estupidez,

esa mujer es insoportable y yo no me parezco en nada a las protagonistas de mis novelas. A ninguna de ellas. Yo no creo en el amor, no lo necesito. Solamente me ha traído problemas en la vida, las pocas veces que lo he tenido no ha salido bien. He crecido sola, sin el calor de una familia, y he llegado lejos. No necesito a nadie.

Cierro la pantalla del ordenador portátil y decido sacar a Bruno a dar una vuelta, los días se están haciendo cada vez más largos y un perro de este tamaño agradece el ejercicio constante. Me vendrá bien para desconectar un rato y dejar de pensar en tonterías. Voy un poco retrasada con los plazos y tengo que ponerme las pilas, no puedo permitirme distracciones innecesarias.

Mañana le llevaré a pasear por el monte Pindo, un lugar sagrado para los Celtas que me aporta una paz que no consigo comprender, como si el espíritu de los antiguos druidas habitase todavía en ese lugar. Quizá esté solo en mi mente, pero me genera energía observar las enormes piedras, acercarme a ellas, sentir su antiquísimo poder. La tradición dice que son los soldados de la poderosa reina Lupa que controlaba los confines de la tierra, pero lo cierto es que ese paraje es mágico para mí.

Bruno corretea feliz a lo largo de la orilla del río, sin preocupaciones, jugueteando con algún tronco, sin perderme de vista en ningún momento, como mi compañero más fiel. He tenido otros perros a lo largo de mi vida, pero el enorme mastín napolitano tiene algo especial que no sabría explicar.

ISABEL

Al llegar a casa, no puedo evitar coger el último libro de Iria Maiolo y seguir leyendo. Mi hija Mencía duerme plácidamente en su cama después de ir con su abuelo a ver unos terneros recién nacidos de un vecino y los pocos momentos de paz que una niña de dos años y medio te brinda, deben ser aprovechados.

Reconozco que soy una romántica empedernida, quizá demasiado enamoradiza y así acabó mi relación con el padre de Mencía. Pedazo de cabrón, ni en un millón de años hubiese pensado que me estaba engañando desde el principio, ni siquiera sé el tiempo que duró. Puede que incluso ya me engañase mientras estaba embarazada de nuestra hija.

En las historias de Iria no hay dramas y los que hay son temporales, siempre acaban bien. Solo existe el amor, un sentimiento poderoso une a las protagonistas como si estuviesen destinadas a encontrarse y no pudiesen hacer nada por evitarlo. Algo tienen las novelas de esa escritora que me enganchan desde

la primera página. Nunca he estado con una mujer, pero a veces creo que si es como lo cuenta en sus historias me encantaría. Estoy segura de que me comprendería mejor que un hombre, al menos mucho mejor que el imbécil de mi ex.

Me pregunto cuánto de Iria Maiolo habrá en sus personajes. Supongo que es completamente imposible para una escritora desprenderse por completo de su ser, no traspasar parte de sus rasgos a las protagonistas. ¿De dónde sacará las ideas para escribir en un pueblo tan pequeño? Joder, daría lo que fuese por saber qué está escribiendo en estos momentos, por entrar en su cabeza solamente un día.

Sé que a partir de ahora, cuando la vea tecleando en el viejo café, con los ojos enfrascados en la pantalla, me costará la misma vida contenerme y no interrumpirla. ¡Qué ironía! Tener a Iria Maiolo escribiendo frente a mí tres días a la semana y no poder hablar con ella.

Es lo único interesante que ha ocurrido desde que he llegado al pueblo. Echo de menos Madrid, tanta tranquilidad me está matando. Siempre he sido muy independiente y vivir en casa de mis padres a mi edad me agobia demasiado. De momento, tendré que conformarme con seguir poniendo mi currículum en todas las webs de empleo que conozco, aunque lo de encontrar trabajo cada vez está más complicado en este país, sobre todo por un salario digno y sin que te exploten con los horarios.

El delicioso olor del lacón con grelos que está preparando mi madre impregna el ambiente y decido bajar hasta la cocina por si necesita ayuda. Todavía queda un tiempo para la cena y la niña sigue durmiendo como un angelito, supongo que la dejaré dormir hasta mañana, para ella ha sido un día lleno de emociones.

—¿Qué tal en el viejo café de doña Paloma? —pregunta mi madre en cuanto me ve entrar por la puerta de la cocina.

—Un aburrimiento, como siempre, en ese sitio no entra nadie —me quejo dejando escapar un suspiro.

—Vivimos en un pueblo pequeño y tranquilo. No sé qué se te ha perdido en Madrid, aquí tenemos casi de todo y si no lo hay, estamos a un paso de Santiago —explica mi madre por enésima vez, intentando convencerme de que el pueblo es un lugar maravilloso para vivir.

Prefiero no contestarle y en su defecto sacar los platos y los cubiertos del armario de la cocina y colocarlos en la mesa, pero ella tiene otros planes y sigue a la carga.

—¿Sabes que Joaquín, el hijo de Anxo, vendrá la próxima semana a pasar unos días? Os llevabais muy bien de pequeños, siempre pensamos que acabaríais juntos —deja caer mi madre

como si no le diese importancia.

No puedo evitar entornar los ojos y menear la cabeza al escuchar su comentario. La última vez que nos vimos teníamos catorce años y nuestros padres hacían todo lo que estuviese en su mano para juntarnos. Espero que haya cambiado con la edad, porque era un niño insoportable, además de que por aquel entonces ya estaba salido. Todavía recuerdo el susto que me llevé cuando intentó colar una mano por debajo de mi camiseta para tocarme los pechos.

—No necesito a nadie, mamá, bastante mal me salió el último hombre de mi vida —me quejo dejando uno de los platos con demasiada fuerza sobre la mesa.

—Tu hija necesita un padre. Una mujer sola no puede criar a una niña. Además, tienes cuarenta y dos años, pronto se te pasará el arroz y nadie te va a querer —espeta mi madre dejándome asombrada.

—¿Tú te acabas de escuchar, mamá? ¿Acabas de oír la tontería que has dicho? —le reprocho enfadada.

—Solo te digo la verdad.

—Mira, voy a salir a tomar el aire porque esta conversación lleva mal camino —respondo airada, asegurándole que volveré para la cena.

Deambulo por las calles del pueblo sin un rumbo fijo, enfadada y decepcionada a partes iguales. Entiendo que mi madre es una mujer bastante chapada a la antigua, pero hay ciertos comentarios que me llenan de rabia y no estoy dispuesta a tolerar. Bastante duro se me hace tragarme el orgullo y vivir con mis padres como para tener que aguantar este tipo de cosas. A la primera oportunidad que tenga de volver a Madrid me voy sin dudarlo ni una décima de segundo. Ojalá mi situación económica cambiase.

Antes de que me pueda dar cuenta, las calles del pequeño pueblo llegan a su fin y me encuentro caminando a lo largo de la orilla del río. Sin querer, vuelven a mi memoria los recuerdos de mi infancia, los buenos momentos que pasé junto a ese río; bañándome con mis amigas o simplemente descansando en su orilla. Por aquel entonces me parecía más grande, creo que llevaba más agua de la que lleva ahora, pero sigue conservando esa extraña paz que lo rodea.

¡Cuántos recuerdos! Mi corazón se salta varios latidos al llegar a una zona rodeada de frondosa vegetación, los gruesos árboles impiden la vista, allí recibí mi primer beso, ya casi olvidado. Me vienen a la memoria sus labios finos y suaves, el miedo en su mirada, la sensación de estar haciendo algo prohibido. Nunca más

volví a ver a Marta, me han dicho que se mudó a vivir a Francia. Nunca más he vuelto a besar a una mujer, pero mi corazón late igual de fuerte que aquella tarde.

Aunque quizá el enorme perro que me mira con ojos amenazantes tenga algo que ver.

Capítulo 4

IRIA

—No hace nada, no le tengas miedo, deja que te huela —me apresuro a indicar al observar que la camarera ruidosa se ha quedado de piedra nada más ver a Bruno.

Me mira con una expresión de pánico en los ojos, algo que no me extraña porque aunque es tan dócil como un ternero recién nacido, el aspecto del enorme mastín napolitano es aterrador. Quizá le doy demasiado de comer y ha alcanzado un tamaño considerable. Se está poniendo un poco gordo.

El perro vuelve a mí en cuanto le llamo, acercando la cabeza y solicitando mimos, consiguiendo en el proceso que la camarera habladora se quede más tranquila y recupere el color en su rostro.

—Siento haberte asustado. Sé que no debo llevar suelto a un perro de este tamaño, va contra las ordenanzas municipales, pero por aquí nunca viene nadie y es su momento del día para correr libre —me disculpo sujetando al mastín.

La nueva camarera del bar de doña Paloma sonríe, asegurándome que a ella le gustan mucho los perros, pero que estaba tan perdida en sus pensamientos que le ha dado un susto de muerte.

—Esta mañana te he vuelto a interrumpir, pero es que me hizo tanta ilusión saber que eras Iria Maiolo que no he podido reprimirme, por cierto, me llamo Isabel —explica con timidez, alargando la mano en forma de saludo.

Esbozo una sonrisa en mi boca y asiento con la cabeza devolviéndole el saludo. Ella se queda parada, todavía con la mano en el aire esperando la mía. Sin embargo, prefiero no explicar por enésima vez desde que he llegado al pueblo que no me gusta tocar a la gente ni que me toquen a mí. Es una manía que tengo desde niña y en el pueblo todo el mundo lo sabe. Creo que debo hablar con doña Paloma para que le explique a su nueva camarera mis reglas particulares.

—Perdón, ¿ni siquiera sé si puedo hablarte? —pregunta con precaución, tragando saliva asustada.

—Sí, ahora estoy paseando, puedes hablarme. Cuando no puedes hacerlo es mientras escribo —le explico sorprendida de que no dé por sentado algo tan obvio.

Lo que de verdad me gustaría es decirle que se pierda y que me deje en paz. Mis paseos junto a Bruno al atardecer son sagrados, muchas de mis mejores ideas surgen de esos momentos de

tranquilidad. Pero no quiero ser grosera y no recuerdo haber establecido ninguna regla que no permita hablarme mientras paseo junto al río. Quizá deba revisar las reglas.

—¿Qué haces aquí? Hace siete meses y quince días que no me encuentro a nadie en mis paseos junto al río. Siete meses y dieciséis días —puntualizo.

La camarera ruidosa vuelve a sonreír. Tiene una sonrisa preciosa que por momentos me hace olvidar que he sido interrumpida.

—Mi hija está durmiendo y he salido a dar un paseo mientras mi madre prepara la cena —explica.

—Tienes una hija y vives con tus padres. ¿Qué edad tiene tu hija? ¿Dónde está su padre? ¿Vive también con vosotros?

Suelto las frases como una ametralladora, Aurora siempre me repite que no debo hacer tantas preguntas a la gente cuando me suelto a hablar, pero es que no consigo evitarlo. Quizá sea mi parte de escritora.

—Necesitaba hacer algo de ejercicio y desconectar —responde tras meditar su respuesta sin dar ningún detalle de lo que le he preguntado.

—Yo también vengo a pasear por las tardes para desconectar —espeto con la esperanza de que capte la indirecta y me deje caminar tranquila.

—¿Te importa si te acompaño?

Acaricio mi barbilla tratando de decidir si es tonta o lo hace para provocarme. Debería haber captado la indirecta. En cambio, sonríe. Me mira y sonríe esperando mi respuesta.

—Está bien —suspiro soltando de nuevo a Bruno para que corretee a lo largo de la orilla del río.

Sonríe de nuevo y se pega a mí. Temo que sea una de esas personas que roza su hombro con el tuyo al caminar. No las soporto, espero que no sea una de esas. Se ha puesto unas mallas de correr que resaltan sus largas piernas y por algún motivo recuerdo de pronto que no me ha contestado sobre la edad de su hija. Odio que no respondan a mis preguntas.

—¿Por qué te gusta vivir en medio de la nada? —suelta de pronto sacándome de mis pensamientos.

—Mi casa solamente está a un kilómetro del pueblo.

—No me refería a tu casa, ni siquiera sé dónde vives. Me refiero a por qué vives en Mazaricos. Eres Iria Maiolo, supongo que puedes vivir donde te apetezca. ¿Por qué aquí? —insiste.

—Es tranquilo.

—Lo sé, demasiado tranquilo.

Me gustaría decirle que soy de Madrid, aunque mi familia

biológica era gallega. Quizá querría decirle que Madrid me trae muy malos recuerdos. Memorias tempranas de gritos, de violencia, de hambre, de una madre alcohólica y un padre ausente. Recuerdos de ser llevada a un centro de acogida con las monjas y sus estrictas reglas, pero no estoy de humor para contarle nada.

No la conozco y solo un puñado de personas saben mi historia. Me cuesta abrirme a la gente. Aurora dice que soy muy cerrada y que espanto a las personas o que doy la imagen equivocada de ser hosca y huraña. Es posible que lo sea.

—¿Y? —pregunta alzando las cejas.

—Y, ¿qué?

—Te preguntaba que por qué has elegido este lugar además de la evidente tranquilidad.

Me encojo de hombros sin entender por qué insiste.

—Vine un día de visita y me enamoré de este lugar. Es tranquilo y me permite hacer mi trabajo sin distracciones —reitero, aunque mi motivación debería ser obvia.

Isabel suspira y no sigue preguntando. Le gusta hablar demasiado. Eso está bien para un personaje de novela romántica, su diálogo haría avanzar la trama, pero una persona así me volvería loca en el mundo real. Temo que no podría soportarla.

—¿Conocías este sitio? —pregunto desviándome ligeramente hacia la izquierda y separándome del cauce del río.

—No, poco más allá hay los restos de un castro celta, pero nunca había estado aquí.

—Esa gran roca es un penedo venerado por los celtas que moraban en la zona. Se dice que era un altar a la Deusa Nai, la divinidad femenina que representa a la tierra. Cuando no encuentro inspiración vengo aquí. Es un lugar mágico. —le explico sintiendo la energía que desprende la zona.

—Es bonito —admite Isabel admirando la gran roca.

—Además del viejo café de doña Paloma, este es mi lugar favorito para escribir. La planificación del libro, la suelo hacer caminando por el Monte Pindo, era considerado el equivalente al Monte Olimpo para los Celtas y la energía que acumula es estremecedora. Eso no lo puedes encontrar en Madrid ni en ninguna otra ciudad. Mira ese gran roble, se dice que tiene más de 500 años. Si te sientas bajo sus ramas puedes sentir su fuerza. No hay mejor lugar en el mundo para sentarse a leer un buen libro. ¿Necesitas más razones por las que he decidido vivir aquí? —pregunto acariciando con la punta de los dedos el tronco del anciano árbol.

—Supongo que al venir todos los veranos desde que era una

niña no daba importancia a este tipo de cosas. Yo siempre he preferido las grandes ciudades y…

—Debo irme —interrumpo llamando a Bruno que se entretiene jugando con un trozo de madera.

Isabel me mira perpleja. La sorpresa en sus ojos es evidente. Es posible que se esté preguntando si me ha molestado algo. Quizá debería explicarle que son las ocho y a las ocho y media debo estar en casa para un sprint de escritura antes de la cena. Siempre estoy en casa a esa hora, no puedo retrasarlo o las palabras no vendrán a mí.

Camino con rapidez a lo largo del cauce del río, mis pisadas resonando sobre el camino de tierra. La escena que debo escribir empieza a formarse en mi cabeza y debo llegar a casa para plasmarla. En mi imaginación, Icíar ya ha empezado a desnudar a Flavia, mi nuevo personaje se ha tornado de pronto tan real que me asalta a cualquier hora del día. En mi mente puedo ver sus pechos perfectos, sentir sus pezones endurecerse bajo los dedos de Icíar, su sexo humedecerse al ser acariciado.

Acelero el paso, debo escribir la escena que conduce a la parte central de la novela. Más adelante Flavia hará algo que la separará de Icíar y surgirán dificultades entre ellas, pero hoy les toca disfrutar de sus cuerpos.

Las ocho y veinticinco. Me he distraído, esa mujer me ha hecho perder unos minutos preciosos. No es consciente de que mis personajes no pueden esperar. Se parece demasiado a Flavia, curiosa y habladora, y me sorprendo a mí misma pensando si su cuerpo desnudo será parecido al que he imaginado para mi protagonista.

Capítulo 5

Isabel

—¡Qué raro! —murmura doña Paloma señalando a Iria Maiolo que acaba de entrar por la puerta del viejo café.

—¿Qué es raro? Son las diez de la mañana, es su hora habitual, ¿no?

—Es viernes. Siempre viene los martes, jueves y sábados. Nunca un viernes —responde mi jefa encogiéndose de hombros y preparando un café solo sin darle mayor importancia.

Iria se sienta en su mesa habitual en una esquina del café. Pequeña y redonda como el resto de las mesas, las patas puntiagudas de metal recuerdan a una cimitarra. Quizá nunca se han cambiado, puede que sean las mesas originales desgastadas por cientos de manos apoyadas sobre su superficie.

La escritora saca el ordenador portátil de su mochila de manera meticulosa y lo coloca sobre la mesa con cuidado. A continuación, una libreta de tapa amarilla junto a la que coloca tres bolígrafos, perfectamente alineados, se diría que a idéntica distancia unos de otros. La silla de madera cruje cuando se sienta en ella, un recordatorio del paso de los años.

Cuando doña Paloma le coloca el café recién hecho junto al ordenador, esboza una breve sonrisa. Inspira hondo como queriendo saborear el aroma de la humeante taza y cierra los ojos durante unos instantes como si estuviese rezando.

Antes de que me quiera dar cuenta, sus dedos vuelan sobre el teclado a la velocidad de la luz y pienso para mí que me encantaría colocarme tras ella y así poder leer lo que escribe. Sacudo la cabeza desechando la idea con rapidez. Si lo hiciese, doña Paloma me mataría, y posiblemente la propia Iria. No sé quién de las dos acabaría antes con mi vida.

Viste de manera informal aunque al mismo tiempo elegante, un jersey de cuello cisne negro junto con unos vaqueros azules. Hoy no lleva sandalias sino unas zapatillas de deporte de un blanco impoluto.

Ayer junto al cauce del río supuse que las cosas iban bien. Por fin había conseguido entablar conversación con ella e incluso me pareció simpática. Comenzó a hablarme de las tradiciones Celtas de la zona de las que debe de ser una experta a pesar de que nunca se reflejen en ninguno de sus libros. De pronto, algo debí de hacer mal porque se marchó con prisa, dejándome prácticamente con la palabra en la boca.

Al llegar a casa, mi hija seguía durmiendo y mi madre tenía ya la cena preparada. No hubo discusión entre nosotras, aunque tampoco demasiada oportunidad para hablar porque pronto llegó la hora de ver un programa de televisión al que mis padres se han aficionado.

Lo que me extrañó, y mucho, fue lo que ocurrió a continuación. Aprovechando que mis padres se encontraban viendo la televisión, decidí releer uno de los libros de Iria Maiolo. Pronto me sentí excitada al llegar a una de las escenas íntimas. No es la primera vez que me ocurre, nunca me he acostado con una mujer pero me gusta leer sobre ello.

Lo raro fue sorprenderme a mí misma con la mano derecha colándose por debajo de los pantalones del pijama para acariciar mi pubis. Lo que me descolocó fue encontrar mi sexo tan húmedo cuando uno de mis dedos se deslizó entre mis labios. Lo peor fue cerrar los ojos y no imaginar a una de las protagonistas entre mis piernas, sino a la propia Iria Maiolo que me clavaba sus hermosos ojos azules mientras lamía mi clítoris.

Fue un orgasmo a la vez precioso y desconcertante. Intenso como hacía tiempo que no experimentaba ninguno, pero que me dejó con un sabor de boca agridulce. Una ridícula sensación de haber hecho algo malo solo por haber imaginado los ojos azules de Iria Maiolo mientras me masturbaba.

Luego tardé en dormirme, la casa estaba ya totalmente en silencio cuando recordé aquel mi primer beso con una chica. ¿Hasta qué punto habría sido mi vida diferente si tras besar a Marta no me hubiese asustado? Nunca lo sabré. Seguro que mejor que con el imbécil de mi exmarido. Tampoco culpo a la Isabel de entonces por no haber seguido adelante. No estaba preparada. Era demasiado joven e inmadura y hace más de veinte años el amor entre dos mujeres no se veía con la naturalidad con la que se ve ahora.

A la que sí culpo es a la Isabel adulta. Durante demasiados años no he sido una mujer valiente. He basado mi valía como mujer en tener a un hombre a mi lado y eso no me ha traído nada bueno. Muchas veces hubiese estado mucho mejor sola… o quizá con una mujer. Lo que tengo claro es que debo empezar a luchar por lo que quiero. Me niego a seguir esperando a que las cosas sucedan a mi alrededor, quiero ser la mujer que haga que sucedan.

En cuanto doña Paloma me da la Coca Cola con el pincho de tortilla de las doce de la mañana recién hecho para Iria, tomo aire y decido jugármela.

—Hola —susurro acercándome a su mesa.

Iria Maiolo levanta la cabeza de la pantalla del ordenador y me

clava una mirada difícil de descifrar. Es como si sus ojos azules estuviesen a punto de lanzarme dos cuchillos por haberla interrumpido, aunque mantienen una dulce expresión de sorpresa al mismo tiempo.

—¿Qué quieres? —pregunta con sequedad.

Por el rabillo del ojo puedo ver a doña Paloma revolverse nerviosa mientras me mira desde la puerta de la cocina. A buen seguro me va a caer una buena bronca, solo espero que merezca la pena.

—Me preguntaba si…bueno si te apetecería tomar algo esta noche. Es viernes y podríamos salir a beber unas cervezas —propongo con timidez, intentando forzar la mejor de mis sonrisas.

Iria no me mira. Ha desviado los ojos hasta fijarlos en algún punto indefinido de la mesa, concentrada como si quisiese hacer un agujero imaginario con la mirada. Sus dedos juegan nerviosamente con uno de los bolígrafos y casi puedo imaginar las ruedas girando dentro de su cabeza mientras busca una salida, porque está claro que me he equivocado y que no quiere pasar conmigo más tiempo del estrictamente necesario. Mierda.

—Está bien —suspira sin ni siquiera mirarme.

Mi corazón da un salto mortal al escuchar su respuesta. Tras el largo silencio, daba por supuesto que diría que no.

—Puf, genial —se me escapa como si fuese una niña boba.

Ahora sí, levanta la cabeza y me clava la mirada, lo que provoca que se me pongan rojas hasta las puntas de las orejas.

—¿No pensabas que diría que sí?

—Tenía mis dudas —admito.

—Te recojo en tu casa a las ocho y media. Siempre ceno a las nueve.

No es una pregunta, ni siquiera una propuesta, es una orden.

—¿Sabes dónde vivo?

—En este pueblo todo el mundo se conoce —responde encogiéndose de hombros—. Ahora, si me permites, debo seguir escribiendo y no quiero que nadie me moleste —añade un tanto borde.

Me dirijo a la cocina con una sonrisa tonta en la cara. Es una bobada, tan solo vamos a cenar y beber unas cervezas. Imagino que ha aceptado de puro aburrimiento, tampoco tiene mucha gente de su edad en el pueblo con la que hablar. Aun así, a mí me ha puesto tan nerviosa como una primera cita. Las mariposas revolotean en mi estómago con tanta intensidad como lo hacían cuando era adolescente, casi como aquel primer beso con Marta, lleno de miedo, de timidez y deseo.

Capítulo 6

Isabel

Frente al espejo, doy los últimos toques al maquillaje en un intento de que todo salga a la perfección. Para mis adentros, sigo llamando a lo de esta tarde una "cita", aunque no estoy demasiado segura de que Iria se refiriese a ello con la misma palabra.

Prefiero mantenerme ocupada y no pensar en ello fríamente porque es posible que hoy vaya a hacer el ridículo más absoluto. Aquí estoy, probándome toda la ropa que tengo en el armario sin acabar de verme bien con nada. Todo en un intento de impresionar a una mujer que no sé si tiene algún interés por mí.

Me hago la ilusión de conocerla porque he leído todos sus libros, pero me pregunto cuánto de la escritora habrá en cada uno de sus personajes. ¿Es posible dejar totalmente a un lado tu manera de ser y tus vivencias para crear algo totalmente nuevo? Supongo que es difícil, imagino que trocitos de Iria deben estar diseminados a lo largo de sus historias sin que ella pueda evitarlo.

Muy romántica desde luego no parece. En sus novelas, las protagonistas experimentan un amor profundo, casi como si estuviesen predestinadas a encontrarse. Iria es a veces algo borde y diría que le cuesta expresar sus sentimientos.

Me aliso el pelo y me pongo unas gotas de perfume. Abrocho y desabrocho el botón superior de la blusa tratando de decidir si deseo enseñar más o menos escote. Quiero atraer su mirada, pero no me gustaría que piense que estoy desesperada. Joder, ¿lo estoy? ¿A qué se debe este repentino giro en mi vida? ¿Pretendo experimentar?

Me recuerdo a mí misma que mi primer beso fue con una mujer cuando era tan solo una adolescente. Trato de convencerme de que en otras circunstancias quizá hubiese llegado a algo con Marta. Pretendo olvidar las palabras del imbécil de mi exmarido echándome en cara que no me entiendo ni a mí misma porque estoy pasando por la crisis de los cuarenta. ¿Qué coño sabrá? El que estaba pasando claramente por la crisis de los cuarenta era él, que prefirió mandar a la mierda nuestra familia por follarse a una de veinticinco.

—¡Mamá, *buapa*! —exclama mi hija al verme, estirando sus bracitos para que la coja en cuello.

Alzo a Mencía por los aires, sorprendiéndome del peso que ha ganado desde que hemos venido a Mazaricos. Devora la comida

de la abuela cuando a mí me costaba la misma vida que terminase sus platos.

La pequeña apoya la cabeza sobre mi hombro, se acerca la hora de dormir y por un momento me da pánico que me esté dejando la blusa llena de babas.

—¿Te vas a portar muy bien con los abuelos?

—*Chi* —asegura muy seria en ese medio lenguaje que me vuelve loca. Me da pena pensar que dentro de unos meses hablará casi con normalidad y no volveré a escuchar esas palabras que se inventa a veces y que me hacen tanta gracia.

Sonrío al besar su frente. Para ella, venir al pueblo con los abuelos sí que ha sido un cambio positivo. Cada día es una sorpresa, juega con los animales de los vecinos, pasa el día en la calle. Debe ser muy distinto a estar encerrada durante horas en el apartamento de Madrid con la niñera mientras mi ex y yo trabajábamos.

Bajo las escaleras con cuidado, mis tacones sonando con fuerza en la madera, y mis padres interrumpen su conversación en cuanto me ven.

—¿Dónde vas tan guapa? —pregunta mi madre sorprendida.

—Tengo una cita.

Otra vez esa palabra ha salido de manera automática y mis padres abren los ojos como platos al escucharla.

—¿Has quedado con el hijo de Anxo?

—No.

Qué manía ha cogido esta mujer con el hijo de Anxo. Vale que sea el único hijo del rico del pueblo, pero siempre ha sido un gilipollas. Cuanto más lejos le tenga mucho mejor.

—Te acabas de divorciar —me recuerda mi padre.

—Pues eso, divorciada es igual a no casada, así que soy libre de salir a divertirme un poco.

Prefiero salir del salón y llevar a Mencía a la cocina para darle yo misma la cena mientras espero. Aun a riesgo de que me llene la blusa blanca de macarrones con queso, prefiero eso que seguir escuchando tonterías.

—¿No deberías darte un descanso y centrarte una temporada en tu hija? —sugiere mi madre.

—Tú misma me has mencionado al hijo de Anxo.

—Es distinto —se excusa encogiéndose de hombros.

—¿Cómo puede ser distinto?

—Porque os conocéis desde pequeños.

—¿No deberías intentar recuperar a tu marido? Es un buen hombre, cometió un error, pero te quiere —grita mi padre desde el sofá.

—Cometió un error durante meses, papá. Eso no es un error y no quiero hablar de estas cosas delante de Mencía —les recuerdo bajando la voz y señalando a la niña con la barbilla.

No entiendo la extraña razón que lleva a mi padre a intentar convencerme de que perdone al cretino de mi ex. Dudo mucho que él quiera volver conmigo, al fin y al cabo se pasea de la mano con su jovencita como si exhibiese un trofeo, pero es que para mí está muerto. Ni en un millón de vidas conseguiría perdonarle. No es solo la infidelidad, sino lo mal que me lo hizo pasar tratando de hacerme creer que la culpa había sido mía.

—Trae, ya le doy yo la cena a la niña, no vaya a ser que te manches la blusa —se ofrece mi madre—. ¿Es alguien del pueblo?

—Vive en el pueblo, pero no es de aquí —respondo sin querer dar detalles.

—Bueno, lo importante es que tú seas feliz. Ojalá funcione, es bueno que la niña crezca con un padre —añade.

Alzo los ojos al techo de la cocina y meneo la cabeza, mordiéndome la lengua para no contestar. Iria debe estar a punto de llegar y no quiero tener una discusión que me pondría muy nerviosa, mucho menos delante de Mencía.

Es posible que me esté haciendo demasiadas ilusiones con lo de Iria, pero solo quiero una pareja que me trate bien y no me engañe como hizo mi ex. Quiero unos padres que entiendan el dolor por el que he pasado y que estén dispuestos a apoyarme en lo que decida, sea lo que sea. Quiero volver a ser feliz. Tampoco pido tanto.

—¿Y no nos vas a decir quién es el afortunado? —insiste mi madre en un marcado acento gallego que se ha acentuado desde que se trasladaron definitivamente al pueblo.

Respiro profundamente tratando de forzar una sonrisa que no llega a mis labios.

—¿Podemos hablar de esto más tarde?

Con mi exmarido lo pasé fatal. Hubo gritos, insultos y lloros. Muchos lloros. Pero siempre mantuvimos a Mencía lejos del drama, ninguno de los dos quisimos que la niña tuviese que pasar por una situación que la hiciese sufrir. Siempre estuvo al margen de las discusiones de sus padres. La prioridad era preservar su inocencia.

—Tan solo dime como se llama —mi madre vuelve a la carga —. ¿No será un hombre con mala reputación?

—Iria —suspiro y la cara de mi madre se queda pálida.

—¿La escritora?

—Sí, esa.

—Pero si es una mujer.

—La última vez que la miré era una mujer, sí.

—Ay, Xoán, que la niña nos va a poner en boca de todos saliendo con la escritora esa que vive a las afueras del pueblo —se lamenta dirigiéndose a mi padre que se ha quedado tan blanco como ella.

Un nuevo y largo suspiro no consigue calmarme. Clavo la uña del dedo índice en mi mano hasta levantar la piel, desviando la mirada por unos momentos para evitar que se me escape alguna lágrima de rabia.

—Mamá, "la niña", como tú dices, tiene cuarenta y dos años y está ya bastante crecidita para salir con quien quiera sin el permiso de sus padres. En cuanto a lo de estar en boca de todos, eso sería cuando vosotros erais jóvenes y ni siquiera vamos a tomar algo en el pueblo, iremos a Santiago. Joder, no sé ni por qué lo llamo una cita o por qué os estoy dando explicaciones —exclamo nerviosa.

Mencía ha dejado de comer. Se limpia al babero una mano repleta de macarrones que había cogido directamente del plato sin que ninguno de nosotros se hubiese dado cuenta y me mira con curiosidad.

—Mencía, cariño, mamá va a salir con una amiga. Los abuelos te acostarán, pórtate bien, ¿vale?

—*Chi* —contesta, escupiendo los macarrones que tenía en la boca.

Acaricio su pelo sin acercarme demasiado a ella y opto por salir de la casa antes de que la situación se ponga más tensa. Prefiero pasar algo de frío que seguir un segundo más con esa conversación.

Por suerte, los faros de un coche rompen la oscuridad de la noche y un precioso BMW negro se detiene frente a mí.

—¿Estás lista? —pregunta bajando la ventanilla.

Es la primera vez que la veo maquillada, no mucho, pero lo suficiente para resaltar sus rasgos y está preciosa. Creo que nunca me habían temblado las piernas ante una mujer.

Capítulo 7

Iria

Todavía no tengo muy claro por qué he aceptado esta especie de cita con la camarera ruidosa. La fecha de entrega del libro se acerca a pasos agigantados y lo último que necesito ahora mismo son distracciones. Aun así, llevo tanto tiempo sin una cita que ya casi ni lo recuerdo, supongo que un poco de diversión no me vendrá mal del todo.

Isabel ya está esperando en la puerta de su casa cuando llego y eso que me he adelantado cinco minutos. Supongo que es buena señal. Al subir al coche, se me queda mirando con una expresión extraña y tras un breve saludo de cortesía, ambas nos quedamos en silencio. No es algo que habitualmente me moleste, todo lo contrario, pero en una cita se hace muy raro.

—No puedo seguir viviendo con mis padres —suelta de pronto y esa frase se me hace muy extraña.

De seguro anda rondando los cuarenta años y esas palabras no son las típicas que esperarías oír a una mujer de su edad. Cuando le pregunté durante nuestro paseo junto al río por su hija y por qué vivía con sus padres, cambió el tema de conversación. Doña Paloma me comentó que estaba pasando por una temporada complicada, al parecer ha perdido su trabajo y se ha divorciado. Supongo que debe ser difícil tener que volver a convivir con tus padres una vez que has sido independiente, sobre todo cuando debes hacerlo por problemas económicos.

—Parecen más molestos con mi divorcio que yo misma —añade sin que yo le haya pedido ninguna explicación.

—Lo siento.

No se me ocurre nada más que decir. Para ser escritora a veces me cuesta encontrar las palabras. Aurora diría que lo que me cuesta es encontrar la empatía. Imagino que es una mezcla de ambas cosas.

—Incluso me han sugerido que vuelva con mi exmarido porque mi hija necesita la figura de un padre, ¿te lo puedes creer? —prosigue—. Mi ex no me quería, era un imbécil egoísta. No sé si alguna vez llegó a quererme, si lo hubiese hecho no se habría liado con esa guarra.

—Ya.

Siguen faltándome las palabras y tampoco me interesa la historia que me está contando. Recurro al típico "ya" en tono

aburrido en un intento de que cambie el tema de conversación a algo más interesante.

—Y todavía mi padre tiene la desfachatez de decirme que me he divorciado hace poco y que debería esperar más tiempo antes de tener una cita. ¿Existe un tiempo determinado antes de tener citas tras un divorcio? Es que no puedo con ellos, de verdad.

Sigue erre que erre con su historia y empiezo a tener el presentimiento de que esto no va a funcionar. Esta mujer habla y habla sin parar, pero parece de las típicas a las que solo les interesa hablar sobre ellas mismas. No me gusta ninguna de las dos cosas, ni que hablen demasiado ni que hablen incesantemente sobre ellas. Ha utilizado la palabra "cita". Pensaba que era solamente yo la que lo estaba considerando como algo más que dos mujeres saliendo a cenar juntas.

—¿Y sabes qué es lo peor de todo con mi ex? El muy capullo...

—¿Podemos dejar de hablar de tu ex y de tus padres? —suelto junto con un sonoro bufido que quizá estaba de más. Aurora siempre me dice que debo intentar ser algo más diplomática.

Isabel se queda callada y me mira con los ojos muy abiertos. Creo que acabo de asustarla y me pedirá que dé la vuelta y la lleve de nuevo a su casa. Aquí se acaba mi primera cita en mucho tiempo. Debo trabajar en mi autocontrol.

—Lo siento, tienes razón. Lo mejor es sacarlo de mi mente y disfrutar de nuestra noche juntas —propone con una sonrisa.

—Perfecto.

—¿De mi hija puedo hablar? —pregunta como si me correspondiese a mí elegir el tema de conversación.

—Por mí está bien —concedo de manera automática, aunque tampoco es que tenga muchas ganas de escuchar nada sobre su hija. Nunca me gustaron los niños, lo manchan todo, no creo que pudiese escribir con un niño pequeño en casa.

Isabel

Supongo que Iria tiene toda la razón al haberse molestado. Lo primero que hago nada más subirme a su coche es empezar a hablar de mi ex y de mis padres, debe pensar que soy una inmadura. El problema es que cada vez que me pongo nerviosa hablo demasiado y decir que estoy nerviosa es quedarse muy corta. Tiemblo de la cabeza a los pies. Es una situación extraña, algo que hacía mucho tiempo que no experimentaba.

Me vienen a la mente los recuerdos de aquellas primeras citas cuando era adolescente, con el estómago lleno de mariposas y el corazón en un puño. Ese nerviosismo de caminar hacia lo desconocido, de querer agradar, el miedo a ser rechazada. Pienso

que hacía años que no me sentía tan viva y eso me asusta.

Al llegar a Santiago, Iria se desvía a la derecha y conduce su coche por una carretera secundaria hacia las afueras de la ciudad, hasta que llegamos a un restaurante con la pared en piedra y madera. Detiene el coche de manera meticulosa, casi como si se viese forzada a seguir una rutina con los mismos movimientos, pero la sonrisa que me dedica justo antes de abrir la puerta me deja temblando, es como un cálido abrazo en un frío día de invierno.

En cuanto entramos en el restaurante sé que me voy a dejar mi paga del mes. Tendría que haberle advertido de que mi condición económica en estos momentos es delicada por decirlo de algún modo. Más bien estoy en la mierda más absoluta. Los impolutos manteles blancos, la perfecta decoración y el bajo tono de voz en el que hablan los comensales son signos inequívocos de que mi cita no va a ser barata.

Iria no necesita ni decir su nombre. El maître la recibe con una amplia sonrisa y nos conduce hacia una mesa algo apartada.

—¿Vienes aquí a menudo? —pregunto al ver que parecen conocerla.

—El segundo y cuarto sábado de cada mes —responde sin darle importancia.

Todo en ella parece necesitar una exactitud, como si su vida se rigiese por una tabla de Excel y eso me hace sonreír. Es como si Iria buscase de manera consciente seguir ciertas costumbres o patrones para sentirse cómoda.

—Su vino de siempre —anuncia un sumiller vertiendo casi con reverencia un poco de vino en una copa para que Iria lo deguste.

De nuevo lo hace como si siguiese un orden preestablecido de gestos y tras dar el visto bueno, el sumiller nos sirve un vino de un color rubí maravilloso. Ya casi no recuerdo la última vez que estuve en un restaurante con sumiller, pero cuando deja la botella sobre la mesa y reconozco la marca casi se me para el corazón.

—¿Qué me recomiendas?

—Está todo muy bueno, pero si te gusta la carne preparan unos solomillos de ternera gallega que son una auténtica maravilla— anuncia pasando inconscientemente la punta de la lengua por sus labios en un gesto que consigue que se me forme un cosquilleo en la parte baja del vientre.

—Te haré caso —susurro con poco convencimiento al observar el precio de ese plato.

—¿Has tenido alguna vez una cita con una mujer?

Lo suelta de pronto, sin darle importancia, mientras coloca la servilleta sobre sus piernas en modo casi ceremonial, ordenando a

continuación los cubiertos de manera que queden exactamente a la misma altura.

—Perdón, en el coche utilizaste la palabra "cita" por eso pensaba que... Realmente no hemos hablado de ello, no sé cuáles son tus expectativas —se disculpa al ver que me he quedado callada.

—No, está bien. Supongo que para mí sí es una cita o algo parecido, al menos —contesto nerviosa—. Respondiendo a tu pregunta, es la primera vez que tengo una cita con una mujer y quizá estoy un poco de los nervios.

Iria sonríe. Es una sonrisa tan hermosa y lo hace en tan pocas ocasiones que debo concentrarme para no suspirar, aunque lo que más nerviosa me pone es cuando estira la mano para acariciar la mía sobre la mesa.

—Supongo que tú estás más acostumbrada —susurro apretando su mano.

—Imagino que sí, pero no te vayas a creer que es como en mis libros. Mis protagonistas tienen mucho más sexo que yo.

Un calor recorre todo mi cuerpo al escuchar esas palabras y siento cómo se me pone roja hasta la punta de las orejas.

—Te has ruborizado.

—Me pasa a menudo —me disculpo encogiéndome de hombros.

—Me atrae muchísimo cuando una mujer se ruboriza.

Trago saliva y retiro la mano instintivamente. Mi corazón late con tanta fuerza que creo que se me va a salir por la garganta y aunque quisiera responder, posiblemente no podría hacerlo. Los botes de mi pierna derecha bajo la mesa comienzan a ser tan evidentes que debo colocar una mano sobre ella para calmarme.

—No pretendía ponerte nerviosa.

—No pasa nada —suspiro.

Prefiero no explicarle que además de nerviosa, lo que ha conseguido es excitarme tanto que daría cualquier cosa por tener unas bragas de repuesto en estos instantes.

—Iria, en cuanto lo que decías antes de cuáles eran mis expectativas... preferiría que hoy no pasase nada entre nosotras —mascullo desviando la mirada.

No sé por qué he dicho eso. Va a creer que soy gilipollas, pero es que me ha puesto tan nerviosa que no consigo pensar con claridad.

—Está bien, en estos momentos todas mis expectativas son conocernos mejor y pasar un rato agradable con una mujer tan hermosa como tú. Ver hacia dónde nos lleva. Si te soy sincera, no te diría que no si quieres que nos acostemos esta misma noche, pero podemos ir poco a poco. Me atrae la belleza y las personas

con buen corazón y creo que en tu caso se juntan ambas cosas.

—A mí siempre me han atraído los capullos que acaban haciéndome daño —admito arqueando las cejas.

—Espero que hayas aprendido la lección esta vez —bromea.

Antes de que quiera responder, el camarero deja sobre la mesa dos solomillos de ternera gallega a la plancha que consiguen que se me haga la boca agua. Por fortuna, la conversación gira en torno a temas poco comprometidos y me permite degustar la suculenta carne.

Una vez que se suelta, Iria tiene una conversación muy buena y una cultura inmensa. Hablamos de todo un poco y cuando me quiero dar cuenta estamos ya en los postres.

—Voy a ser poco imaginativa y tomaré una tarta de Santiago —anuncia sin ni siquiera mirar a la carta.

—Yo supongo que paso, estoy llena.

En cuanto mete el primer trozo del postre en la boca, cierra los ojos y se muerde de manera instintiva el labio inferior y de nuevo se apodera de mí un calor entre las piernas que es imposible de ignorar.

—Casi todos sus postres son caseros. En este lugar tienen la mejor tarta de Santiago que probarás en tu vida —me asegura colocando frente a mí su cucharilla con un trozo de tarta.

Y mientras me mete esa cucharilla en la boca como si fuese una niña chica no soy capaz de decidir cuál de los dos sentimientos es más fuerte, si la deliciosa tarta de Santiago o la excitación de saber que esa misma cucharilla ha estado hace apenas unos instantes en la boca de Iria Maiolo.

El camino de vuelta a Mazaricos lo hacemos casi en silencio y en mi caso flotando en una nube. Me resulta difícil recordar la última vez que he estado tan cómoda con otra persona. Iria tiene una forma de mirarte que te hace sentir que realmente le importan tus opiniones. Es extraño, pero me hace sentir segura y querida, algo que ya apenas recordaba.

Un millón de pensamientos recorren mi cabeza a la velocidad de la luz. Reconozco que no tenía muy claro qué esperar de esta cita. Es posible que haya sido una mezcla entre curiosidad, aburrimiento y atracción, pero es que esa última parte ha tomado el control y anulado a las otras dos.

—Iria —suspiro con miedo—. Si te pido pasar la noche en tu casa...

—No eres menor de edad, ¿no? —bromea.

—¡Qué idiota eres! Tengo cuarenta y dos.

—Entonces no le veo el problema.

—¿Solo eso? Pensé que mostrarías algo de ilusión.

—No seas tonta. Me encantaría que lo hicieses, pero quiero que vayamos al ritmo que tú necesites, ¿vale? —propone soltando una mano del volante para entrelazar sus dedos con los míos.

—Bien.

—Cuando estemos allí, si no te apetece seguir no hay problema. No quiero que hagas nada de lo que no te sientas completamente segura —afirma apretando mi mano.

Y mientras entramos en el pequeño pueblo de Mazaricos, a medida que toma el desvío hacia su casa, aprieto su mano con una mezcla entre miedo y excitación. Extrañamente feliz, como si mi corazón tuviese el presentimiento de que Iria fuese la persona con la que quiero pasar el resto de mi vida.

Capítulo 8

Iria

Apenas conversamos en el camino de vuelta a mi casa y debo reconocer que me invade un sentimiento extraño. Estoy acostumbrada a estar sola, me encuentro a gusto conmigo misma y el amor nunca ha sido una prioridad en mi vida. Por algún motivo siempre he huido de las relaciones serias como de la peste, nunca las he querido.

¿Qué pasa ahora? ¿Me estoy haciendo vieja? Es una gilipollez, a mis cuarenta y tres años estoy en lo mejor de la vida. ¿Qué ocurre entonces con esta mujer? ¿Por qué me pone nerviosa?

No es por el sexo. Por supuesto que me gustaría hacer el amor con ella, eso no lo voy a negar, pero no es una necesidad. Estoy demasiado acostumbrada a hacerlo yo sola y cuando ocasionalmente necesito a otra persona nunca faltan candidatas.

Pero es que Isabel es diferente. No sabría decir por qué, lo único que tengo claro es que hay algo en ella que la distingue de las demás. Quizá sea porque es todo lo contrario a mí; habladora y ruidosa. Optimista. Puede que sea como una de esas comidas que no te conviene comer porque sabes que te harán daño, pero son las que más te apetecen.

Y cuando al llegar a Mazaricos me pide pasar la noche en mi casa casi me salgo de la carretera. No lo esperaba en absoluto; aun así, me ha invadido un sentimiento de excitación que no consigo borrar.

Cuando llegamos a mi casa sus ojos se abren de par en par. El sonido del motor del coche queda amortiguado por la vegetación que nos rodea mientras subimos lentamente por el camino de entrada. La veo observar con curiosidad la casa, los jardines, la piscina.

—¿Todo esto es para ti sola? —pregunta con sorpresa una vez que nos bajamos del coche.

—Nunca he tenido pareja, así que sí, nadie más vive aquí.

—¿Nunca has tenido pareja o nunca has estado casada?

—Nunca he tenido pareja, quiero decir, pareja estable —le explico al ver su cara de asombro—. He tenido parejas eventuales que no han durado mucho, pero nunca una pareja estable.

—¿Algún motivo en particular? ¿Roncas mucho? —bromea.

—Desconozco el motivo. Nunca me ha interesado, estoy cómoda en soledad —le explico.

—¿No lo echas de menos?

—No puedes echar de menos algo que no has tenido.

—Eso es verdad —admite—pero ¿no te gustaría tener una pareja estable?

Simplemente me encojo de hombros. Prefiero no explicarle que los aspectos positivos de una relación no compensarían a los negativos. Nunca he sido una persona cariñosa y una relación me quitaría mucho tiempo, te obliga a comprometer parte de tu rutina, a ceder. No estoy acostumbrada a eso. El sexo, si lo necesito, lo puedo conseguir sin una relación a largo plazo. Aurora me ha enseñado a callarme ese tipo de razonamientos porque la gente me mira como a un monstruo sin sentimientos.

—Eres un poquito rara —susurra en tono de broma.

—Me lo dicen a menudo —confieso mientras abro la puerta.

Al entrar en la casa, los sensores de movimiento encienden las luces de manera automática y toda la estancia principal queda iluminada. Isabel camina lentamente, con pequeños pasos, tomándose su tiempo para observar todo lo que hay a su alrededor.

—No sabía que te gustaban tanto las plantas —comenta observando el pequeño jardín interior que tengo en la biblioteca.

—Siempre me han gustado mucho, pero desde que he empezado a vivir en Mazaricos visito todas las semanas la pequeña floristería junto a la plaza principal. Eso ha influido a que vaya aumentando el número de plantas que hay en la casa —le explico.

—¡Joder! ¡Ese perro conseguirá que me dé un infarto! —se queja al ver a Bruno que nos mira curioso. No está acostumbrado a ver a gente en casa y ladea la cabeza como preguntándose qué hace aquí esa mujer a la hora de dormir.

El enorme mastín napolitano se acerca a Isabel meneando la cola y olfateando sus pantalones y pronto me doy cuenta de que no está cómoda.

—No hace nada —le recuerdo—tiene aspecto de fiero pero en el fondo es un cacho de pan.

—¿Cómo su dueña? —pregunta con una extraña sonrisa.

—¿Por qué lo dices?

—No es por ofender, pero …

—Casi siempre que alguien inicia una frase con “no es por ofender”, ofende —le recrimino.

—Solo te iba a decir que en el pueblo tienes fama de ser una mujer dura y sin complejos. Un poco huraña, pero esta noche me has parecido hasta tierna.

—Creo que es la primera vez que me dicen que soy tierna —confieso alzando las cejas.

—Espero que no te haya molestado —bromea acercándose a mí para acariciar la parte baja de mi espalda.

—No. En cuanto a lo otro, lo sé. Parezco muy seria, pero te juro que tengo un lado divertido.

—Eres seria, Iria, y no pasa nada —me asegura cogiendo mis manos entre las suyas—. Prefiero que seas así, ya he tenido mi buena dosis de gilipollas en la vida. Además, es cierto que en tus novelas siempre hay algún toque de humor, así que me creo que tengas un lado divertido —añade acariciando el reverso de mi mano con su dedo pulgar.

De pronto nos quedamos en silencio. Sus ojos se clavan en los míos y no puedo evitar perderme en la cautivadora profundidad de su mirada.

Isabel

La casa de Iria Maiolo es sencillamente impresionante. Desde que cruzas la gran puerta de entrada a la finca y te adentras en ella todo te llama la atención. Aun así, te deja una sensación extraña, como si le faltase algo de vida. Todo está en el orden más absoluto y si coges algún objeto, Iria se asegura a continuación de dejarlo exactamente en la misma posición en la que se encontraba.

Cuando entramos en la casa, revisó la puerta y dos de las ventanas tres veces, como si estuviese siguiendo una rutina establecida. Quise preguntarle si había alguna razón por la que comprobaba esas dos ventanas en concreto y no el resto de las ventanas de la casa, pero no me atreví a hacerlo para no molestarla.

Ya en la hermosa biblioteca, mientras conversamos, algo me lleva a coger sus manos entre las mías y de pronto puedo ver el deseo en sus ojos. Es un deseo primario, casi salvaje, como si necesitase hacer el amor en este preciso instante. Un deseo que me pone tan nerviosa que me hace estremecer.

No sé qué hacer, acaricio el reverso de su mano con mi dedo pulgar de manera distraída y con el corazón en un puño. Iria genera tanta energía que casi la puedes palpar y lo que me pide el cuerpo es lanzarme y hacer el amor en la preciosa biblioteca, aunque mi cabeza me dice que corra.

Dejo escapar un pequeño suspiro en el momento en que coloca su cálida mano en mi mejilla y se inclina para besarme. Sus labios son suaves, como las alas de una mariposa. Es solamente un pequeño beso, pero suficiente como para que una corriente eléctrica recorra todo mi cuerpo y me falte el aliento. Se separa por unos instantes, quizá para asegurarse de que estoy bien,

aunque ese deseo salvaje no ha desaparecido de sus ojos.

La miro con detenimiento durante unos segundos, su pecho se hincha con cada respiración, sus pezones mostrándose a través de la ropa, y siento que una fuerza invisible me impulsa a besarla. Ahora soy yo la que busca su boca, empujo su cuerpo contra una de las estanterías y la beso con pasión. Sus manos buscan mis nalgas mientras las mías recorren su costado hasta llegar hasta su pecho izquierdo.

—¿No llevas sujetador? —pregunto con la respiración entrecortada.

—Odio los sujetadores y tener las tetas pequeñas tiene sus ventajas —responde atrayéndome hacia su cuerpo.

Separa mis piernas con la rodilla, pegando el muslo a mi sexo y haciéndome suspirar. Desabrocha con lentitud la cremallera de mi vestido dejando al descubierto mis hombros hasta que el sujetador blanco de encaje queda a la vista. Se detiene y me mira, mordiéndose el labio inferior como si estuviese esperando mi permiso para continuar.

Un nuevo suspiro, un movimiento involuntario de mi cabeza otorgando ese permiso y el vestido cae a mis pies dejándome frente a Iria en ropa interior. Jadeo al tirar hacia arriba de su jersey de cuello cisne, mis manos temblorosas, mi corazón saltándose varios latidos al observar los pezones más perfectos que he visto en mi vida.

—¡Joder! —suspiro mientras la punta de mis dedos recorre con lentitud el contorno de sus pechos.

Iria me coge de la mano y tira de mí, subimos los escalones que llevan a su dormitorio de dos en dos, llenas de deseo, como si fuésemos dos adolescentes que deben terminar en media hora antes de que vuelvan sus padres.

Nada más llegar, empuja mi cuerpo tirándome sobre la cama, me observa de rodillas sobre el colchón, mordiendo su labio inferior con deseo antes de quitarme la ropa interior y dejarme completamente desnuda.

Mi cuerpo se agita con anticipación, mi sexo se llena de un calor insoportable al contemplar sus pechos. Tiemblo cuando sus suaves labios besan mi muñeca, recorre lentamente el interior de mi antebrazo. Pequeños besos hasta llegar a la zona interna del codo donde el roce de la punta de su lengua consigue que se me escape un pequeño gemido.

Su boca continúa con su sensual camino hasta detenerse en mi axila por un instante, antes de deslizarse por mi cuello, consiguiendo que se me ericen los pelos de la nuca cuando la punta de su lengua recorre mi yugular.

—Puf —suspiro clavando la cabeza en la almohada.

—¿Prefieres que me detenga?

—No, ahora no puedes parar, Iria —suplico—quiero que sigas adelante con todas las consecuencias.

Una pequeña sonrisa se dibuja en su boca, un nuevo suspiro en la mía al sentir la cálida piel de su torso cubriendo mi cuerpo desnudo.

—Quítate la ropa, por favor —susurro con la respiración agitada.

Durante todo el día he fantaseado con este momento, el instante en el que vería a Iria Maiolo desnuda frente a mí. Pensé que me sentiría más cohibida, pero estoy tan excitada que ya nada me importa, tan solo quiero hacer el amor con ella hasta quedar agotadas.

Su lengua juega con mis pezones haciendo círculos sobre ellos, sin prisas, pequeños mordiscos entre sus labios y me pregunto por qué mi exmarido no les dedicaba más tiempo.

Tenso la espalda al sentir la punta de sus dedos recorrer mi vientre con una sensualidad infinita antes de bajar hasta mi pubis donde se detiene para acariciarlo con suavidad.

Y si quedase algún resquicio de duda en el fondo de mi mente, desaparece por completo en cuanto siento cómo separa mis labios con sus dedos pulgares para deslizar su lengua por mi sexo. Por unos momentos consigo apoyarme sobre los antebrazos para observarla, incapaz de procesar el placer que me está regalando. Me lame lentamente, como si estuviese degustando un manjar, sin romper el contacto visual, clavándome esos ojos repletos de deseo hasta hacerme estremecer.

—Ah, joder, ¿por qué no descubrí esto antes? —suspiro cuando la punta de su lengua danza sobre mi clítoris consiguiendo que todo mi cuerpo se estremezca.

Tenso el abdomen, temblando de placer, sintiendo cómo Iria estimula infinidad de terminaciones nerviosas que parecían estar dormidas. Y suerte que su casa está en una zona aislada porque en cuanto sus dedos se deslizan en mi interior doy rienda suelta a mis gemidos.

Suspiro, jadeo, grito con mis dedos enraizados en su melena mientras me penetra con fuerza, cambiando el ángulo, explorando cada milímetro de mi sexo sin dejar de lamer mi clítoris o presionarlo con su lengua.

Clavando las uñas en sus hombros, siento cómo se forma un orgasmo dentro de mí e Iria parece darse cuenta, porque en esos momentos dobla sus dedos hacia arriba, volviéndome loca de placer hasta que no puedo más y me dejo caer sobre el colchón

con un fuerte grito.

—No sabes cuánto lo necesitaba —suspiro llevándome una mano temblorosa a la boca.

—¿Te ha gustado?

—Creo que no necesito responder —admito tratando de recuperar la respiración—. ¿Es siempre así de bueno?

—A veces es mejor —bromea incorporándose para besar mis labios y dejar en ellos el sabor de mi excitación.

Capítulo 9

Iria

Isabel duerme desnuda a mi lado, su respiración suave y acompasada. Se ha quedado dormida tras hacer el amor y debo decir que para ser su primera vez con una mujer superó con mucho mis expectativas.

Me cuesta conciliar el sueño, siempre ha sido así, pero esta noche no consigo sacarme de la cabeza la pregunta de qué es todo esto para Isabel. ¿Es solo curiosidad? ¿Está experimentando? Parecía dispuesta a probar muchas de las cosas que describo en mis novelas, conoce algunas de las escenas íntimas mucho mejor que yo misma. ¿Quiere seguir adelante más allá de algún encuentro sexual? ¿Estoy yo misma dispuesta a seguir adelante? ¿A ceder parte de la libertad y la independencia que tanto valoro?

Demasiados interrogantes. He venido a vivir a un pequeño pueblo de Galicia para simplificar mi vida, no para hacerla aún más complicada. Hace tan solo un mes ni siquiera me lo hubiese planteado, pero esta mujer tiene algo especial que me atrae, que me obliga a conocerla mejor. Nunca me abro con nadie y, en cambio, Isabel es capaz de desnudarme emocionalmente. Es algo aterrador y estimulante al mismo tiempo, como estar en una montaña rusa que se puede romper en cualquier momento.

***

El piar de los pájaros en el jardín se cuela en el dormitorio. Abro los ojos con pereza y la luz de la mañana ilumina la estancia. Huele a lluvia fresca sobre un lecho de tierra, a ese cielo encapotado del norte de España con el que tanto me gusta escribir. El viento susurra al colarse entre las hojas de los árboles llenando tu alma de una tranquilidad que no puedes encontrar en ninguna gran ciudad.

Isabel está sentada al borde de la cama, con un albornoz blanco que debe haber cogido del cuarto de baño. La mayoría de las personas con las que me acuesto ya se han ido al día siguiente, suelo despertarme para encontrar una casa vacía, es una especie de ritual al que ya estoy acostumbrada. Es lo que tienen las efímeras relaciones de una noche.

—Buenos días —sonríe y por unos momentos pienso que no me importaría levantarme cada día para ver esa hermosa sonrisa.

Parece llena de energía, normalmente yo necesito cafeína para que mi cuerpo o mi mente funcionen.

—Ven, te he preparado el desayuno —anuncia extendiendo su

mano derecha para que me levante de la cama—. No me importaría en absoluto si no quieres ponerte nada de ropa —añade mirándome de arriba abajo y mordiendo su labio inferior.

Me coge de la mano y bajamos las escaleras, mis pies desnudos se hunden en una de las mullidas alfombras del salón antes de llegar a la cocina donde el olor de café recién hecho y bacon despierta mis sentidos.

—¿Has preparado todo esto?

—¡Qué tonta eres! No se prepara solo —bromea como si acabase de decir una estupidez.

Normalmente, desayuno un café solo, bien cargado. Isabel ha preparado bacon, huevos revueltos y zumo de naranja recién exprimido.

La observo mientras desayunamos. Sonríe sin parar, habla y habla de mil cosas que ni siquiera escucho. Respiro profundamente llenando mis pulmones con el aire fresco. Es una mañana perfecta para la escritura, fresca y triste, con la lluvia golpeando las ventanas.

—¿Te importa irte? Voy un poco retrasada con la fecha de entrega del libro —propongo mientras termino el último sorbo de mi taza de café.

Isabel me mira extrañada. Se ha quedado en silencio como si las palabras se hubiesen marchado de pronto.

—¿No quieres que me quede? Hoy tengo el día libre.

—No —respondo con más brusquedad de la necesaria—. Necesito estar sola.

La sonrisa ha desaparecido de sus labios y me pregunto si mi tono le ha ofendido.

—Vale, si es lo que quieres —responde bajando la mirada.

—¿Vale?

No pretendía decirlo en voz alta, pero es como si le diese igual estar aquí o en cualquier otro lugar y ahora soy yo la que no sé lo que quiero.

—Iria, no hay que ser ningún genio para darse cuenta de que las relaciones son difíciles para ti. No pasa nada, tampoco te voy a preguntar qué te ha ocurrido para ser así. Me acabo de divorciar y yo también prefiero tomarme las cosas con calma —explica cogiendo mi mano entre las suyas y apretándola ligeramente.

Tras escuchar sus palabras me siento más tranquila. Isabel ejerce sobre mí una extraña influencia. Su voz es suave y tranquilizadora, como el susurro del mar Cantábrico en la costa, como una canción de cuna. Me hace sentir que todo estará bien, me hace replantear muchas cosas y eso es algo que normalmente solo Aurora consigue. De pronto ya no estoy segura de querer que

se vaya, quizá pueda concentrarme si se sienta a mi lado y permanece callada. Todo se vuelve confuso y es algo que no puedo soportar.

—Siento si he sido un poco brusca, es que es importante cumplir con la fecha de entrega —me disculpo entre susurros.

—Lo sé, no pasa nada —me asegura antes de besar mi frente y abandonar la casa.

Tras encender la chimenea me siento a escribir. El viento ulula en el exterior, y el sonido de la lluvia golpeando las ventanas junto con el crepitar del fuego consigue que mis dedos vuelen sobre el teclado. Las palabras fluyen y la escena de sexo entre Icíar y Flavia es de las más reales que he escrito en toda mi carrera. Describo el cuerpo desnudo de Flavia con toda precisión, como si estuviese delante de mí. El modo en que su vientre se contrae cuando Icíar lame su sexo, el grito que emite al alcanzar el orgasmo. Todo es demasiado real, todo me recuerda demasiado a Isabel.

Capítulo 10

Isabel

Han pasado tres semanas desde nuestra primera cita en aquel restaurante de Santiago y no se puede decir que todo haya sido un camino de rosas, pero tampoco un desastre.

El humor de Iria parece variar en función de cómo se desarrolle la escritura de su libro. Si las palabras fluyen y los capítulos avanzan sin problema está bastante relajada. En cambio, como por casualidad se atasque en algún punto de la trama, se vuelve insufrible.

Aun así, quedamos casi todos los días, aunque solamente sea para dar un paseo o tomar algo juntas y las noches que me he quedado a dormir en su casa han sido tan buenas o mejores que nuestra primera vez.

Sin apenas darme cuenta, sonrío para mí misma pensando en sus múltiples manías. La infinidad de veces que se lava las manos cada día, su obsesión por el orden y la simetría cuando coloca los bolígrafos junto a su ordenador antes de ponerse a escribir. Su ritual para comprobar que la puerta y dos de las ventanas de la casa estén bien cerradas. Poco a poco me voy acostumbrando a todo ello y simplemente me parece que forma parte de sus excentricidades. Yo no sé si a ella le ocurre igual, pero no puedo sacármela de la cabeza en todo el día.

Mis padres no han vuelto a mencionar nada. Saben que a veces me quedo a dormir con ella, imagino que suponen lo que ocurre entre nosotras cuando lo hago, pero prefieren no preguntar sobre nuestra relación. Es como si creyeran que si no se menciona no se vuelve real.

Lo que me parece extraño es que sigan teniendo esperanzas de que vuelva con mi exmarido, sobre todo mi padre. A mi madre casi le haría más gracia que empezase a salir con el hijo de Anxo, el rico del pueblo. En cualquier caso, ambos están empeñados en que un hombre entre en mi vida cuanto antes. Por algún motivo que desconozco, se les ha metido en la cabeza la extraña idea de que mi hija Mencía necesita una figura paterna para desarrollarse como persona. Mi madre incluso mencionó la opinión de un psicólogo que a saber de dónde habrá salido.

Y eso complica las cosas a la hora de presentarles a Iria. Me gustaría que se conociesen, pero estoy casi segura de que a mis padres no les haría ninguna gracia y para Iria sería una situación muy incómoda. No se siente a gusto en situaciones que se salen

de su rutina.

Quizá la barbacoa que van a organizar este fin de semana pueda ser una buena oportunidad. Habrá más gente, con lo que será una situación más relajada y conociendo a mis padres evitará cualquier comentario incómodo por su parte. No se arriesgarían a quedar mal delante de sus vecinos. Para Iria también sería más fácil, vendrá su amiga Aurora y también doña Paloma, conocerá a bastante gente. Cuando mis padres hacen una barbacoa lo hacen a lo grande. Además, ayer me comentó que iba adelantada con su libro, esta vez no puede utilizarlo como excusa.

—Buenos días —saludo nada más entrar en la cocina.

Mis padres están sentados en una pequeña mesa en la que suelen desayunar y asienten con la cabeza al verme. La pequeña Mencía sigue durmiendo. Ayer fue un día muy ajetreado para ella, estuvo viendo pollitos y jugando con los gatos del vecino. Es sorprendente lo bien que duerme desde que hemos venido al pueblo.

—Con respecto a lo de la barbacoa…—hago una pequeña pausa para ordenar mis ideas mientras mis padres levantan la vista, pendientes de lo que tengo que decir—. Me gustaría traer a mi novia.

Ya está, se lo he soltado de golpe, como cuando te quitas una tirita o la cera al depilarte.

—¿Tu qué? —preguntan mis padres casi al unísono.

—Mi novia —repito en voz baja tratando de mantener la calma —. Iria, Iria Maiolo, la escritora —aclaro.

—¿Crees que es buena idea? Vendrá un montón de gente del pueblo.

—Con más motivo. Todo el mundo la conoce, es un sitio pequeño. Será mucho más fácil para todos de esa manera —les explico encogiéndome de hombros.

Mis padres intercambian una rápida mirada. No necesitan palabras para preguntarse si existe algún modo de conseguir que su hija no se presente en la barbacoa con una mujer.

—Supongo que no haríais nada delante de los invitados — pregunta mi madre con miedo.

—Mamá, joder. ¿En serio tienes que preguntarme esas cosas? ¿Qué quieres que haga, que le toque una teta delante de todo el mundo? —bromeo llevándome una mano a la frente por la estupidez que acaba de soltar.

—No hables así a tu madre —ahora es mi padre el que interviene y sigo si poder creerme que estén hablando en serio.

—Que no, que no vamos a hacer nada de nada delante de los invitados —les aseguro.

En cualquier caso, Iria es muy fría cuando hay gente delante, así que estoy casi segura de que pasaremos como meras amigas a simple vista.

—Intentaréis ser amables con ella, ¿verdad?

—¿Cuándo no lo hemos sido? —se apresura mi padre a contestar.

Y por desgracia, es cierto. Aunque no tengo dudas de que me quieren mucho, a veces pueden ser verdaderos monstruos conmigo, no tienen reparos en darme un par de gritos a pesar de mi edad o en tratar de imponer sus ideas arcaicas. Mete a un extraño en la ecuación y de pronto se convierten en personas amables y tolerantes, siempre les ha importado demasiado quedar bien con la gente.

Tras obtener su aprobación, rodeo con mis manos la taza de café recién hecho, sintiendo su calor, y dejo escapar un largo suspiro. Ahora queda la parte complicada; convencer a Iria de que venga.

***

—Tengo demasiado trabajo —escucho al otro lado de la línea de teléfono.

Ha sido una respuesta inmediata, ni siquiera lo ha dudado, pero no es algo que me coja por sorpresa. Sabía que su primera respuesta sería poner su trabajo como excusa, empiezo a conocerla bien. A Iria no le gusta juntarse con gente. Ella dice que tiene ansiedad social. No estoy muy segura porque una vez que logras meterla con otras personas se defiende muy bien, pero cuesta muchísimo vencer esa resistencia.

De hecho, es rarísimo verla en una firma de libros o en cualquier tipo de evento literario. Así como muchas otras autoras están encantadas cada vez que tienen una oportunidad de firmar sus libros o hacer una presentación sobre ellos, Iria lo odia. Ha decidido evitarlo a toda costa para desesperación de su editorial.

—Me has dicho que vas adelantada con la novela, no creo que pase nada porque te relajes una tarde —me apresuro a contestar desmontando su primera excusa.

—Sabes que no me siento cómoda en ese tipo de situaciones.

Por fin un poco de sinceridad. Me lo dice bajando el tono de voz, casi como si se avergonzase y ahora me resulta imposible rebatirlo. Sé que para ella significa un gran esfuerzo.

—Vendrán tu amiga Aurora y doña Paloma. Conoces a mucha de la gente que estará allí, Iria —le explico.

Sigue sin acceder, sale por las ramas sin encontrar una buena excusa para no acudir más allá de que no le apetece, cosa que ya conozco.

—Iria, me gustaría que conocieses a mi hija Mencía —no sé por qué se lo he dicho, pero me ha salido del corazón. Mi hija es lo más importante en mi vida y la pondría por delante de cualquier persona.

—Soy niñofóbica.

—No seas idiota, esa palabra ni siquiera existe.

—Te lo digo en serio, no soporto a los niños.

Hago una pausa para ordenar mis ideas. Nunca lo habíamos hablado, pero su confesión ha sido como un jarro de agua fría. Más bien como si me hubiesen tirado por encima todo el agua del ártico. Me quedo sin palabras, sin fuerzas para seguir insistiendo. Si Iria no está dispuesta a aceptar a Mencía, lo nuestro no va a funcionar nunca.

Iria

—¡Tienes que ir! —expone Aurora sin ni siquiera pensarlo una décima de segundo.

—Me parece una gilipollez.

—¿Tanto te cuesta? —insiste mi amiga.

—Sabes que sí.

Cuando decidí bajar al pueblo y pasar por la tienda de Aurora buscaba una salida, cualquier excusa me valía para no ir, incluso si no era muy convincente. En el fondo de mi mente esperaba que mi amiga me dijese que mejor no acudía, sabedora de los problemas de ansiedad social que padezco. En cambio, ahora me siento casi traicionada. No ha dudado en insistir en que debo ir a la dichosa barbacoa lo que me está generando un cabreo monumental.

—No me separaré de ti, te lo prometo —me asegura Aurora acariciando mi brazo izquierdo con suavidad.

—Te juro que como me dejes sola, te quemo la tienda —amenazo dejando escapar un bufido de desesperación y poniendo los ojos en blanco.

Capítulo 11

Isabel

El sol comienza a ocultarse tras el horizonte, pintando el cielo de una hermosa mezcla entre naranja y rosa que solamente se puede observar en los lugares donde no existe la contaminación. Los pájaros que habían estado revoloteando en los árboles de alrededor pareciera que se hubiesen ido a cenar y solo el "cri cri" de los grillos y el parloteo incesante de mi padre rompe el silencio.

El olor del carbón vegetal mezclado con la madera de encina impregna el aire mientras mi padre deposita varios costillares sobre una enorme barbacoa en nuestro jardín. Desde que tengo uso de razón, parece sentirse realizado preparando barbacoas para los amigos. Estoy segura de que debe tener algún significado oculto relacionado con la masculinidad o algo así, pero mi padre es feliz frente a una barbacoa.

Varios de nuestros vecinos han llegado ya, se reúnen en círculos para contar las últimas historias o cotilleos del pueblo como si este fuese un sitio grande y no se cruzasen por la calle todos los días. Tres o cuatro niños juegan a nuestro alrededor. Reciben continuas amenazas de unas señoras mayores para que no rompan nada, mientras que los dos únicos adolescentes que han venido permanecen sentados en una valla con la mirada perdida en la pantalla de su teléfono móvil.

Las primeras estrellas comienzan a asomarse en el cielo y la noche se vuelve más fría. Mi padre empieza a sacar las primeras hamburguesas y perritos calientes para los niños y sigue sin haber ni rastro de Iria.

—Va a venir, ¿no? —pregunto con miedo acercándome a su amiga Aurora con pequeños pasos.

No necesito matizar a quién me refiero. Aurora es quizá su única amiga verdadera en este pueblo. Iria se lleva más o menos bien con casi todos los vecinos, pero no deja de ser una persona bastante introvertida y poco social. Aurora es la única que ha sabido conocer a la verdadera Iria, es la única persona del pueblo en la que confía plenamente.

—Eso me dijo y si lo dice, vendrá —responde en un marcado acento gallego encogiéndose de hombros.

Y cuando por fin observo su coche doblar la esquina y aparcar frente a la casa de mis padres, mi corazón se salta varios latidos. Sale del vehículo de manera casi ceremoniosa, hasta juraría que

ha tomado un par de respiraciones profundas antes de dirigirse al jardín. Se ha vuelto a poner el jersey de cuello cisne negro y los pantalones vaqueros azules que tanto me gustan y el estómago se me llena de mariposas como a una adolescente.

—Sé que para ti supone un esfuerzo, te lo agradezco de verdad —le aseguro en cuanto estamos cerca.

Iria deja escapar un largo suspiro, no necesita palabras para indicarme que no le gusta estar entre tanta gente.

—Ven, te presentaré a mis padres —susurro.

—¿Es necesario?

—¡Joder, Iria!

El tiempo parece detenerse por unos instantes, mi madre dibuja en los labios su mejor sonrisa e incluso mi padre ha dejado de hablar con su amigo Anxo para acercarse a nosotras.

—Mamá, papá, esta es Iria, mi novia —anuncio cogiéndola de la mano.

Jamás en mi vida pensé que diría esas palabras, pero han salido de manera tan natural que me asusta, hasta diría que me ha llenado de orgullo pronunciarlas.

Me percato de lo nerviosa que está Iria a mi lado. Si a mí me sudan las manos, a ella le tiemblan literalmente. Parece extraño que siendo una escritora conocida lleve tan mal la parte social. Ya me había dicho que no le gustaba lo de conocer a la familia de sus parejas, pero es que casi parece una adolescente que se acaba de encontrar por casualidad con los padres de su primer amor.

—Y esta peque de aquí es Mencía —anuncio cogiendo en cuello a mi hija.

—La famosa Mencía… —Iria se inclina para darle un beso en la mejilla a la niña, pero el "*mami teno caca*" de la pequeña es suficiente para disuadirla.

—Lo siento —me disculpo encogiéndome de hombros—es una emergencia —aunque la forma en que Iria me ha mirado no me deja tranquila.

Estoy haciendo muchos progresos para que Mencía pida ir al baño cada vez que tiene necesidad y así abandonar por completo los pañales. Espero que entienda que ese tipo de situaciones con una niña que aún no ha cumplido los tres años son una prioridad absoluta y no permiten demora. Cada "*teno caca*" o "*teno pis*" se convierte en una situación de emergencia que requiere una visita al baño a toda velocidad.

—Mami, tu amiga es *buapa* —dice la pequeña al tiempo que la siento en el váter.

Hago una pausa y me quedo unos segundos en silencio ponderando si debo explicarle algo a Mencía, pero no quiero que

salga corriendo al jardín diciendo que ha conocido a la novia de su mamá. Habrá tiempo para explicarle ese tipo de cosas más adelante.

—¿Ya está?

—*Chi* —responde la niña asintiendo varias veces con la cabeza.

A continuación se levanta y pone el culete en pompa y no puedo evitar que se me escape una sonrisa al pensar que si esto sigue adelante, no me imagino a Iria llevando a mi hija al baño. Más vale que aprenda ella sola.

—¿Qué hay que hacer después?

—Lavar manos —responde sin dudar. Tiene la lección bien aprendida.

Y nada más salir de nuevo al jardín, no puedo evitar llevarme una mano a la cabeza al observar a Iria discutiendo acaloradamente con mi padre y su amigo Anxo sentados alrededor de una mesa de madera.

—El romance lésbico es un género digno de respeto, no tiene una calidad menor que un thriller, al menos en sí mismo, depende del autor y del libro —espeta Iria antes de pegar un bocado a una de las costillas que ha preparado mi padre.

—Es todo falso. Describe cosas que no ocurren en el mundo real —mantiene Anxo.

—¿Te refieres al final feliz o a que existan las parejas de mujeres? Porque ambas cosas existen. En cualquier caso, siempre sería mucho más real que encontrarse con extraterrestres, como ocurre en la ciencia ficción —replica Iria que parece estar disfrutando de la conversación.

Desde lo lejos, su amiga Aurora me hace una seña levantando el dedo pulgar para indicarme que todo va de maravilla y yo no puedo evitar morderme el labio inferior al escucharla. Ella misma no es una fanática del romance, aunque lo escriba, pero observar cómo defiende a sus lectoras me parece de lo más tierno.

Me siento con ellos aunque permanezco en silencio, disfrutando de la acalorada aunque amistosa charla literaria, cuando Mencía llega corriendo para sentarse a mi lado.

—Mami, "*teno hamble*" —anuncia en su medio idioma señalando con el dedo a la fuente de perritos calientes que ha preparado su abuelo.

Y para mi sorpresa, antes incluso de que pueda darme cuenta, Iria coge un tenedor y un cuchillo y parte el perrito caliente de mi hija en pequeños trozos mientras yo la observo con una sonrisa de incredulidad.

Creo que en ese justo instante me cambia la cara a juzgar por la sonrisa que pone Iria al verme. Todos mis miedos desaparecen.

No solo está manteniendo una conversación con mi padre, sino que no ha dudado en cortar la comida de Mencía en cachitos para que los pueda tragar mejor. Mi cara de felicidad debe ser todo un poema.

Capítulo 12

Iria

Tras la barbacoa, Isabel me acompaña a mi coche. Un silencio extraño se forma entre nosotras mientras el frío aire de la noche golpea nuestros rostros en las desiertas calles de Mazaricos.

—Espero que mis padres no hayan dicho nada que pudiese ofenderte, a veces son un poco intensos —susurra Isabel con miedo, rompiendo nuestro silencio.

—Fueron encantadores —le aseguro.

—Me alegro de que pienses así, supongo que es un paso importante.

—Tiene que ser increíble tener una familia tan cariñosa —suspiro.

—¿Mi familia? Eso es que no les conoces, Iria. Pueden llegar a ser un auténtico coñazo. Mis padres son autoritarios, me tratan como si siguiese siendo una niña pequeña —se queja Isabel chasqueando la lengua con disgusto.

—Ya, me imagino que tiene que ser algo terrible tener una familia que te quiera —ironizo en un tono algo borde.

Me molesta muchísimo la gente que no da valor a la familia. Yo nunca he tenido una y ver a Isabel quejarse de la suya consigue que me hierva la sangre.

—No es lo que quería decir —se disculpa Isabel, pero antes de que pueda proseguir con su frase ya he arrancado el coche y me pierdo por las estrechas calles hacia mi casa.

***

A la mañana siguiente, me despierto con un nudo en el estómago. Lo cierto es que en la barbacoa de la familia de Isabel me sentí mucho más a gusto de lo que pensaba. Reconozco que me costó mucho ir, me da mucha pereza estar entre tanta gente, no me gusta lo más mínimo. En cambio, una vez allí, fue bastante agradable. Quizá reaccioné de manera un poco brusca al comentario de Isabel, pero es que no soporto cuando la gente no valora lo que tiene.

No soy del tipo de personas que me suelo preocupar por expresar algo de manera borde, siempre he tenido fama de ser muy brusca y poco empática. Aun así, el hecho de que haya sido precisamente con Isabel me ha dejado muy mal sabor de boca.

Necesito hablar con alguien y sé que si me pongo a escribir en este estado me enfrentaré a una página en blanco. También sé que en este pueblo, tan solo hay una persona que me conozca

bien y en la que puedo confiar plenamente: Aurora.

En poco más de cinco minutos, estoy abriendo la puerta de la floristería de mi amiga Aurora, es lo bueno de vivir en Mazaricos, las distancias parecen no existir. Un simpático sonido imitando al piar de los pájaros me recibe al abrir la puerta. Aurora lo odia, pero por algún motivo parece encantarles a los turistas que visitan el pueblo. Y reconozco que a mí también.

—Un momento —grita mi amiga desde la trastienda.

—No hay prisa.

—Ah, eres tú. No sé por qué no lo supuse, después de todo eres mi mejor clienta —bromea.

—Espero que sea también tu amiga.

—Ya sabes que sí —asegura guiñando un ojo mientras coloca un par de sillas en un rincón para que podamos charlar.

Para mí, cualquier excusa es buena para visitar a Aurora en su floristería. Si no fuese escritora es posible que abriese una de estas tiendas, de hecho mi biblioteca empieza a parecerse a una. El dulce aroma de las flores recién cortadas, los vibrantes colores y la delicada belleza de las flores se combinan para hacer de este lugar algo único y especial.

Si ya desde fuera tiene un aspecto acogedor, por dentro es un oasis de belleza y aroma que saturan tus sentidos. Su olor es como el del campo en un día de verano y siempre consigue arrancarme una sonrisa.

—¿Qué te ocurre? —pregunta nada más sentarse. Me conoce tan bien que las palabras sobran.

—Sabes que estoy saliendo con Isabel, más o menos, la que vive por donde la plaza en dirección a la iglesia.

—Joder, estuve ayer en la barbacoa de sus padres, Iria. ¿Por qué dices más o menos? —inquiere alzando las cejas.

Dejo escapar un largo suspiro y me pellizco el puente de la nariz antes de empezar a hablar, tratando de ordenar mis pensamientos.

—Parecías muy cómoda ayer en la barbacoa —interrumpe Aurora —. ¿No estáis bien?

—Sí, estamos bien, supongo. Nunca he sabido juzgar con certeza ese tipo de cosas, ya lo sabes. El problema es que me acompañó al coche, las cosas habían ido bien con sus padres, me sentí a gusto y eso ya es raro en mí. Bueno, el caso es que cuando le iba a proponer pasar la noche en mi casa empieza a soltar todas esas estupideces de que sus padres son muy estrictos y controladores y…

—Oh, oh —corta mi amiga negando con la cabeza—. Le has soltado alguna burrada de las tuyas, ¿verdad?

—No, bueno, solo a medias. No fue nada serio, pero me molestó tanto que arranqué el coche y la dejé con la palabra en la boca —reconozco entornando los ojos.

—Me lo suponía. Bueno, escucha…

Su frase es interrumpida por el sonido del piar de los pájaros al abrirse la puerta y Aurora se levanta como un resorte para atender a una pareja de turistas madrileños. Me fijo en ella mientras se aleja hacia la entrada. Su delantal está manchado con tierra, seguramente ha estado trasplantando algunas plantas y lleva el pelo recogido en un moño desordenado que se ha hecho con mucha prisa, pero aun así, sigue siendo muy guapa. Hubo un tiempo en que compartimos cama algunas noches, pero decidimos que estamos mucho mejor como amigas.

—Lo siento, ¿por dónde íbamos? —pregunta diez minutos más tarde, después de venderles una planta a los turistas.

—Estabas a punto de darme un consejo.

—Sí, cierto —continúa poniendo su mano derecha sobre mi rodilla—. Todo el mundo necesita desahogarse sobre su familia a veces. No puedes tomártelo como algo personal. Supongo que ni siquiera le has contado todavía que te has criado en un hogar de acogida durante parte de tu niñez.

—No, pero es que me jode mucho que hagan eso —espeto haciendo un chasquido con la lengua.

—Pero eso es algo normal —repite— es como quejarse de las tetas o el culo. Casi ninguna mujer está plenamente contenta de su familia, de sus tetas o de su culo —explica encogiéndose de hombros.

—Eso es raro.

—Ya; sin embargo, es así. ¿No te quejas tú de que tus tetas son pequeñas? A mí me gustan y para mí no tiene sentido que te quejes. Pues con la familia pasa algo parecido, es normal que Isabel se queje de la suya aunque a ti te moleste. Tiene que ser un sacrificio para ella volver a vivir con sus padres por culpa de su situación económica —asegura.

—No sé, supongo que tienes razón —admito dejando escapar un largo suspiro.

Mientras termino esa frase, pienso en la última vez que vi a mi padre. Fue en una firma de libros, cuando empezaba y me dejaba convencer para ir a firmas de libros. Aquella novela se había convertido en un éxito y tuvo bastante visibilidad. Mi padre esperó a la cola y cuando ya casi no quedaba gente se acercó a la mesa y se presentó.

Me puse muy contenta. Hacía tantos años que apenas me acordaba de cómo era. Estaba muy envejecido, muy distinto a

como le recordaba. La vida no le había tratado bien. Hablamos de mi libro y de lo orgulloso que estaba de mí, creí que formaría parte de mi vida, pero me equivoqué. Tan solo necesitaba dinero, seguía con deudas de juego y demasiado alcohol en sus venas. En cuanto lo descubrí me sentí sucia y utilizada. Juré que jamás dejaría que nadie me utilizase así, ni mi padre ni ninguna otra persona. Quizá eso agravó mis problemas de confianza.

—Sé que tu infancia ha sido complicada, Iria —interrumpe Aurora sacándome de mis pensamientos—pero tu pasado no es culpa de Isabel. No puedes dejar que las cosas que te pasaron de niña arruinen algo bueno —añade.

—Supongo que tienes razón —admito con un suspiro.

—Siempre la tengo —bromea golpeando suavemente mi hombro con el puño—. ¿Por qué no la llevas a esa firma de libros que tienes en Madrid? Yo no pinto nada allí y si quieres que alguien te acompañe, ¿qué mejor persona que tu novia? Eso os permitiría conoceros mejor, hacer algo diferente y nos evitamos posibles ataques de celos. A mí me jodería mucho que mi novia se fuese unos días con una amiga a Madrid y me dejara en el pueblo, si te soy sincera.

—De nuevo buen consejo. Espero que no esté demasiado enfadada.

—Llévale un regalo. Es lo que hacías cuando me enfadaba contigo —propone Aurora con un guiño de ojo—. ¿Te acuerdas de lo que me regalabas?

—Una empanada de la panadería As Maroñas —suspiro recordando aquellos tiempos.

—Son las mejores del mundo. Si no te perdona con eso, nada logrará que lo haga —bromea Aurora.

—Gracias.

Le dedico una última sonrisa mientras me deleito antes de salir con el aroma de alguna de las plantas y me maravillo de que Aurora siempre tenga las palabras que necesito en cada momento. Una vez traté de basar un personaje en ella, pero era tan perfecto que resultaba pedante.

—Avísame si necesitas algo más. ¡Buena suerte! —añade cuando estoy abandonando la tienda.

Capítulo 13

Iria

Decido hacer caso a Aurora y me presento en el viejo café de doña Paloma con una empanada de maíz que huele que alimenta. Sonrío sin poder evitarlo, recordando todas las empanadas que he comprado para Aurora cada vez que se enfada conmigo. No han sido pocas veces a pesar de la enorme paciencia que tiene esa mujer. Supongo que soy una persona difícil de tratar.

Isabel me dedica una larga mirada al entrar y me gustaría pensar que sus ojos se han iluminado al verme, pero quizá sea solamente fruto de mi imaginación.

—Hoy no te toca venir al café —exclama sorprendida—. No puedo parar hasta las once, debo hacer una tortilla de patata, doña Paloma no se encuentra bien y ha salido—añade y se mete en la cocina sin volver a mirarme.

Diez minutos para las once. Tiempo suficiente para pensar en una disculpa.

—¿Vas a tomar algo? —pregunta Isabel tras once minutos y veintisiete segundos.

—No, gracias. Tan solo quería hablar contigo un momento. Supongo que debo disculparme —omito la parte en la que debería haberme preguntado si iba a tomar algo cuando entré en el café y no once minutos y veintisiete segundos más tarde, pero prefiero evitar cualquier cosa que pueda molestarla.

—Espera, ¿has puesto el cronómetro del teléfono móvil para contar los diez minutos? —pregunta extrañada y señalando mi teléfono mientras se sienta frente a mí.

—Te he traído una empanada de maíz —susurro encogiéndome de hombros y sin responder a lo del cronómetro.

—Gracias.

—Siento lo de ayer —tartamudeo quedándome sin palabras.

—Supongo que me vale como disculpa.

—Normalmente, en mis libros este sería el momento en el que una de las protagonistas haría un gesto bonito y le regalaría a la otra un gran discurso sobre el amor. Luego se besarían y todo olvidado. No sé si la empanada de maíz cuenta como un gran gesto —añado alzando las cejas.

—Siempre me sorprende que para ser escritora te falten las palabras en los momentos importantes, pero sí, lo acepto como un gran gesto —admite Isabel cogiendo mi mano entre las suyas.

—He tenido un pasado algo complicado y tengo la mala

costumbre de dejar que afecte a mi presente —confieso bajando la mirada.

—No te preocupes —susurra apretando mi mano.

Simplemente, me dice esas tres palabras. La mayoría de las personas presionarían, querrían saber qué es lo que ha pasado, necesitarían saber cada detalle. En cambio, Isabel tan solo aprieta mi mano y me dedica una preciosa sonrisa.

—¿Estamos bien entonces?

—Estamos bien, no te preocupes —me asegura.

—¿Quieres venir a Madrid conmigo?

Sus ojos se abren de repente y se queda como paralizada. Supongo que tendría que haber introducido antes el motivo por el que iríamos a Madrid, pero siempre he sido mala manejando mis sentimientos.

—¿Qué quieres decir?

—Me han pedido que haga una presentación que incluye una firma de libros. Pensé que sería una buena oportunidad para pasar juntas un fin de semana fuera de Mazaricos y…

—Creía que odiabas las firmas de libros.

—Las odio, pero supongo que pasar el fin de semana contigo lo compensaría —suspiro.

—No me lo perdería por nada del mundo, aunque tenga que aguantarte todo el fin de semana —bromea inclinándose hacia mí para besar mis labios.

Isabel

Apenas me lo puedo creer cuando Iria me propone pasar con ella el fin de semana en Madrid. Acepto sin pensarlo, sin ni siquiera preguntarle a doña Paloma si puedo abandonar mi trabajo durante un par de días. Después de todo, trabajo no hay mucho en este viejo café.

Ya me he autosaboteado bastante en mi matrimonio durante demasiados años seguidos. Ahora quiero empezar a disfrutar de la vida, considero que me lo merezco. Puede que Iria no sea la persona más fácil del mundo a la hora de mantener una relación con ella, pero sé que con su manera particular me quiere. Es algo torpe con los sentimientos, extraño que luego logre plasmarlos tan bien sobre el papel.

Debo esforzarme en no intentar cambiarla, es una mala costumbre que tengo. Con mi exmarido también ocurrió y lo único que conseguí es que se marchase con otra más joven. Las dos pasamos ya de los cuarenta y debemos aceptarnos como somos, con las rarezas y peculiaridades de cada una, supongo que debemos aprender a ver la parte positiva.

El corazón se me acelera al llegar a Madrid. El claxon de los coches en la maraña del tráfico, peatones que se mueven en todas direcciones, el rugido de los motores, el olor a humo que sale de los tubos de escape. Es diametralmente opuesto a Mazaricos, pero amo esta ciudad.

—Yo me encargo de todo, te voy a enseñar lo mejor de Madrid —afirmo en cuanto el taxi nos deja frente al hotel.

¡Y qué hotel! Da gusto ganar buen dinero. No sé si se lo paga su editorial o lo paga ella, pero esto debe costar una fortuna. Casi me apetece quedarnos en la habitación y no salir en todo el fin de semana.

Durante el resto del día apenas le doy descanso. Sin importarme que Iria haya nacido en esta ciudad, parecemos dos turistas descubriéndola por primera vez. Caminamos por El Retiro, nos hacemos fotos en la Puerta de Alcalá y la Cibeles, seguimos hasta la Puerta del Sol donde la tengo un buen rato posando frente al oso y el madroño a pesar de las quejas del resto de los turistas.

Apenas nos paramos a comer un rato y reponer fuerzas y pronto estamos de nuevo caminando por la plaza mayor hasta terminar por la tarde con más fotos en el Templo de Debod donde Iria se queja de que está muy cansada y al día siguiente tiene la firma de libros.

—Lástima que no tengas cuentas en las redes sociales, tendrías un montón de fotos para colgar —le aseguro de camino a nuestro hotel.

—Estoy molida —se queja.

—Pero ¿te has divertido?

—Mucho —suspira—. ¿Qué te parece si pedimos la cena en la habitación y nos dedicamos algo de tiempo a nosotras?

Y me lo propone acompañado de un guiño de ojo que consigue que mis rodillas tiemblen.

Capítulo 14

Isabel

—¿Qué te apetece comer? —pregunta Iria sentándose frente a mí y abriendo el albornoz hasta mostrar su cuerpo desnudo.

Una ola de calor se extiende por todo mi cuerpo al verla. Había entrado en la ducha hace unos momentos con la excusa de que estaba un poco cansada y no me esperaba una proposición así.

—Hay algo que tengo muchas ganas de probar —admito entre susurros sintiendo cómo se me pone roja hasta la punta de las orejas.

—Tú dirás.

—En uno de tus libros hablas de algo que llamas meditación orgásmica y me llamó mucho la atención. ¿Eso existe o te lo has inventado para darle suspense al libro?

—Claro que existe.

—¿Podríamos probarlo? —pregunto con el corazón latiendo con tanta fuerza que temo que se pueda salir de mi pecho.

—Te aviso que no es nada sexual en sí.

—¿Cómo puede no ser sexual llamándose "orgásmica"? —insisto.

—También se llama meditación —responde Iria encogiéndose de hombros—. Túmbate desnuda apoyando la cabeza en una de mis piernas.

Temblando de anticipación y con la respiración acelerada, me desprendo de la ropa dejándola desperdigada por el suelo y me tumbo completamente desnuda entre sus piernas. Me sorprende lo excitada que estoy, como si fuese a ser acariciada por primera vez, pero es que desde que leí aquel libro quedé intrigada por el término. Por mucho que Iria insista en que no es algo sexual, sus protagonistas se lo pasaban de maravilla, espero que en la realidad también ocurra.

—Quiero que estés muy relajada —susurra Iria y no veo cómo eso va a ser posible—. Voy a acariciar de manera muy suave el cuadrante inferior izquierdo de tu clítoris que es la zona con más terminaciones nerviosas. Va a ser una caricia leve, no es para que tengas un orgasmo, no tiene ninguna finalidad sexual. Serán quince minutos y tienes que concentrarte en las sensaciones. Nada más —explica con calma haciendo que un millón de mariposas revoloteen en mi estómago.

—¿Y si me corro?

—Pues no pasa nada, pero no es el objetivo en sí mismo. Lo que

se busca es que te concentres en las sensaciones sobre ese punto en concreto y en la intimidad de pareja que vamos a crear. ¿Estás lista? —pregunta mientras me guiña un ojo.

—Adelante —suspiro abriendo las piernas y muriendo de ganas de que empiece.

—Quince minutos —avisa mientras pone en marcha el cronómetro de su teléfono móvil.

Iria desliza primero su dedo por mi sexo y lo lubrica antes de empezar a acariciar la parte inferior izquierda de mi clítoris de manera casi imperceptible.

—¿Cómo va? —susurra a mi oído.

—Casi no siento nada —me quejo.

—No es para que te corras, Sabela.

—Pero hazlo un poco más fuerte.

A los pocos segundos incrementa mínimamente la presión, aunque sigue siendo muy leve, casi como si me estuviese acariciando con una pluma. Al principio es solamente relajante, casi cariñoso, pero en cuanto me concentro un poco más en sentir las sensaciones en mi clítoris es un placer muy difícil de describir con palabras.

No es en absoluto un placer intenso, pero sí un placer duradero, sostenido en el tiempo. Esas suaves caricias sobre una zona tan delicada hacen que se ponga aún más sensible a medida que avanzan los minutos y concentrarse sobre ese punto sin otra finalidad que crear una sensación de intimidad entre nosotras consigue que se incremente el placer.

En un par de ocasiones siento cómo se empieza a formar un orgasmo, aunque me da la impresión de que Iria disminuye la presión para evitar que lo consiga.

En cuanto se acaban los quince minutos, Iria coloca mi cabeza sobre la cama con suavidad y se tumba a mi lado, acariciando mi mejilla y colocando un mechón de pelo detrás de mi oreja. Me besa delicadamente y juro que es uno de los momentos más bonitos de intimidad que he tenido en toda mi vida.

Sin poder evitarlo, pienso en las diferencias con mi exmarido. Acabamos de estar quince minutos solamente generando intimidad y estoy tan excitada que en cuanto me toque de nuevo me volverá loca. Sé que es solamente el comienzo, que lo mejor vendrá a partir de ahora. Él pensaba nada más que en su propio placer, espero que con su nueva novia sea diferente.

Iria

—Ahora te voy a regalar una escena para tu próximo libro —susurra Isabel junto a mi oído haciéndome suspirar.

Impedí un par de veces que llegase al orgasmo durante los quince minutos de meditación orgásmica. Quería que comprendiese que ese no era el fin de ese tipo de práctica, pero creo que eso solamente ha conseguido excitarla más aún.

—Te voy a atar al cabecero de la cama y vas a pagar por lo que has hecho —anuncia mordiéndose el labio inferior al tiempo que saca unas esposas de cuero negro y las menea en el aire.

Apenas puedo creer lo que estoy viendo con mis propios ojos. Hace no demasiado tiempo tenía su primer encuentro sexual con una mujer llena de timidez y hoy está dispuesta a atarme al cabecero de la cama.

—¿Estás de acuerdo? Quiero escuchar cómo lo dices —ordena tirando suavemente de mi pelo para ladear mi cabeza y lamer mi cuello con lentitud.

Un escalofrío recorre todo mi cuerpo y apenas soy capaz de articular palabras. Hace unos días le confesé que me excitaban mucho las mujeres dominantes en el sexo. Es un tema recurrente en muchos de mis libros así que supongo que no ha sido una sorpresa para ella. Lo que no me esperaba es que se lo tomara tan en serio.

—¿Lo estás? —insiste.

—Sí.

Es solamente un suspiro, pero es todo lo que soy capaz de hacer en estos momentos.

—Esa es mi chica. Espero que estés dispuesta a que experimente un poco contigo esta noche —susurra deslizando la punta de sus dedos entre mis pechos y bajando hasta mi pubis.

Tiemblo mientras coge con delicadeza cada uno de mis brazos y los ata con las esposas al cabecero de hierro forjado de la cama. Lo hace de manera lenta, deliberada, como si quisiera que cada sensación se grabe en mi memoria para siempre. Y estoy casi segura de que eso es justamente lo que ocurrirá.

Una vez que ha sujetado mis manos, se coloca de rodillas junto a mí y besa la parte interna de mi muñeca para ir bajando, primero hasta el codo y más tarde hasta la axila. Desde ahí, acaricia con sus labios el contorno de cada uno de mis pechos antes de lamer mis pezones haciéndome gemir de placer.

Mi respiración se acelera en el momento en que se sienta a horcajadas sobre mí y se inclina para acariciarme con sus pechos. Los roza muy suavemente sobre los míos, tan solo una sutil caricia, pero suficiente para que empiece a gemir tan fuerte que debe recordarme que estamos en la habitación de un hotel.

—Empiezo a comprender las ventajas de vivir aislada en Mazaricos —bromea mordiendo uno de mis pezones con sus

labios.

Isabel se incorpora, sube sus manos por mi costado deslizándolas por el lateral de mis senos. Un nuevo gemido, una sonrisa de satisfacción en sus labios.

Dibuja imaginarios círculos sobre mi torso, vadeando mis pezones sin llegar a tocarlos, consiguiendo que mi excitación se suba por las nubes. Roza con el reverso de su mano mis mejillas antes de que la punta de sus dedos recorra mis labios. Abro la boca para chuparlos, pero los retira mordiéndose el labio inferior mientras acaricia uno de sus pechos con la mano izquierda.

—No sigas tirando de las esposas que te acabarás haciendo daño —me recuerda con un susurro al tiempo que desliza sus dedos por mi clavícula.

Vuelve a colocarse de rodillas a mi lado y no sentir su peso sobre mí deja un vacío casi doloroso en mi cuerpo. Sus manos acarician mi vientre, dibujando cada uno de los lunares que tengo en esa zona como si intentase aprendérselos de memoria. Instintivamente, abro más las piernas y la calidez de su muslo sobre mi piel me hace estremecer de deseo.

Desliza la palma de su mano por mi pubis y arqueo mi espalda, deseando que llegue a mi sexo. Una nueva sonrisa de satisfacción. Está disfrutando con esta maravillosa tortura a la que me somete.

Grito cuando se coloca entre mis piernas, sus labios recorren mis muslos, pero en vez de continuar con mi sexo se desliza hacia abajo besando mis rodillas y más tarde mis tobillos.

—Creo que tengo un pequeño fetiche con tus pies —reconoce cogiendo mi pie derecho entre sus manos y besando el empeine.

—No puedo más —suplico con un largo suspiro.

—Ya lo veo.

Lo admite con un susurro, deslizando uno de sus dedos por mi sexo y sintiendo su humedad.

Por fortuna, pronto su lengua lo recorre. Lo lame como si fuese un helado, con movimientos largos y lentos, volviéndome loca de deseo cada vez que su lengua roza la entrada de mi vagina. Besa mi clítoris, lo recorre con su lengua, lo muerde suavemente entre sus labios y cuando sus dedos se cuelan en mi interior ya no me importa si estoy en un hotel de lujo o en el medio del campo.

Gimo, jadeo, alzo las caderas buscando el contacto con su lengua, tiro de mis ataduras hasta que siento el cuero de las esposas quemar mis muñecas. Entre suspiros le suplico que siga, que no se detenga por nada de este mundo mientras siento un maravilloso orgasmo formarse dentro de mí que rompe con la fuerza de un vendaval.

—¡Joder! —suspiro dejándome caer sobre el colchón.

Isabel levanta la cabeza y sonríe sin sacar sus dedos de mi interior, provocándome continuos espasmos de placer con cada pequeño movimiento.

—Espero que no te haya hecho daño —susurra liberando mis muñecas de las esposas y acariciándolas con ternura —se te ha quedado la piel muy roja.

No tengo fuerzas para responder. Simplemente, cierro los ojos y me dejo mimar, me pierdo entre un sinfín de besos y caricias, infinitos mimos con esa delicadeza que ella solo es capaz de conseguir mientras pienso que quizá no sea tan malo comprometerse en una relación a largo plazo.

—¿Pedimos la cena y después seguimos? —propone con un seductor guiño de ojo.

Capítulo 15

Iria

—Es increíble todo lo que me he estado perdiendo —admite Isabel con un suspiro.

Permanecemos desnudas sobre la cama tras hacer el amor, regalándonos pequeños besos y caricias y reconozco que me siento tan a gusto con ella que ni siquiera he pensado durante el día en la presentación del libro.

—¿Has estado alguna vez con un hombre? —pregunta de pronto dibujando con su dedo la línea de mi clavícula.

—Nunca —reconozco—. A los quince años, cuando todas mis amigas contaban lo guapos que eran algunos de los chicos del instituto, yo tan solo me fijaba en ellas. Al principio me causó algunos problemas porque no quería perder su amistad, pero comprendí muy rápido lo que ocurría. Ojalá estar ahora en el instituto, sería mucho más fácil —bromeo.

—Aunque te parezca extraño, yo ni siquiera había pensado nunca en estar con una mujer hasta que te conocí. A ver, llevo algunos años leyendo tus libros y los de otras autoras del género, pero porque me gusta la forma en que se presentan las historias. Para mí ha sido una sorpresa. Una sorpresa muy agradable, aunque una sorpresa al fin y al cabo —admite Isabel.

Nos quedamos en silencio durante unos instantes, perdidas cada una en la mirada de la otra. Una sonrisa tonta se dibuja en nuestros labios como si fuésemos dos adolescentes en su primera cita y pienso para mí que esta mujer está ablandando demasiado mi corazón.

—Reflexionando estos días sobre ello, me he dado cuenta de todo lo que necesitaba un hombre a mi lado para valorarme como mujer y de lo estúpida que es esa actitud. Por algún motivo, en mi subconsciente creía que necesitaba estar en una relación, cada vez que rompía con alguien buscaba inmediatamente a otro hombre. Luego vino mi exmarido y perdí la razón cuando le conocí. Venía de buena familia, tenía dinero, un buen trabajo. Ropa cara, un buen coche. Sé que suena estúpido, pero una parte de mí buscaba esa seguridad.

—Le pasa a mucha gente —le aseguro.

—Sí, lo sé. Pero en mi caso ni era seguridad ni era nada. Mira cómo acabó la cosa con ese cerdo. Quiero pensar que fue porque la crisis de los cuarenta le dio muy fuerte y quiso probar si todavía tenía el suficiente gancho como para seducir a una mujer

tan joven. Prefiero no suponer que quizá me estuvo poniendo los cuernos desde el principio.

—¿Te arrepientes de haberte casado con él?

—He reflexionado muchas veces sobre esa pregunta —confiesa Isabel con un largo suspiro y haciendo una pausa antes de responder—. Solía creer que casarme con mi ex había sido el peor error de mi vida, pero me dio a Mencía que lo es todo para mí. Lo he pasado muy mal tras el divorcio y al perder mi trabajo. Como te puedes imaginar, me he tenido que tragar mi orgullo para volver a vivir con mis padres a mi edad por falta de dinero. Aunque eso me ha llevado a estar contigo. No sé, la vida da muchas vueltas y a veces te lleva por caminos un poco raros.

—Interesante perspectiva.

—Cuéntame algo de ti —interrumpe y a mí se me forma un nudo en el estómago.

Dicen que soy muy buena escuchando, pero odio hablar de mí misma, sobre todo de mi pasado. No ha sido una experiencia agradable bajo ningún punto de vista. Es cierto que me ha definido como persona, para lo bueno y para lo malo, pero prefiero no hablar de ello si puedo evitarlo.

—¿Has estado en alguna relación seria? —pregunta alzando las cejas.

—No, realmente no creo que pueda decir que lo he estado —reconozco tras pensarlo unos instantes.

—¿Te lo plantearías?

Dejo escapar un largo suspiro, pero el brillo en sus ojos grita que quiere que le diga que sí. Esa mirada llena de esperanza está casi suplicando que confiese que he encontrado a la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida. Ojalá pudiese responder lo que ella desea, pero por desgracia no es así.

—Potencialmente —admito tratando de no hacerle daño.

Isabel

"Potencialmente", esa es la única respuesta que recibo a una pregunta que para mí es clave. Joder, aunque solamente sea porque estamos las dos desnudas sobre el colchón dándonos mimos, debería mentir y decir que por supuesto. ¿No puede hacer como las protagonistas de sus libros y decirme algo bonito en un momento como este? ¿No puede hacer una excepción y camuflar la verdad por una vez diciéndome que yo soy la persona con la que espera tener esa relación seria?

Supongo que tampoco es un no rotundo. Iria no tiene reparos en decir las cosas claras si hace falta, eso al menos significa que en algún lugar de su corazón alberga la esperanza de que un día

ocurra.

Mierda, ya he cumplido los cuarenta y soy madre soltera. Quiero encontrar a alguien especial con quien compartir mi vida de nuevo. Deseo salir de la casa de mis padres lo antes posible. Ya no estoy para perder el tiempo en una relación pasajera en la que no hay esperanzas de futuro, por muy a gusto que esté con esta mujer. Si Iria quiere seguir conmigo tiene que estar dispuesta a tomarse lo nuestro en serio, a comprometerse algún día.

Pensé que el fin de semana en Madrid le abriría los ojos. Hay tantas cosas que hacer en esta ciudad que nunca te aburres, el límite está solo en el dinero del que dispongas. Podríamos tener una vida maravillosa juntas aquí. Mazaricos está muy bien, reconozco que es un lugar precioso e Iria me ha ido enseñando rincones mágicos de los alrededores que yo no conocía.

Sin embargo, empiezo a agobiarme un poco, me ahoga un lugar tan tranquilo. Necesito ver a la gente correr por las calles, el ruido del tráfico, una ciudad en ebullición. Supongo que vivir con mis padres contribuye a que necesite salir de allí cuanto antes.

—Gracias por un fin de semana insuperable —susurra Iria deslizando la punta de sus dedos a lo largo de mi barbilla antes de besarme.

—¿Te ha gustado de verdad?

Iria cierra los ojos antes de responder, quizá intentando ordenar sus palabras y una preciosa sonrisa se dibuja en sus labios.

—Me ha gustado mucho. A tu lado me he sentido feliz, llevaba mucho tiempo sin sentir paz. Es increíble que haya tenido esa sensación en una ciudad tan grande como Madrid.

Mi corazón se salta varios latidos al escuchar esas palabras.

—¿Significa que considerarías venirte a vivir aquí? —inquiero temblando de emoción.

—No.

Es un “no” tajante. Uno de esos que no necesita aportar más explicaciones. Un “no” frío, rotundo, sin posibilidad de réplica. Un “no” que me rompe por dentro.

Capítulo 16

Iria

Han pasado tres semanas desde nuestro viaje relámpago a Madrid y las cosas van mejor de lo que esperaba. Pasar tiempo junto a Isabel ha aportado una notable profundidad al personaje de Flavia. La nueva novela se me estaba resistiendo, no era capaz de darle una personalidad constante a Flavia.

Ahora, tan solo tengo que imaginarme a Isabel y las palabras fluyen como si tuviesen vida propia, incluso voy adelantada con la fecha de entrega. Mi editora me ha dicho que las escenas de cama son las mejores que he escrito en mi vida. Ese lado dominante que saca a relucir el personaje de Flavia le ha venido muy bien al libro.

Isabel pasa de dos a tres noches por semana en mi casa e incluso ha empezado a traer a su hija Mencía alguna tarde ahora que el tiempo ha mejorado. A la cría le encanta jugar con Bruno o bañarse en la piscina. Aunque parezca increíble, empiezo a echar de menos a esa chiquilla cuando paso varios días sin verla y eso que siempre he odiado a los niños.

Hace tres semanas, desnudas en el hotel de Madrid, me preguntó si estaría dispuesta a plantearme una relación seria con una mujer. Recuerdo que respondí un seco “potencialmente”. Si me lo volviese a preguntar a día de hoy, es muy probable que le respondiese que probablemente sí me lo plantearía.

El sonido del motor de un coche se detiene justo a la puerta de entrada y Bruno se ha vuelto loco de repente. Ladra, gruñe, llora, todo al mismo tiempo mientras corre por el jardín como si le hubiese poseído algún espíritu. El enorme mastín napolitano corre a la puerta de entrada a recibir a la pequeña Mencía que le tira de las orejas antes de darle un beso.

—Estás preciosa —exclamo al ver a Isabel en bikini.

Habíamos quedado en aprovechar el buen tiempo y disfrutar de la piscina toda la tarde. Parece una contradicción que la piscina siempre haya estado ahí, aunque más como un elemento que formaba parte de la decoración del jardín que para usarla. Ahora, hacemos uso de ella cada vez que sale un rayo de sol.

Mientras la niña trata de alcanzar a Bruno no puedo quitar los ojos de Isabel. Sus largas piernas resaltan en bikini y la fina tela cubre poco más que el ancho de su sexo, consiguiendo que mis rodillas tiemblen al observarla.

—Tienes que esperar a que Mencía duerma la siesta —susurra

al darse cuenta del lugar en el que se han detenido mis ojos.

Me encojo de hombros y muerdo mi labio inferior con deseo sabiendo que la piscina y las carreras tras el mastín cansarán a la niña y podré disfrutar de ese cuerpo que ya empiezo a desnudar con la mirada.

—¡*Bluno*! Ven aquí osito malo —grita la niña que se empeña en llamar "osito" al enorme perro, aunque quizá algo de razón no le falta a juzgar por lo gordo que se está poniendo.

—¿Cuál es tu merienda favorita? —le pregunto en cuanto se detiene a descansar un instante.

—Las chuches —responde sin dudar.

—Me ha dicho un pajarito que en la cocina hay una bolsa gigante de chuches de todos los sabores —anuncio poniéndome en cuclillas junto a ella.

Sus ojos se iluminan con esa ingenuidad que tan solo conservan los niños y no puedo evitar que se me escape una sonrisa tonta en los labios.

—Si luego le duele la barriga y no duerme la siesta, serás tú la que se quede sin merienda —me recuerda su madre señalando con el dedo índice hacia su sexo y arqueando las cejas.

La pequeña Mencía vuelve a jugar con Bruno, ajena a todo. El enorme mastín se ha tirado en el suelo patas arriba y deja paciente que la niña le haga cosquillas en la barriga.

—Tiene que ser el perro más dócil del planeta —bromea Isabel —. Por cierto, no tienes por qué comprarle cosas a Mencía continuamente, empiezas a malcriarla.

—Quiero caerle bien. Ya sabes que en mis libros es la mejor forma de seducir a una madre soltera.

—Eres idiota, Iria —suspira Isabel entornando los ojos—. A mí ya me has seducido. Además, a la cría con que le compres un caramelo ya te la has ganado. Está encantada de venir a jugar en la piscina de la "amiga" de su madre, así que no conviertas en un hábito lo de las chuches.

—¿Cuándo se lo vas a contar?

—Cuando tú lo tengas totalmente claro, Iria. No quiero meter a mi hija en medio mientras no estés dispuesta a comprometerte —espeta en un tono algo brusco retirando la mirada.

Isabel

A veces, la actitud de Iria me irrita. En varias ocasiones he sacado el tema de dar un siguiente paso en nuestra relación y nunca parece estar dispuesta. Siempre me pone excusas tontas mencionando su pasado del que sigue dispuesta a no contarme nada o los plazos de entrega del dichoso libro.

Juro que me está volviendo loca con este tira y afloja porque Mencía la adora. Puede que las continuas chuches que le compra tengan algo que ver, pero la niña pregunta por Iria constantemente. Incluso me atrevería a decir que ella le empieza a coger cariño a mi hija, a pesar de que siempre me dijo que era "niñofóbica".

—¿Estás llorando? —susurra acercándose a mí con pequeños pasos al observar que mis ojos se han humedecido.

—Déjame unos minutos, por favor. No quiero que la niña me vea así.

—¿He dicho algo que te ha ofendido?

—Joder, Iria. Con todo lo inteligente que eres, para estas cosas eres idiota. Parece mentira que seas escritora de romántica —ladro apartándola de un manotazo.

Sé que no es una persona empática, soy consciente de que le cuesta a veces manejar sus sentimientos y que es algo torpe con las emociones, pero es que me saca de quicio este tipo de cosas. No sé, puede que parte de la culpa haya sido mía, quizá creé unas expectativas irreales. Es posible que me haya dejado llevar y no haya sabido diferenciar la escritora de sus historias. Pero yo necesito algo más, no puedo seguir así.

—¡Mami, pisci!

La voz estridente de la pequeña Mencía me salva de tener que volver a discutir una vez más con Iria sobre las mismas cosas. Ya empiezo a estar muy harta.

Entro en la piscina con mi hija, sus pequeños bracitos agarrados a mi cuello mientras ríe y grita feliz. Va a ser muy duro para ella si Iria y yo dejamos de vernos, pero me temo que es la dirección en la que nos dirigimos.

Capítulo 17

Iria

Las cosas hoy no han ido demasiado bien. Isabel ha decidido marcharse antes de tiempo alegando que le dolía la cabeza. No ha escuchado las súplicas de la niña que quería quedarse a cenar. Ni las mías. Les había preparado su comida favorita, el plan era que la niña se echase una siesta aquí, incluso he comprado una cuna de viaje. Mientras tanto, su madre y yo aprovecharíamos para una de esas sesiones de sexo que consiguen llevarme a otra dimensión. Pero ha decidido marcharse. Estaba un poco rara hoy.

Una vez que me quedo sola, me siento frente a mi ordenador y abro el correo electrónico. Uno de ellos llama mi atención, mi editorial solicita una fecha para un nuevo libro. Ya no se molestan en pedirme una propuesta, saben que cada libro está funcionando más allá de las expectativas que teníamos cuando empezamos a trabajar juntos y que otras editoriales llaman a mi puerta. Ahora, simplemente, quieren saber una fecha de entrega y poco más adelante un título para diseñar la portada.

Me encanta escribir, puedo pasarme horas perdida en mis historias, sufriendo y riendo junto a mis personajes. En cambio, la parte de la idea inicial siempre se me ha resistido. Admiro a esa gente que dice que tiene más ideas de las que puede escribir, las apuntan en libretas esperando a que llegue su turno, como si estuviesen en una lista de espera.

A mí eso nunca me pasa, cada idea debo sudarla. Y luego está el hecho de que debo planificar cada punto importante que ocurrirá en la novela, necesito tener una idea de lo que pasará en cada capítulo antes de ponerme a escribir. Cuando simplemente me sentaba y esperaba a que las palabras fluyesen creaba cosas muy interesantes, pero también me enfrentaba demasiado a menudo a la temible página en blanco.

Esta vez, en cambio, lo tengo muy claro. Será mi proyecto más personal, en el que desnudaré mi alma y plasmaré una parte de mí. Sé que será duro, tendré que dejar jirones de piel en algunos de los capítulos y ni siquiera sé si la editorial estará muy de acuerdo con lo que quiero hacer.

La idea me vino de pronto mientras pensaba en Isabel en un oscuro día de lluvia. Me senté en el ordenador y planifiqué cada capítulo. Es la historia de una mujer que se muda desde Boston a un pequeño pueblo donde decide quedarse para siempre. Allí conoce a Beth, que por circunstancias de la vida ha tenido que

mudarse también al pequeño pueblo junto con sus padres, esta vez desde Nueva York.

La segunda protagonista acaba de salir de un divorcio y tiene una niña pequeña llamada Bella. Evidentemente, está basada en mi propia historia con Isabel, le crearé un final feliz y escribiré todo lo bonito de nuestra relación. Puede que resulte un poco plana, con poco conflicto, pero me centraré en describir los aspectos positivos de la vida en el pueblo. El carácter noble de la gente que lo habita, el olor de la hierba recién cortada, la sensación de la suave brisa acariciando tu pelo en un día de primavera.

Ambas protagonistas están en una edad en la que se plantean cómo ha sido su vida, los errores que han cometido y cómo quieren que sea a partir de ese momento. Al final, Beth, la mujer recién divorciada de Nueva York, admite que la otra protagonista es su verdadero amor y forman una familia para siempre junto a su hija pequeña. Escribiré un epílogo en el que se muestra lo enamoradas que están la una de la otra. Serán felices para siempre. El amor lo conquista todo.

Sin querer, se me escapan las lágrimas y hacía mucho tiempo que no lloraba. Es demasiado personal, abro mi corazón por completo. Mientras escribo, deseo que Isabel decida quedarse en Mazaricos para siempre.

En mi historia, ambas se conocen en una cafetería. Hay una atracción instantánea, el típico flechazo. Por supuesto, se producen ciertas dudas, tiene que haber un tira y afloja, pero al final acaban juntas y felices. ¿No sería increíble que Isabel y yo acabásemos justo de ese modo?

En el libro, la protagonista no tiene muchos problemas para demostrar a la madre soltera las bondades de vivir en un pequeño pueblo. Ojalá fuese así de fácil en la vida real. Cuando estuvimos hace tres semanas en Madrid pude observar lo mucho que Isabel echaba de menos la gran ciudad. Se notaba en su sonrisa, en la forma en que se le iluminaban los ojos, realmente disfrutaba de esa vida. Reconozco que yo también lo pasé muy bien, pero no podría vivir allí más de un fin de semana. En Mazaricos he encontrado mi hogar.

Cuando escribo puedo hacer que todo salga bien. Los libros de Iria Maiolo tienen siempre un final feliz en el que las protagonistas se enamoran y son felices para siempre. Ojalá mi vida fuese así de sencilla.

Capítulo 18

Isabel

Llevo tres días sin saber nada de Iria. Las cosas no acabaron bien la última vez que nos vimos y a mi edad yo ya no estoy para juegos. Preciso saber qué voy a hacer con mi vida cuanto antes. No soy una adolescente, quiero una relación seria, deseo salir de la casa de mis padres, me gustaría tener una pareja a largo plazo con la que educar a Mencía.

Si Iria no está dispuesta a comprometerse, lo nuestro no tiene mucho futuro. Por muy bueno que sea el sexo con ella, no me compensa, quiero algo más en mi vida. Tendría que llamarla, deberíamos hablarlo como personas adultas. Joder, las dos pasamos de los cuarenta y lo estamos gestionando como niñas de instituto. Pero soy muy orgullosa y cabezota, tengo mi corazoncito, y no pienso dar mi brazo a torcer. Tendrá que ser ella la que haga un esfuerzo.

Mencía juega en el salón a mi lado, ha preguntado varias veces por Iria y sobre todo por Bruno. Echará de menos a ese enorme mastín con el corazón de oro. Mis padres han decidido darse un tiempo a solas, me encanta la relación que tienen a pesar de llevar tantos años casados. Ojalá algún día yo también pudiese tener algo así.

El ruido de unos nudillos golpeando la puerta me saca de mis pensamientos. Mencía levanta la cabeza y me mira con los ojos muy abiertos mientras me dirijo a la entrada.

—Joder —bufo con una mueca de disgusto al ver de quién se trata.

La madera del porche cruje bajo sus pies y el chirrido de la puerta principal al abrirse no augura nada bueno.

—¿Qué coño haces aquí? ¿No me has hecho ya suficiente daño?

Mi exmarido me mira sin decir nada, parece un monigote sacado de alguna revista, con corbata y un traje gris marengo, no pega en absoluto con el ambiente de este pueblo.

—¿Puedo pasar?

Su voz ha cambiado ligeramente, es como un gruñido en tono bajo, como si le hubiesen sacado todo el aire, ha perdido parte de la seguridad que exhibía.

—¿Qué coño quieres, Luis? No estoy de humor para aguantar tus gilipolleces ahora. Ya te he dicho que no quería volver a verte —ladro en un tono de voz más alto del que debiera llamando la atención de dos de los vecinos que caminan calle abajo.

—Estás muy guapa —susurra entregándome una rosa.

¿Estoy muy guapa? ¿Me pone los cuernos con su amiguita y se planta en la casa de mis padres después de un año diciendo que estoy muy guapa? Este tío es un imbécil.

—¿No me vas a dar al menos un beso en la mejilla como saludo?

Su mano rodea mi muñeca derecha y tira de mí apretándome contra su pecho. Siento asco al percibir su aliento en mi cuello, me abraza durante unos segundos antes de soltarme y me deja tan alterada que ni siquiera sé cómo reaccionar. Si con ese gesto pretendía ablandarme ha conseguido todo lo contrario, ahora mismo tan solo siento asco hacia él.

—¿Me vas a decir que haces aquí?

—Te he echado de menos —suspira. Su voz es ahora plana y seca, como la de alguien que ha renunciado a vivir su vida.

Un silencio horrible se forma entre nosotros. Tremendamente incómodo. ¿Espera que yo inicie la conversación? ¿Espera que le diga que le perdono? ¿Qué todo está bien entre nosotros y que podemos seguir donde lo dejamos? Este tío es un gilipollas.

—Lo siento, ahora comprendo que me había equivocado —admite en tono bajo.

—¿Las cosas no funcionaron con la zorrita a la que te tirabas?

No debería hablar así delante de Mencía, espero que esté concentrada en sus juguetes y no escuchando la conversación. Tampoco sé las mentiras que le habrá contado a esa pobre chica, quizá hasta le dijo que ya estábamos a punto de divorciarnos y ha sido tan víctima como yo misma.

De todos modos, en cuando vi las fotos de esa mujer tuve muy claro que no durarían mucho y ahora me alegro. Tenía veintitantos años, era guapísima. Seguramente, mi exmarido la deslumbró gastando cantidades obscenas de dinero en viajes y regalos y ella cayó momentáneamente en sus redes. Pero esas cosas no suelen durar si no hay nada más detrás. Y él está bien económicamente, pero no para mantener ese tren de vida durante tanto tiempo.

—Incluso cuando estaba con ella pensaba en ti, supe desde el principio que me había equivocado —reconoce bajando la mirada.

¿Se supone que eso que me acaba de decir es romántico? ¿Mientras follaba a la jovencita pensaba en mí? ¿Qué coño le pasa? Me pone enferma cuando baja la mirada queriendo dar pena como un cachorrito abandonado, es un puto cerdo.

Lo cierto es que he fantaseado con este momento en infinidad de ocasiones. Deseaba que un día viniese a pedirme perdón y

poder cerrarle la puerta en las narices. Tenía incluso preparadas un montón de frases hirientes para lanzarle, pero ahora me hierve la sangre y las palabras apenas logran salir de mi garganta.

—Por favor, dime algo.

Su mirada es de pura desesperación, como si de verdad creyera que puedo olvidar todo el dolor que me ha causado como por arte de magia y darle otra oportunidad. No puedo hacerlo, no estoy dispuesta a mostrarme vulnerable de nuevo.

Otra vez se acerca a mí para tocar mi brazo y doy un paso atrás asqueada. Me doy cuenta de que ni siquiera soporto su contacto. ¿Qué espera que le diga? ¿Está bien, Luis? ¿No tengo autoestima y necesito a un hombre a mi lado para volver a Madrid y criar a nuestra hija? No, gracias.

—Tengo un apartamento nuevo en Madrid, en la Castellana. Mencía tendría su habitación y una pequeña sala de juegos —añade sin que nadie le haya preguntado.

—Me alegro por ti —respondo con sequedad.

Mantengo la puerta a medio cerrar, mirando de reojo a Mencía cada poco, sigue enfrascada en sus juegos, ajena por completo al hecho de que su padre se ha presentado sin avisar.

—Vuelve conmigo. Te conozco, Isabel, no encajas en un pueblo como este. Te ahogarás en él. Necesitas la vida de Madrid, sus tiendas, sus restaurantes, la vida nocturna. Vuelve conmigo —insiste.

—¿Papá?

Justo lo que no quería que pasara. La niña se ha levantado y avanza hacia nosotros alzando los brazos para que su padre la coja en cuello. El muy cabrón ni siquiera me ha pagado la manutención durante el último año y ahora viene de padre modelo.

—Hola, bizcochito, ¡cómo has crecido! —exclama con su mejor sonrisa mientras alza en sus brazos a Mencía.

—¿No te apetece volver a Madrid, bizcochito? En la urbanización donde vivo ahora hay una piscina y podrías bañarte.

—La amiga de mamá *tene* una *caza enolme* con *pischina* y un *peglo mu glande* que *ze* llama *Bluno* —suelta la niña de golpe y un calor recorre todo mi cuerpo.

—¿La amiga de mamá?

—Quiere decir mi novia —espeto ante su cara de asombro, aunque ya no sé si esa afirmación es del todo cierta.

—Vaya, veo que no has perdido el tiempo, lo que no me esperaba es que fuese con una mujer. Está claro que el dinero te sigue deslumbrando.

Sus palabras son como una daga que atraviesa mi corazón. Es él

quien utiliza el dinero para intentar ganar el amor de otras personas, en el fondo siempre supuse que mi ex pensaba que empecé a salir con él por su dinero, pero que haga esa acusación delante de mi hija me revuelve el estómago.

—Hablando de dinero, me debes muchos meses de la manutención de Mencía —le recuerdo alzando las cejas.

Como si fuese un fardo de alfalfa que empieza a pesar demasiado, extiende los brazos y me pasa a la niña.

—Demándame —añade girando sobre sus talones y subiéndose al coche.

Sabe que no voy a hacerlo, aunque debería. Solo lo haría si realmente necesitara ese dinero para alimentar a Mencía. Al fin y al cabo es su padre. Tampoco le impediría ver a la niña, si bien está claro que no le interesa lo más mínimo ejercer de padre, ni siquiera unos instantes. Incluso Iria con su niñofobia se molesta más que él.

Cuando nos casamos, yo era mucho más joven e inocente. Pensé que era el hombre de mi vida. Ahora paso de los cuarenta y ya no estoy dispuesta a aguantar este tipo de mierda. Sé lo que me merezco, alguien que me trate bien y me valore. Alguien como Iria.

Mierda, Iria.

***

Cuando mis padres regresan estoy dando de cenar a la niña y todavía conservo una sensación de asco en el estómago. Hay que tener cara para plantarse en casa de mis padres y pedirme que vuelva con él a Madrid.

—¿Qué tal el día? —pregunta mi padre nada más entrar por la puerta—. ¿Ha pasado algo especial?

—Bueno, en realidad sí —respondo con cautela.

Mis padres se sientan de inmediato frente a mí y no me quitan ojo y de pronto, empiezo a encajar las piezas del puzle y a comprender algunas cosas. Nunca he recibido tanta atención, ni siquiera cuando iba a dar a luz.

—Creo que ya sabéis lo que ha ocurrido —expongo de manera críptica.

—¿Nosotros? No, nosotros no sabemos nada.

Mi madre disimula algo mejor, pero mi padre es incapaz de mentir. Se le nota demasiado.

—¿Seguro que no sabías que iba a venir cierto exmarido que llevaba un año sin dar señales de vida? —pregunto clavándole la mirada.

—En absoluto —insiste poniéndose rojo como un tomate.

—Sois lo peor, de verdad. Sabéis perfectamente el daño que me

ha hecho. Sabéis que he llorado cada noche durante meses hasta que ya no me quedaban más lágrimas y ahora que empiezo a salir adelante, ¿me hacéis esto?

—Tan solo queremos lo mejor para ti, Sabela. Luis nos llamó por teléfono preguntando por ti y como no parece que estés con nadie…nosotros…

—¿Qué no estoy con nadie? ¿Iria qué es? ¿Un fantasma? —pregunto agitada.

—¿*Ilia e* un fantasma? —inquiere Mencía abriendo sus ojitos de par en par.

—No cariño, es solo una manera de hablar —me apresuro a aclarar—. Ya tendremos esta conversación un poco más tarde —añado con un bufido.

—La niña necesita un padre —ahora es mi madre la que habla y no está mejorando las cosas precisamente.

—Iria está bien para un tiempo, pero debes pensar en tu hija y formar una familia —agrega mi padre.

Ya no puedo aguantar más. Quería tener esta conversación con ellos cuando la niña estuviese durmiendo porque suponía hacia dónde podría derivar, pero no puedo soportarlo, me saca de mis casillas por completo.

—¿Una familia como la que tenía? ¿Un marido que me ponía los cuernos con una quince años más joven? ¿El mismo marido que quiere tanto a su hija que ni siquiera paga la manutención? ¡Pues menuda puta mierda de familia! —ladro sin darme cuenta de que la pequeña Mencía me mira asustada y ha empezado a poner pucheros.

—Sabeliña, sabemos que estás enfadada, tómate tu tiempo para calmarte y ya verás cómo tenemos razón.

—Salgo a dar una vuelta, no soporto esto ni un minuto más —anuncio—. Que Mencía no se acueste tarde y se termine la cena.

No lo aguanto. ¿Cuándo se darán cuenta de que ya he cumplido los cuarenta y hace tiempo que no soy una niña? ¿Cuándo dejarán de tomar decisiones por mí como si supiesen mejor que nadie lo que me conviene? Tengo que marcharme de este sitio cuanto antes porque esto es inaguantable. Si no fuese por la niña, preferiría vivir en cualquier sitio antes que aguantar sus continuos juicios.

No escucho sus voces, desciendo por la calle a toda prisa, sin un rumbo fijo, simplemente necesito estar sola, sentir el frío aire de la noche. Tras el divorcio me juré a mí misma que recuperaría mi autoestima y mis padres no están siendo de gran ayuda.

Mi exmarido siempre me trató como a una propiedad, la esposa guapa que iba siempre colgada de su brazo. Al principio me

exhibía como a un trofeo, como quien exhibe su coche nuevo delante de sus amigos. Se ve que con el paso de los años no fui suficiente para él y necesitó buscarse un trofeo más joven y vistoso. Pero yo soy mucho más que eso y no dejaré que nadie pise mi dignidad.

Capítulo 19

Iria

En los últimos días, he estado encerrada en mi biblioteca escribiendo, ni siquiera he bajado al pueblo. Suelo mantener una rutina de tres días de escritura a la semana en el café de doña Paloma, las rutinas son importantes para mí, me aportan seguridad.

En cambio, esta vez es diferente. Escribo sin cesar sobre el libro que describe más o menos la historia entre Isabel y yo y tengo el final perfecto. Cada día, las palabras fluyen con facilidad, mis dedos vuelan sobre el teclado. Es como si la historia estuviese viva dentro de mí, suplicando que la dejase salir a la luz, como si necesitase contarla a toda costa.

He avanzado tanto que me sorprendo a mí misma y cuando estoy en ese estado tan solo quiero seguir escribiendo.

En un extraño estado de euforia por el exceso de café y la falta de sueño, mis dedos se deslizan por la pantalla del teléfono móvil buscando el teléfono de mi asistente personal.

—Buenos días, Margo —saludo en cuanto Margarita responde al teléfono—. ¿Está mi cabaña en buenas condiciones como para pasar en ella unos días?

Hace tres años, tras el éxito de una serie de libros de romance histórico, me regalé a mí misma una pequeña cabaña perdida en los Picos de Europa. Es el lugar perfecto para escribir, no hay nada alrededor y cuando digo nada, es nada. Tan solo monte hacia cualquier punto que dirija la mirada.

Lo más importante, no tengo internet y tampoco señal para mi teléfono móvil. Sé que a la pobre Margo le costó encontrar un lugar así, ajeno a la civilización, pero al mismo tiempo relativamente cerca de mi casa.

No es que la utilice muy a menudo. Como máximo una o dos veces al año, sobre todo cuando me atasco o cuando quiero forzar un alto número de palabras. Ese es justo el caso en estos momentos. Por algún motivo, allí las palabras vuelan. No tengo horarios, hay veces que apenas sé si es de día o de noche.

Tan solo escribo y escribo, intercalando algún paseo junto a Bruno que disfruta corriendo detrás de los pequeños animales que nos encontramos por el camino sin ser capaz de alcanzarles nunca. Cuando regresamos de esos paseos, el enorme perro duerme como un angelito, el ejercicio en la naturaleza le viene muy bien.

En una semana en la cabaña terminaré el primer borrador. Necesito dejarlo salir como sea o me acabará consumiendo.

Isabel

Llena de rabia, camino por las oscuras calles del pequeño pueblo sin un rumbo fijo. Solo quiero despejar la mente, olvidarme de las estúpidas palabras de mis padres, ordenar mis ideas con respecto a Iria. Si las cosas fuesen bien con ella, ahora mismo estaría en dirección a su casa, pasaríamos la noche juntas y encontraría consuelo a su lado. Pero llevo tres días sin saber nada de ella y no seré yo la que coja el teléfono para llamarla.

Siento que la ira recorre mi cuerpo, me hierve la sangre solo de pensar en la desfachatez que ha tenido mi exmarido presentándose en la casa de mis padres para pedirme que vuelva. Y lo peor es que mis propios padres le habían ayudado a trazar el plan.

Ya ni siquiera sé en quién puedo confiar y en quién no. Para complicar las cosas ha comenzado a *orbayar,* las finísimas gotas de lluvia empapan mi ropa sin que apenas pueda notarlas. Mi pelo despeinado cuelga ahora sobre mis hombros en mechones desaliñados. Imagino mi propia imagen y me doy pena; mis ojos rojos e hinchados de llorar, mis labios agrietados y secos.

Llena de rabia, le doy una patada a una piedra haciéndola volar por el aire, cae sobre el pavimento emitiendo un sonido áspero y lastimoso que refleja a la perfección mi actual estado de ánimo. Me invade una tristeza profunda, ojalá pudiese hablar con Iria. Las lágrimas llenan mis ojos nublándome la visión.

¿Cómo he llegado a este punto? En la universidad se abría ante mí una vida llena de oportunidades. Llamaba la atención de mis compañeros, siempre me invitaban a todas las fiestas. Cuando me casé con Luis nuestra vida parecía perfecta. Ahora me encuentro con cuarenta y dos años divorciada, con una niña pequeña a mi cargo, viviendo con mis padres por falta de dinero y con una novia de la que no sé nada desde hace tres días.

A veces pienso que si pudiese volver atrás en el tiempo haría las cosas de un modo totalmente diferente. ¿A quién no le gustaría poder regresar al pasado con los conocimientos que tenemos ahora? Podría cambiar tantas cosas…

De pronto, la oscuridad de la noche se convierte en una luz cegadora a medida que un coche se acerca a toda velocidad. Escucho el ruido del motor, el rechinar de las ruedas, una sombra oscura y luego nada.

Por unos instantes, todo se nubla a mi alrededor, estoy aturdida, tan solo huelo a gasolina, escucho el persistente sonido

del motor de un coche alejándose de mí a toda prisa, el dolor, el miedo. El sabor de mi propia sangre, metálico y amargo, las quemaduras del asfalto en mi piel.

Todo está borroso. Siento frío, escucho el sonido estridente de una sirena, alguien que me pregunta cómo me llamo, el dolor. Más tarde el silencio, la oscuridad, la paz.

***

Abro los ojos con dificultad, lentamente. Escucho el pitido constante de un monitor, el sonido del tic-tac de un viejo reloj, el murmullo de una conversación que no logro identificar. Hay luz, mucha luz. Y frío.

—¿Estoy viva? —pregunto a una mujer con la bata blanca que se inclina sobre mí.

—Sí, tranquila. Has tenido mucha suerte, pero te recuperarás sin consecuencias graves —responde con una sonrisa.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunto con un hilo de voz.

—Has sido atropellada por un coche que se dio a la fuga. Por suerte, perdió el control del vehículo unos kilómetros más tarde y se estrelló contra un muro, gracias a eso te hemos encontrado pronto. Se recuperará también, era un coche de alta gama y tenía buenas medidas de seguridad. Ahora está custodiado por la policía y poco más tarde le tomarán declaración tras las pruebas de alcohol y drogas.

—¿Qué lesiones tengo? —pregunto con miedo.

—Fractura de tibia distal y del escafoides —explica—. Como te digo te recuperarás pronto, serán de seis a ocho semanas de escayola para la tibia y de seis a doce semanas de inmovilización para el escafoides.

—Son tres meses de dolor físico y emocional —susurro para mis adentros.

La doctora me dirige una mirada seria, pero dudo que comprenda mi preocupación.

—¿Podemos llamar a alguien?

—A Iria Maiolo —respondo sin dudar.

—¿Tiene el número en su móvil? —pregunta.

—Está como contacto de emergencia.

La doctora asiente de manera lenta y meticulosa y se lleva mi teléfono móvil. Menos mal que puse el número de Iria hace dos semanas como contacto de emergencia. Pensar que hasta hace poco tiempo todavía tenía por pereza el teléfono de mi ex hace que se me revuelvan las tripas y tenga ganas de vomitar.

—Su contacto de emergencia no responde a las llamadas —anuncia la doctora regresando a la habitación—. La enfermera ha llamado a su madre y ya viene de camino hacia aquí —añade.

Mierda, no tengo ganas de verlos y menos en estos momentos. ¿Por qué no contesta Iria? ¿Puede estar todavía tan enfadada como para no responder a mis llamadas? Ya ni siquiera recuerdo por qué nos enfadamos, fue una estupidez. Las dos somos tan cabezotas que ninguna ha querido disculparse.

***

El viaje en coche hasta la casa de mis padres es dolorosamente silencioso. Mi padre conduce mientras yo voy en el asiento de atrás mirando por la ventanilla sin querer entablar conversación. Lo único que quiero es ver a Mencía. Mi madre no ha mostrado ni una sola emoción, es como si pensase que lo ocurrido ha sido culpa mía.

El problema es que no solo no dice nada en el trayecto hasta Mazaricos, sino que en casa habla conmigo solo lo estrictamente necesario. Los primeros días en la casa de mis padres se me pasan abrazada a Mencía, leyendo o llorando. No me abandona la idea de que si me pasase algo, serían mis padres los encargados de criar a una niña de dos años y medio y ya están mayores. Podría haber muerto en ese atropello, ¿qué habría sido de Mencía?

Las llamadas a Iria son un caso perdido, ya incluso he dejado de intentarlo. Siempre está “apagado o fuera de cobertura”, estoy totalmente convencida de que ha cambiado su número para no hablar conmigo y en la situación en la que me encuentro tan solo consigue deprimirme más y empujarme al abismo.

Estos días he comprendido lo mucho que la echo de menos, no entiendo cómo ha llegado a estar tan enfadada como para cambiar de número de teléfono, pero es un golpe devastador para mí. Necesito a Iria en mi vida. Observo la escayola en mi pierna, hace dos días perfectamente blanca y ahora repleta de intentos de dibujos de todos los colores que me ha ido regalando Mencía y me entran ganas de llorar. Joder, la vida no puede ser tan complicada.

Torpemente, dejo un nuevo mensaje en el teléfono móvil de Iria, un tímido “lo siento si te he molestado en algo, te echo de menos”. No espero respuesta, lleva demasiados días sin hacerme el más mínimo caso.

Capítulo 20

Iria

Es increíble todo lo que soy capaz de avanzar cada vez que paso una semana en la cabaña de los Picos de Europa. Concentrada, sin ningún tipo de distracciones, ni teléfono móvil, ni internet, y casi sin utilizar siquiera la luz artificial, las palabras se acumulan sin esfuerzo.

No solo eso, sino que siempre salgo con las pilas cargadas. No nos damos cuenta del estrés que la tecnología ha traído a nuestras vidas, y eso que no tengo cuentas en las redes sociales.

El libro está terminado y el resultado me gusta mucho. No tengo muy claro que mi editorial vaya a estar muy contenta, es un libro muy personal, una novela que no sigue la estructura típica del romance. Pero a mí me gusta. Tengo muchísimas ganas de enseñárselo a Isabel. He estado un poco borde con ella el último día que nos vimos. Más tarde, típico de mí, me negué a llamarla por teléfono para disculparme esperando su llamada. Una llamada que nunca llegó.

Durante estos días perdida en la naturaleza, sin otra compañía que Bruno, he comprendido lo mucho que la echo de menos. Me ha permitido pensar con más claridad y ver las cosas bajo otra perspectiva. A veces, mientras paseaba con el perro, me imaginaba qué estaría haciendo Sabela en esos momentos o se me formaba una sonrisa tonta al pensar en Mencía.

En mis libros siempre hay una sensación de añoranza cuando las protagonistas se separan tras el principal conflicto entre ellas, es lo que se suele llamar la “noche oscura”. Al no poder sacarse de la cabeza a la otra persona se dan cuenta de que están destinadas a estar juntas.

Yo nunca había sentido algo así hasta ahora. De pronto, empiezo a sentir las emociones que experimentan los personajes de mis novelas, algo que tan solo describía desde un plano teórico, y es algo que me asusta y me llena de emoción a partes iguales. Es como si sus sentimientos se convirtiesen en los míos.

Ahora veo que Aurora tiene razón. Durante toda mi vida he dejado que el pasado condicione mis relaciones. No ya que las condicione, que las destroce, porque mi miedo a sufrir me paraliza y me impide experimentar verdaderos sentimientos de amor.

Mi amiga siempre me dice que todo lo que sufrí de niña durante los años que estuve a cargo de los servicios sociales han

creado en mí un pánico a ser abandonada y eso me impide abrir el corazón a otras personas.

Debo llamar a Isabel, esta semana que he pasado en la cabaña era justo lo que necesitaba para comprenderme mejor a mí misma. Ahora sé que estoy preparada para dar el siguiente paso en nuestra relación y tiemblo de emoción al pensar en la cara que pondrá Isabel cuando se lo diga.

Mientras conduzco por las estrechas carreteras de montaña pienso en lo idiota que he sido, en la paciencia que Sabela ha tenido conmigo durante estos meses que hemos estado juntas. Si no es prueba suficiente de lo mucho que me quiere, no sé qué tipo de prueba estoy esperando.

A medida que me acerco a la civilización, las carreteras se hacen más anchas y de pronto, el teléfono móvil empieza a sonar con la multitud de mensajes y correos electrónicos que me he perdido durante estos días.

Por si pudiese haber algo importante, detengo el coche en un área de descanso y aprovecho para estirar las piernas y comprobar las llamadas perdidas. Hay algunas de Isabel y un par de ellas de un número que no reconozco. Un número que al escuchar el mensaje que me deja en el contestador se me hiela la sangre.

"Buenos días. Llamo del Hospital Clínico Universitario de Santiago. Está usted como contacto de emergencia de una de nuestras pacientes, Isabel Álvarez. Ha tenido un accidente y necesitamos que se ponga en contacto con nosotros de la manera más urgente posible. Gracias".

El mensaje se acaba en ese instante. No me dicen nada más, ni qué ha ocurrido, ni si está bien. Joder, espero que esté bien.

Mis dedos tiemblan mientras se deslizan por la pantalla del teléfono móvil en busca de los mensajes de Sabela. Por fortuna, hay varios mensajes posteriores en los que me explica que ha sido atropellada por un coche que se dio a la fuga y que se ha roto varios huesos. Continúo leyendo, ahora ya más tranquila al saber que su vida no corre peligro, y el último mensaje que me envía me rompe el alma.

"Lo siento si te he molestado en algo, te echo de menos". Dice ese último mensaje y las lágrimas brotan a borbotones de mis ojos como no había ocurrido desde que era una niña.

Joder, soy imbécil. Lleva días intentando ponerse en contacto conmigo y la he dejado sola justo cuando más me necesitaba.

Con el corazón en un puño, vuelvo a poner el motor en marcha y conduzco de un tirón hasta Mazaricos rezando por el camino para que no me pongan una multa por exceso de velocidad. Si le llega a haber pasado algo no me lo hubiese perdonado nunca, no

habría podido superar la culpa.

Mientras recorro una distancia que se me hace infinita, mi mente me recuerda lo imbécil que he sido. Tendría que haberla llamado antes, haberme disculpado por mi actitud y decirle que estaría en la cabaña.

La mente humana es extraña y la mía, seguramente por deformación profesional, me repite que esto es parte de muchas de mis novelas, pero una cosa es leerlo o escribirlo y otra que te pase en la realidad. Tan solo espero que para mí pueda haber también un final feliz, aunque ya empiezo a dudarlo mucho.

Isabel

Vivir en casa de mis padres y apenas poder moverme está siendo una tortura y tan solo han pasado cuatro días. El tiempo se ha vuelto perezoso y se niega a avanzar. Solamente la constante sonrisa de Mencía me devuelve la cordura, aunque cada vez que pregunta por Iria o por *"Bluno"* como ella dice, se me parte el corazón.

Tengo la impresión de que me he convertido en una carga para ellos, ahora no puedo hacer nada salvo cuidar un rato a mi hija. No dicen una palabra, pero sus miradas me lo dicen todo. Peor son algunos de sus comentarios insinuando que si tuviese una pareja me podría estar ayudando, como si no fuese lo bastante duro para mí tener que depender de mi madre hasta para vestirme o ducharme.

—Ya lo hago yo, tú descansa —insiste mi madre al ver que intento llevar un plato sucio a la cocina.

Lo dice en tono condescendiente, como queriendo decir "no sabes la suerte que tienes de tener unos padres como nosotros". Siguen tratándome como a una niña, como si a mis cuarenta y dos años fuese una inútil o una fracasada y no saben el daño que me hacen sin darse cuenta. Tengo que salir de aquí en cuanto pueda.

El timbre de la puerta me saca de mis pensamientos devolviéndome a la realidad. Lo primero que veo es una gran sombra marrón oscura que entra en la casa como una exhalación en dirección al lugar en el que juega mi hija. Más tarde las risas de Mencía y los gritos de mi madre diciendo que saquen a ese monstruo de la casa y de pronto me da un vuelco al corazón. Me doy cuenta de que el enorme mastín no ha podido esperar y se ha colado en busca de mi hija. Y si Bruno está aquí, quiere decir que Iria también.

—¿Qué haces aquí? —escucho decir a mi padre en tono seco.

Normalmente, en el pueblo todos se conocen y cualquier visita es muy bien recibida, incluso sacando de inmediato unas cervezas

o una botella de vino acompañado de chorizo o longaniza caseros.

—He venido a ver a Isabel —responde la persona de la entrada y reconocería esa voz en cualquier parte.

Como una niña pequeña y con el corazón agitado, grito su nombre. Como una niña pequeña y tonta, porque debería estar enfadada con ella. Muy enfadada. Espero que tenga una buena excusa para no contestar a mis mensajes durante todos estos días.

Iria se acerca a mí con los ojos llenos de lágrimas y cualquier resquicio de enfado que pudiera permanecer en mí, desaparece de inmediato. Es la primera vez que la veo llorar y me causa tanta impresión que tan solo quiero abrazarla con fuerza.

—¿Estás bien? Casi me da un infarto al ver tus mensajes, estaba recluida en una cabaña sin cobertura, no sé qué hubiese hecho sin ti, yo…yo…

Sus manos tiemblan, balbucea palabras aceleradas en un intento de darme una explicación que ni entiendo ni necesito.

—Estoy bien, con algo de dolor, pero estaba preocupada por ti —admito.

—¿Por mí?

—Desde nuestra discusión no habíamos vuelto a hablar y ahora no lograba localizarte. Temía que estuvieses tan enfadada como para cambiar de número de móvil.

—¿Cambiar de número de móvil? ¿Para no hablar contigo? Eres una idiota, Sabela —bromea entornando los ojos y llevándose una mano a la frente—. La que tiene que estar enfadada eres tú, te he fallado justo cuando más lo necesitabas.

—Lo que necesito es que me saques de aquí. Mis padres me están volviendo loca. Sé que intentan ayudar, pero no puedo continuar así. ¿Te estoy pidiendo demasiado? —pregunto con miedo.

—En absoluto, Mencía y tú podéis quedaros en mi casa todo el tiempo que queráis, preferiblemente para siempre —añade y mi corazón se salta varios latidos al escucharla.

—¿Sabes que ni siquiera me puedo duchar sola?

—Con más motivo para salir ahora mismo —bromea alzando las cejas.

—Si Mencía se hace caca o vomita tendrás que limpiarlo tú de momento.

Iria hace una pausa y abre la boca como si fuese a decir algo, aunque las palabras no acaban de salir de su garganta.

—Espero que la parte en la que te enjabono en la ducha lo compense —susurra a mi oído consiguiendo que se me ericen los pelos de la nuca.

En esos instantes, Mencía entra en la cocina seguida del enorme

mastín napolitano y al ver a Iria extiende los brazos para que la coja en cuello. Y ver cómo se agacha hacia la pequeña y la eleva por los aires antes de fundirse en un larguísimo abrazo me deja el corazón demasiado blandito.

—¿Has *tlaido* chuches? —pregunta la niña.

—Alguna tengo en el coche. Espera, ¿solo me quieres por las chuches?

—No, te *quielo muzo polque* mami *es felis* contigo y *quielo* que tú también seas mi mamá —explica Mencía en su media lengua y ahora soy yo la que se pone a llorar.

Capítulo 21

Iria

Con el libro ya enviado a mi editora para una primera corrección, me sorprendo a mí misma al descubrir lo mucho que empiezo a disfrutar de la compañía de Isabel y la pequeña Mencía. Nunca me han gustado los niños, pero esta cría me está ablandando el corazón. Quizá sea por su manera de hablar usando medias palabras o el modo que tiene de tirar de mi ropa o de mi dedo meñique cuando reclama atención.

—Y tras recoger sus cosas, la oruguita Mencía volvió a casa con sus mamás y su perrito. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

—Le encantan tus cuentos —susurra Isabel arropando a la niña antes de besar mi frente.

Le he escrito tres o cuatro cuentos muy sencillos en los que ella es siempre la protagonista y vive en una casa con dos madres. No sabía cómo reaccionaría la niña, pero me pareció buena idea que descubriese a través de los cuentos que se podía formar una familia feliz de ese modo. Al fin y al cabo, me gustaría que fuese lo que le espera en el futuro.

La pequeña Mencía los escucha cada noche antes de dormir con los ojos muy abiertos, admitiendo con total naturalidad que es algo normal tener una familia feliz con dos mamás.

—¿Te gustaría ir al cabo Fisterra mañana? —le pregunto una vez que la peque se ha quedado dormida.

—¿Y esto? —Isabel señala a su escayola, ya totalmente garabateada con los dibujos de Mencía y se encoge de hombros.

—Vamos en coche y con la silla de ruedas. No pretendo tirarte por el acantilado todavía —bromeo antes de besar sus labios.

—Bien, a Mencía le encantará —me asegura—. Tengo que hablar contigo.

De inmediato, mi cuerpo se pone en alerta al escuchar esas palabras. A lo largo de mi vida, cada vez que alguien me dice “tengo que hablar contigo” o “tenemos que hablar”, la mayor parte de las veces es algo malo, así que de manera subconsciente me preparo para lo peor.

—El conductor que me atropelló superaba los límites de alcohol en sangre y había consumido drogas. Me van a indemnizar por las lesiones.

—Me alegro mucho. Se hará algo de justicia, pudo haberte

matado y se dio a la fuga, ni siquiera se detuvo para llevarte al hospital —cada vez que pienso en lo ocurrido, me hierve la sangre porque por algún motivo me sigo culpando a mí misma por no estar allí para Isabel—. ¿Cómo te sientes?

—Supuse que estaría más feliz por su condena y por la indemnización, pero la verdad es que me siento neutral. No sé, solo quiero que me quiten la escayola y recuperar mi vida normal. Olvidarme de esta mierda —anuncia señalando a su pierna rota.

—Yo echaré de menos ducharte por las mañanas —susurro.

—No hay nada que te impida seguir haciéndolo —responde acariciando con lentitud mi mejilla con el reverso de su mano. Esa manera que tiene de deslizar sus dedos por mi mejilla y mi cuello siempre consigue hacerme estremecer.

—No sé si tus padres estarían muy contentos si voy a su casa todas las mañanas a ducharme contigo.

—¡Qué idiota eres, Iria! Vaya escritora romántica que estás hecha. No pillas ni una indirecta. Te estoy diciendo que me gustaría quedarme contigo, si tú quieres, claro. Puede que tenernos a Mencía y a mí en la casa sea demasiado barullo a la hora de escribir.

—Nada me haría más feliz —reconozco y al escuchar sus palabras me da un vuelco el corazón.

***

A la mañana siguiente, Mencía entra corriendo en la cocina con unas gafas de sol en la cabeza y un traje de baño de patitos azules.

—*Eztoy lista* —anuncia impaciente.

—¿Sabes por qué le pusieron ese nombre al sitio al que vamos a ir? —pregunto poniéndome en cuclillas para estar a su altura.

La niña niega efusivamente con la cabeza y abre mucho los ojos esperando mi respuesta. No tengo ninguna experiencia con niños, ni de esa edad ni de ninguna, pero una de las cosas que más me gusta de Mencía es sus enormes ganas de aprender. Escucha cada explicación y parece absorber todo lo que le cuento como una esponja.

—Nosotros lo llamamos Fisterra o Finisterre y ese nombre se lo pusieron los romanos cuando llegaron a Galicia. Al atardecer, el sol parece desaparecer en el agua y cuando encontraron el antiguo altar de Ara Solis, pensaron que allí se acababa el mundo. Más allá de esas aguas estaba el “Mare Tenebrosum” o “Mare Externum” que ellos creían que eran unas aguas desconocidas y peligrosas repletas de monstruos. Por eso le pusieron el nombre de “Finis Terrae”, el fin de la tierra.

—Me encanta que le expliques cosas a Mencía, pero creo que la

has asustado un poco —suspira Isabel acercándose a mí y acariciando mi espalda.

—Considero que deberíamos hacerle unas pruebas para ver si es superdotada —anuncio sin hacer caso a lo que me está diciendo.

Isabel tan solo se ríe y entorna los ojos ante mi comentario.

—Por favor, dime que no te vas a convertir en una de esas madres que llenan a sus hijos de actividades y no les dan un minuto de descanso —bromea regalándome una sonrisa por la que se podría morir.

Antes de que nos queramos dar cuenta, llegamos al faro, disfrutando desde la carretera de unas impresionantes vistas de la costa y de la ría de Corcubión. Me gustaría mostrárselo al atardecer, cuando el sol desaparece en el océano, pero quizá se haga un poco tarde para la niña. De todos modos, esa es una visita romántica que debo hacer a solas con su madre.

A continuación bajamos hasta el pueblo, donde aprovechamos para comer en un pequeño restaurante cerca del puerto que sirve un pescado maravilloso. Me gustaría aprovechar para visitar con ellas la playa de Langosteira, pero veo que Isabel no está muy colaborativa, seguramente está algo cansada y la pequeña Mencía se nos ha quedado dormida.

—Ha sido un día magnífico, Iria, muchas gracias —susurra Isabel acariciando mi rodilla mientras conducimos hacia mi casa.

—Gracias a ti por venir. Lo he disfrutado muchísimo.

—Esto es lo que siempre quise —admite de pronto apretando mi rodilla.

—¿Qué?

—Una familia para Mencía con la que poder hacer este tipo de cosas. Cuando nació la niña, mi matrimonio ya iba muy mal.

—Yo nunca tuve de eso, al menos que yo recuerde —confieso apretando su mano.

Normalmente, no le hablo a nadie de mi infancia. No es algo agradable o que quiera recordar, pero creo que estamos entrando en un punto de nuestra relación en el que estoy dispuesta a abrir mi alma con Isabel. O como mínimo, Aurora me dejará tranquila, porque insiste cada día en que le cuente mi pasado para que entienda mejor mi presente.

Y quizá debería haber elegido un momento mejor, uno en el que estuviésemos a solas, acurrucadas bajo una manta para poder recibir los mimos que de pronto necesito. Que los ojos se te llenen de lágrimas mientras vas conduciendo no es la mejor de las ideas.

Isabel simplemente me escucha, acariciando mi brazo derecho o mi rodilla, agradeciéndome que por fin haya tenido el valor de

contarle lo complicada que fue mi infancia sin una familia, entendiendo que me falta la referencia de una estructura familiar.

—Gracias —susurra cuando llegamos a mi casa.

—¿Gracias?

—Por ser tú misma, por empezar a mostrarte como de verdad eres. Por lo que estás haciendo por nosotras y sobre todo por el esfuerzo que haces con Mencía a pesar de ser niñofóbica como tú dices.

—Ya no tengo tan claro que lo sea, al menos no con Mencía —suspiro.

Isabel está a punto de decir algo cuando la niña, que parece haber revivido después de dormir durante todo el trayecto, llega corriendo seguida por su ya inseparable Bruno. El enorme mastín ha olvidado por completo los años que hemos compartido juntos y no se separa de la pequeña.

—¿*Juegaz*? —pregunta.

—Ahora estoy pasando un rato con mamá —respondo deseando continuar con nuestra conversación.

—*Por fi* —insiste.

Isabel entorna los ojos, mira a su hija antes de dirigir su mirada hacia mí y con un largo suspiro, me hace una seña para que vaya con la niña.

—¿Estás segura?

—Estoy leyendo el último libro de Iria Maiolo, mi autora favorita. Bueno, al menos hasta que pueda leer el misterioso manuscrito ese que has escrito en la cabaña de los Picos de Europa. Me vendrá bien un poco de paz y tranquilidad —admite al tiempo que saca de su bolso mi último libro.

Y mientras voy a jugar con Mencía y Bruno, se dibuja en mi cara una sonrisa boba. Llevo mucho tiempo escribiendo, pero que la mujer de la que estoy enamorada usase en la misma frase mi nombre y autora favorita, me ha dejado el corazón muy blandito.

Capítulo 22

Isabel

Tras el agotador día visitando el cabo Fisterra, Mencía se quedó dormida en mis brazos, ni siquiera quiso cenar, cosa que me vino muy bien para una rápida ducha con Iria.

A pesar de que sigo llevando la escayola, voy adquiriendo cierta destreza y creo que me las podría apañar yo sola en la ducha, pero no voy a negar que tener a Iria completamente desnuda a mi lado y dejar que me enjabone es mucho mejor que ducharse sola.

Las tardes de sofá y manta mientras vemos la televisión y me dejo mimar es algo a lo que también me estoy acostumbrando muy rápido.

—¿Esperamos a alguien? —pregunto al ver que han llamado al timbre de la verja que da acceso a la finca.

Iria se encoge de hombros y se levanta para ver quién es. Su cara de sorpresa me dice que algo no va bien.

—Son tus padres —anuncia abriendo las manos.

—¿Qué quieren y por qué vienen a estas horas?

—¡Cómo lo voy a saber!

—Joder, pues pregunta, Iria.

—Pero ¿quieres que entren o no?

—Pregunta primero a ver lo que quieren —insisto.

En la pantalla del video portero puedo observar la imagen de mis padres, sus caras muy serias, mientras Iria les abre la puerta para pasar.

—¿Por qué no has preguntado?

—Son tus padres, joder —se queja Iria—. No vamos a dejarles ahí fuera.

En unos minutos mis padres toman asiento frente a mí y tras las preguntas de rigor sobre mi estado de salud y sobre su nieta Mencía, se forma entre nosotros un incómodo silencio.

—Os dejo a solas —anuncia Iria al observar que la situación se ha puesto algo tensa.

—No, quédate —ordeno cogiendo su mano entre las mías y apretándola con fuerza.

Asiente con la cabeza y veo por la expresión de su rostro que no tiene ninguna gana de quedarse, pero debe aprender que cuando estás en una relación con alguien lo estás para lo bueno y para lo malo.

—¿Para qué habéis venido realmente? —pregunto en un tono

bastante borde.

—Hemos venido a disculparnos —responde mi madre entregándome una bolsa con una caja de bombones. Tampoco se han matado, es una caja de bombones de esas rojas y de las pequeñas.

—Os escucho.

—Nos hemos equivocado —anuncia mi padre en vista de que mi madre se queda callada.

—¿Tú crees? —resoplo.

—No nos lo estás poniendo nada fácil, hija —se queja mi madre.

—A veces no es fácil para unos padres comprender que su única hija ya se ha hecho una mujer adulta hace años y no nos necesita. Solo hemos tratado de ayudarte, pero estábamos equivocados —admite mi padre bajando el tono de voz.

—¿Una mujer adulta? Joder, papá, tengo cuarenta y dos años. No podéis tratarme como si fuera gilipollas.

Y menos mal que Iria aprieta mi mano para intentar calmarme, porque siento una corriente de ira recorrer mi cuerpo y sé que si me deja sola esta conversación no va a acabar bien.

—Déjales hablar —susurra Iria inclinándose hacia mí para besar mi sien.

—Supongo que lo que queremos decir es que si realmente eres feliz junto a Iria, para nosotros eso es lo más importante —indica mi padre mientras mi madre asiente con la cabeza al escuchar sus palabras.

Apenas puedo creer lo que acabo de oír. Miro hacia Iria y se ha quedado pálida. Supongo que esto hace un poco más real nuestra relación y desde siempre, su primera reacción ante algo así ha sido salir corriendo.

—Bueno, solamente queríamos decirte eso. Pedirte perdón y que supieses que tienes todo nuestro apoyo. Por supuesto, si quieres volver a casa puedes hacerlo cuando quieras —añade mi madre.

—Pienso que me quedaré con Iria. Si a ella no le importa, claro.

Mis padres asienten con la cabeza casi al unísono, mientras que Iria se ha quedado callada. Es una persona a la que le cuesta a veces manejar los sentimientos y me imagino que se le están acumulando. La decepción parece grabada en el rostro de mis padres al escuchar mi respuesta, así que prefiero suavizarla ahora que las cosas empiezan a mejorar entre nosotros.

—Pero podríamos quedar un par de veces por semana para comer o cenar juntos —anuncio—. Y por supuesto, podéis llevaros a Mencía cuando os apetezca.

La expresión de su cara cambia por completo y de pronto, ambos se levantan para acercarse a mí y darme un abrazo que no me esperaba.

***

—Te quiero —susurra Iria regresando al sofá una vez que mis padres se han marchado antes de besar mis labios.

—Vaya, eso ha sido…

—¿Repentino? —pregunta Iria.

—Sí, supongo que repentino. ¿Sabes que es la primera vez que me lo dices?

—Me cuesta decirlo —admite con un susurro.

—En tus libros las protagonistas se lo dicen como un millón de veces —bromeo.

Iria se encoge de hombros ruborizándose ligeramente y yo no puedo evitar inclinarme sobre ella y tirarla en el sofá para besarla. Sé que son solamente dos palabras. Dos palabras que para algunas personas pueden resultar incluso vacías, pero para Iria tienen tanto significado que cuando por fin las ha pronunciado, sé que lo ha hecho con su alma.

Antes de que pueda darme cuenta, mi mano derecha se cuela bajo su ropa en busca de sus pechos y sus pezones se endurecen bajo mis dedos mientras nos besamos. Esos pezones que no me canso nunca de besar, a los que me estoy volviendo adicta.

Y es que toda su persona es adictiva. Puede que sea algo torpe con sus sentimientos, es sin duda muy maniática para muchas cosas. También tozuda y cabezota, pero bajo ese manto hay una mujer increíble, llena de bondad y tremendamente inteligente. Una mujer que cada día me atrae más y más hasta el punto de que ya no podría imaginar un futuro sin ella.

Capítulo 23

Isabel

Los últimos días han sido fabulosos. He hablado con mis padres casi todos los días y las cosas vuelven a estar bastante bien entre nosotros. Soy consciente de que para ellos aceptar mi relación con Iria debe de ser complicado, sobre todo para mi madre que siempre ha valorado lo que ella considera una estructura familiar tradicional. Es como si de pronto hubiesen descubierto que me he hecho adulta y ya no tratan de influir continuamente en mis decisiones.

Iria se ha encerrado en su despacho para una mañana de escritura. Desde que me he roto la pierna ya no incluye el café de doña Paloma en su rutina semanal, pero se encierra cada mañana de nueve a dos en su despacho y no se la puede molestar. Al principio, me sorprendía lo mucho que se enfadaba si se la interrumpía en medio del proceso de escritura, decía que se iban las ideas. Ahora empiezo a comprender que debe de ser cierto.

Mencía corre por el jardín tratando de alcanzar a una mariposa, su cola de caballo rebotando a cada paso, mientras el bueno de Bruno la observa impasible, pero siempre dispuesto a intervenir si considera que hay algún peligro.

Cuando no llueve, los días de primavera en Mazaricos son preciosos. El aire es fresco, con un olor a tierra húmeda y lavanda. El sol se eleva en el horizonte en un maravilloso arco naranja sobre el azul claro del cielo y el jardín de Iria es un derroche de color con plantas de todo tipo perfectamente cuidadas.

Aprovecho la tranquilidad para leer los dos últimos capítulos de su último libro cuando, de pronto, una llamada telefónica interrumpe mis pensamientos.

—¡Marta! Hacía un montón que no hablábamos —saludo al escuchar la voz de mi amiga.

Marta y yo éramos mejores amigas en la universidad. Más tarde, la vida se interpuso entre nosotras. Bueno, más que la vida, la extraña habilidad que ambas teníamos de acabar siempre con los novios más gilipollas. Un mal día, el novio que tenía por aquel entonces intentó ligar conmigo, yo se lo comenté a ella y nos acabamos enfadando. Aquel incidente nos separó durante un tiempo, pero las cosas volvieron a la normalidad. Ya no nos vemos tan a menudo, incluso pasamos a veces semanas sin hablar, pero es una de esas amigas que sabes que está siempre ahí si la

necesitas.

—¿Te acuerdas de mi exmarido? —pregunta.

—¿Cuál de ellos, el imbécil o el osito de peluche?

Marta pasó por los dos extremos en sus matrimonios. El primero era un cretino integral, el segundo un cacho de pan, pero según ella demasiado bueno. Ninguno de los dos duró mucho.

—El osito de peluche —responde. Si el pobre supiese que le llamamos así…

—Sí, me acuerdo de Tomás.

—Su empresa está buscando una persona para el departamento de contabilidad aquí en Madrid. Pagan bien y es un trabajo estable. Le he hablado de ti y ya sabes que siempre te tuvo en mucha estima. Si quieres el trabajo, es tuyo —anuncia dejándome sin palabras.

—Puf, no sé qué decir —es todo lo que soy capaz de responder mientras se me forma un extraño nudo en el estómago.

—Pues di que sí. Las dos estamos solteras ahora, podemos volver a salir por las noches y disfrutar de la vida sin ataduras.

Hago una pausa por unos instantes sin atreverme a continuar con la conversación. Observo a Mencía riendo a carcajadas mientras persigue a la mariposa, a Iria encerrada en su despacho, encorvada hacia su ordenador, sus dedos volando sobre el teclado.

—¿Isa? ¿Sigues ahí? —insiste mi amiga al ver que no respondo.

—Gracias por la oferta, te digo algo en un par de días.

—¿Estás segura? Es una oportunidad única, lo que esperabas para volver a Madrid y salir de ese pueblo.

—Lo sé, es solo que… bueno es algo complicado. Te digo algo en dos días como mucho, de verdad —le aseguro antes de colgar la llamada.

Dejo escapar un largo soplido y me quedo mirando al infinito durante unos instantes. Si hubiese recibido esa llamada hace unos meses no lo hubiese dudado ni una décima de segundo. Pero ahora está Iria y ya empieza a ser una pieza fundamental en mi vida. He tomado muchas decisiones egoístas, pero pienso que esto puede funcionar de verdad. Mencía es mucho más feliz aquí que en Madrid, para una niña que cumplirá pronto los tres años poder criarse en la naturaleza es una gran oportunidad.

Pero hay también muchos puntos negativos. No depender siempre de que doña Paloma mantenga mi puesto de trabajo en un viejo café en el que apenas entra gente. Tampoco quiero ser una gorrona y vivir de los ingresos de Iria. Y tarde o temprano, Mencía se hará mayor y en Madrid tendrá más oportunidades. ¿Por qué la vida tiene que ser tan complicada?

***

Después de comer, me quedo absorta en el sillón con la mirada vacía. Ni siquiera sé lo que están poniendo en la televisión, la llamada de Marta me ha dejado intranquila, llevo todo el día perdida en mis pensamientos, valorando las distintas opciones, sin saber si quedarme o mudarme a Madrid.

Sé que debería hablarlo con Iria, pero también sé que la sola idea de sacar el tema nos haría daño a las dos. Tampoco puedo hablarlo con mis padres, ellos quieren que me quede en Mazaricos a toda costa. Conclusión, que tendré que decidir por mí misma y eso siempre me ha resultado difícil.

—Sabela, ¿puedes venir un momento? —grita Iria desde su despacho.

Por unos momentos dudo, creo que es la primera vez que entro en su despacho. Es su lugar sagrado, donde debe escribir el primer y el último capítulo de cada libro. Sus rituales son demasiado complicados y a veces pienso que necesita una tabla de Excel para seguirlos. Dependiendo del día o la hora debe escribir en el despacho o en la biblioteca, con un ordenador portátil o con el PC de sobremesa. Esas manías a las que me empiezo a adaptar, pero que todavía me vuelven loca.

—Te preguntarás por qué te he llamado —dice con el rostro muy serio, casi descompuesto, como si estuviese sintiendo una terrible presión.

—Joder —murmuro para mí misma.

Lo que me faltaba es que ahora tenga dudas sobre nuestra relación. Sabía que tarde o temprano esas dudas llegarían, para Iria es algo nuevo, no está acostumbrada al compromiso, nunca ha tenido una relación a largo plazo.

Quizá la pequeña Mencía la distrae demasiado a la hora de escribir y para ella la escritura es algo sagrado. Demasiados interrogantes. Se me forma un nudo en la garganta que no me permite hablar, simplemente la miro expectante. Nerviosa ante lo que tiene que decir.

—He estado hablando con Sonia, mi editora —de pronto hace una larga pausa y se queda muy seria.

Sé que Iria se ha acostado con esa tal Sonia un par de veces en el pasado. Siempre me dice que era solo sexo y que nunca hubo nada serio entre ellas, pero cada vez que hablan me quedo intranquila.

—Ha terminado de corregir el borrador del libro nuevo. Me gustaría que lo leyeses antes de seguir adelante —continúa.

—¿Yo? ¿Quieres que lo lea?

Me quedo de nuevo sin palabras. Iria es tremendamente

cautelosa con sus manuscritos, solamente la tal Sonia tiene acceso a ellos hasta que están completamente terminados y para eso quedan varias correcciones.

Es extraño, parece muy nerviosa y yo empiezo a estarlo más aún. No me esperaba que me pidiese leer un borrador tras pasar solamente la primera revisión. Tanto su editora como la propia Iria deben continuar puliéndolo hasta que quede a su gusto. Entendería que me incluyese dentro de sus lectoras beta, pero ¿en una fase tan temprana?

—¿Ocurre algo con este libro? —pregunto con miedo acercándome a ella con pequeños pasos.

—Me gustaría que lo leyeses —es toda la respuesta que recibo, pero la manera en que se aferra a las hojas impresas sin acabar de soltarlo me indica que quizá me encuentre en él algo que no me va a gustar.

Capítulo 24

Iria

En el jardín, el aire huele a hierba recién cortada y la brisa menea las hojas de los árboles creando un murmullo que se asemeja a una canción de cuna. Isabel lee tumbada en una de las hamacas, se ha envuelto en una fina manta y parece no querer retirar los ojos del libro. La observo desde la ventana de la cocina. Envuelta en una paz y tranquilidad tan solo rota por el piar de los pájaros, asiente con la cabeza de vez en cuando o sonríe.

Tratando de no molestarla, doy de cenar a Mencía y me la llevo a su habitación. Le leo una vez más el cuento de la oruguita valiente que escribí para ella hace unos días, ese que le gusta tanto porque se llama Mencía como ella y también tiene dos mamás. Pronto se queda dormida y con mucho cuidado beso su frente antes de salir del dormitorio sin hacer ruido.

Vuelvo nerviosa a observar a Sabela, no es un libro largo, pero no hay manera de saber por qué parte del libro puede ir. Está absorta en la lectura; cada pocos minutos suspira, sonríe o alza las cejas. Finalmente, deja escapar el aire de sus pulmones poco a poco, cierra los ojos y se deja caer sobre la hamaca mirando al cielo.

Es ahora o nunca. Nerviosa, salgo de la casa en dirección al jardín, mis manos temblando, y me siento en una silla junto a ella con el corazón en un puño. Antes de que tenga la oportunidad de decir nada, Isabel toma la palabra.

—Esa escritora del libro es un poco irritante, a veces me apetecía darle un par de tortazos —susurra con una sonrisa extraña.

—¿Qué te pareció la otra protagonista?

—¿La madre soltera?

—Sí.

—Es sencillamente perfecta —susurra encogiéndose de hombros y con una gran sonrisa en los labios—. Pero no me puedo creer que hayas narrado el día que te até a la cama en el hotel de Madrid. Eres una capulla—añade tirando de mí para besarme.

—¿Te ha molestado que esté basado en nuestra historia? —pregunto con miedo.

—En absoluto, incluso creo que he comprendido mejor algunas de tus reacciones, hasta las mías —confiesa—. Pero pensaba que no te gustaba poner parte de ti misma en tus personajes.

—Supongo que es algo especial. Nunca me he sentido tan vulnerable escribiendo un libro. Voy a compartir mis sueños, mis inseguridades, mis anhelos. Todo lo bueno y malo que hay en mí. Pero al mismo tiempo ha sido una experiencia bonita y liberadora. Que me hayas ayudado a salir de mi zona de confort dice mucho de lo que te necesito —reconozco cogiendo sus manos entre las mías.

—¿Son lagrimitas eso que veo en tus ojos?

—Supongo que sí —admito desviando la mirada con un poco de vergüenza.

Isabel besa mi frente y de pronto, se pone muy seria.

—¿Pasa algo?

—Me han ofrecido un trabajo en Madrid —anuncia—. Es un buen empleo.

El corazón me da un vuelco mientras mi zapato se arrastra por la gravilla del suelo de manera compulsiva dejando un surco. Sabía que este momento llegaría tarde o temprano. Siempre lo he sabido. Solo esperaba que llegase tarde o quizá me obligaba a ignorarlo, como si no querer pensar en ello no lo hiciese real. Supongo que su vida pertenece al bullicio de Madrid y no a la tranquilidad de un pequeño pueblo de Galicia.

—Lo rechacé.

Mi mirada salta automáticamente desde algún punto indefinido de nuevo a los ojos de Isabel.

—¿Qué?

—Lo he rechazado. Quiero todo lo que hay en tu libro, cada cosa. Un final feliz nosotras dos juntas mientras vemos crecer a Mencía —admite mordiendo su labio inferior.

—¿De verdad?

—¿Por qué te resulta tan difícil de creer? Te he prometido que me quedaría contigo —me recuerda—ya buscaré algo que hacer en el pueblo.

—¿Pasarías el resto de tu vida con una maniática como yo?

—Todos y cada uno de los segundos que me quedan de vida.

—¿Estás segura?

—Joder, Iria —bufa entornando los ojos—. De hecho, he estado pensando en algo las últimas dos semanas y no sabía cómo te lo tomarías, pero te he dicho que quiero todas y cada una de las cosas que vienen en el libro, así que te lo voy a soltar ya. Con la escayola no puedo moverme mucho, así que te lo pediré desde la hamaca. Iria Maiolo, ¿quieres casarte conmigo? —espeta de pronto.

—Pero ¿estás hablando en serio? —mi cara de asombro de be ser un poema.

—¿Si me pongo de pie con la escayola cuenta como "gran gesto" para el final de una novela? —bromea.

—No me lo puedo creer —suspiro negando con la cabeza.

Isabel se apoya en sus muletas y se levanta de la hamaca quedándose frente a mí.

—Iria, tras perder a mi marido, mi trabajo y mi casa y tener que regresar con mis padres, estaba en lo más bajo. Me sentía rota, como si nadie pudiese quererme. No era suficiente para mi exmarido, no era suficiente para mis padres, yo misma no me consideraba suficiente. Veía que a los cuarenta y dos años mi vida se iba a la mierda. Era una vida mucho más pobre de lo que me había imaginado al terminar la facultad. Luego llegaste tú y pusiste todo mi mundo patas arriba. Me enamoré locamente de una mujer. No voy a decir que ha sido fácil, pero te quiero tal como eres, con tus manías y tus genialidades. Contigo recuperé la autoestima, me he vuelto a sentir amada y segura. Tú me mostraste que no estaba rota y que una nueva vida era posible. Quiero estar contigo para siempre, Iria Maiolo.

—Sabela, yo…

—No puedo poner una rodilla en el suelo, lo siento. Tendrás que conformarte con que me haya puesto en pie —susurra encogiéndose de hombros.

—Yo también quiero estar contigo para siempre —confieso levantándome de la silla y cogiéndola por la cintura—. No soy muy de bodas, pero contigo estaré encantada.

—Tu libro no estaría completo, tienes que llevarlo hasta las últimas consecuencias —bromea antes de apagar sus palabras en mis labios.

Y de pronto, con ese sencillo beso, con esa promesa, me invade una sensación extraña. Es mirarla a los ojos y saber que he encontrado a la persona perfecta, a esa a la que estaba destinada a conocer, aquella con la que quiero pasar el resto de mi vida. Y comprendo que todo el dolor que he sufrido en mi infancia, todas las dificultades, han valido la pena porque estoy aquí con Isabel. Me completa de un modo en que nadie lo había hecho y cada vez tengo más claro que no puedo ni siquiera imaginar un futuro en el que no esté a mi lado.

—Nos casamos el próximo fin de semana —anuncio decidida.

—¿Estás loca? No nos da tiempo a preparar todo el papeleo, además, ¿cómo me voy a casar con la escayola? —pregunta negando con la cabeza.

—Me llevo muy bien con un notario de la zona, podemos agilizar los plazos y estás preciosa con la escayola —le aseguro.

—Estás loca, Iria. Quiero una sesión de fotos bonita, de esas

que te apetece volver a recordar cada cierto tiempo. No puedo aparecer con la escayola —se disculpa.

—Tres semanas —concedo—. En cuanto te quiten la escayola nos casamos, pero entonces tendrás que dejarme elegir el lugar.

—Está bien, sorpréndeme.

—En el Monte Pindo, frente a la Reina Lupa —propongo con los ojos envueltos en lágrimas.

—¿El monte sagrado de los Celtas? Me imaginaba que ibas a decir algo así, todavía recuerdo lo insoportable que te pusiste el día que nos conocimos. "Habla poco y habla bien" —repite en tono de burla como si quisiera imitarme.

— *Abair ach beagan is abair gu maith* —suspiro recordando ese instante.

Capítulo 25

Isabel

Sabía que iba a llorar. Soy demasiado sentimental para estas cosas. Hemos decidido ir en dos coches diferentes hasta el Monte Pindo. Me sigue pareciendo de locos casarse en medio de un monte, pero sé que para Iria es un lugar mágico. De algún modo, ella tiene una conexión especial con las antiguas tradiciones Celtas y ese monte era su lugar sagrado, un poco como el Olimpo de los griegos.

Mencía no me quita ojo, sentada a mi lado en el asiento de atrás. Me imagino que le parecerá extraño ver a su madre llorar el día de su boda, aunque sea de felicidad. En los asientos delanteros, mi madre habla y habla sin parar, recordándome que se me correrá el maquillaje si sigo llorando.

Será una boda muy íntima. Por mi parte, nada más que Mencía, mis padres y dos de mis tíos. Por parte de Iria, su amiga Aurora, su editora y una conocida autora de novela histórica.

Frente a la gran roca que representa a la Reina Lupa, Aurora cuenta algunas anécdotas de los tiempos en los que Iria llegó al pueblo, sacando una sonrisa en todos los allí presentes, aunque yo estoy tan nerviosa que ni siquiera escucho sus palabras. A continuación llegará el turno de mi padre, seguramente su discurso será más largo y solo espero que no cuente ninguna historia que me haga pasar vergüenza.

Tan solo puedo concentrarme en Iria y todo lo demás se desvanece a nuestro alrededor. Está preciosa, como si el tiempo se hubiese detenido para que pudiésemos disfrutar de este momento juntas.

—Debemos recoger agua de las siete pías en la cima del monte —anuncia Iria—. Ayer ha llovido y las siete estarán llenas, ya sabes que tiene propiedades mágicas por si decidimos darle un hermanito o hermanita a Mencía.

—Me parece que eso es algo que tenemos que discutir con calma —susurro entornando los ojos y negando con la cabeza.

Iria me había explicado que en "*A Moa"*, el punto más alto del monte, existen siete pías o cazuelas que se llenan de agua cuando llueve y la leyenda les atribuye propiedades mágicas.

—¿Quieres ver la casa de las *meigas*? —pregunta Iria a Mencía poniéndose en cuclillas para estar a su altura.

La pequeña abre los ojos como platos y le da la mano. En su rostro puedo ver ilusión y miedo a partes iguales. Y es que a

veces, Iria no es consciente de que la niña aún no ha cumplido los tres años.

—Esta es la "Cova da casa da Xoana" o "Reverte Demos", anuncia señalando una pequeña cueva fuera de la zona principal del monte—. En la noche de San Juan, las meigas salían de ahí para hacer un aquelarre y después volar por toda la zona —le explica.

—Mamá, ¿existen las *meigas*? —pregunta la niña cogiendo con fuerza mi mano y dejando escapar un suspiro de miedo.

—*Eu non creo nas meigas mais habelas, hainas* —responde por mí Iria, utilizando la típica frase gallega.

Tengo que hacerle un gesto para que deje el tema, porque si se pone a hablar de la mitología de la zona, no calla y luego la niña tiene pesadillas por las noches.

***

Antes incluso de llegar a nuestra casa, la pequeña Mencía se queda dormida. Ha sido un día agotador, lleno de emociones y su cuerpecito no ha podido mantenerse despierto. Iria la coge en cuello y la arropa en su cama, besando su frente antes de desearle buenas noches y pienso para mí que será una madre maravillosa.

—Nuestra noche de bodas —susurra cogiendo mi mano y llevándome al dormitorio.

—Iria, son las siete de la tarde todavía.

—Nunca es demasiado pronto para lo que quiero hacerte —suspira junto a mi oído haciéndome temblar.

La magia del momento es rota por su teléfono móvil. Otra vez se ha separado, lleva unos días haciendo lo mismo y me resulta extraño. Sé que no tengo motivo para no confiar en ella, pero el engaño de mi exmarido me ha dejado muy marcada.

—¿Quién te llama tan a menudo esta última semana? —pregunto un poco enfadada.

—¿Estás celosa?

—Solo me gustaría saberlo. Nunca te separas cuando llaman de la editorial.

—Vale, hay algo que quiero contarte. Es mejor que te sientes —suspira golpeando con la mano el colchón para que me coloque a su lado.

—Joder, Iria, me estás asustando —confieso con un nudo en el estómago.

—¿Te gusta? —pregunta mientras me enseña unas fotos en su teléfono móvil.

Desliza el dedo por la pantalla, pasando varias fotos de un precioso apartamento con una cocina maravillosa y una terraza con vistas al Parque del Retiro.

—Sé que debí habértelo consultado, pero entonces no sería una sorpresa. Lo he comprado para nosotras —anuncia.

—¿En Madrid? Pero si tú odias las grandes ciudades —pregunto confusa.

—No es para vivir allí. Podemos pasar temporadas, tiene una habitación muy bonita para Mencía. Además, cuando me ponga muy pesada con una fecha de entrega o porque estoy atascada en algún punto de la trama, siempre me puedes dejar aquí o enviarme a Madrid para no verme —bromea.

—¡Qué idiota eres, joder! Me encanta ese apartamento, y sí, reconozco que me habías puesto un poco celosa con las misteriosas llamadas de teléfono —susurro antes de besar sus labios—. Yo también tengo algo que decirte.

—¿Y eso?

—Tu amiga, la escritora de novela histórica, me ha ofrecido trabajo como su asistente personal. No es a tiempo completo, pero las tareas son sencillas y podré utilizar mis conocimientos de marketing. Además, puedo hacerlo desde Mazaricos. ¿Qué te parece?

—Que ahora la que se va a poner celosa soy yo —bromea tirándome sobre la cama para hacerme cosquillas—. No, en serio, me encanta, de hecho me vendría muy bien si te encargas también de algunas de mis cosas y te puedo presentar a más autoras. Ahí puedes tener un filón —anuncia alzando las cejas.

—Ahora hay otro tipo de cosas en las que me gustaría pensar y no en esto. Vete quitándote la ropa —ordeno mordiendo mi labio inferior con deseo.

Iria comienza a desvestirse poco a poco, provocándome con cada uno de sus movimientos y siento cómo una ola de calor recorre mi cuerpo.

—¿Tú no te vas a desnudar? —pregunta al ver que sigo vestida.

Niego con la cabeza y sonrío.

—Túmbate en la cama y abre las piernas —susurro con las rodillas temblando.

Iria sonríe y se tumba sobre el colchón, abriendo bien las piernas, su respiración agitada y el deseo latente en sus ojos. Me acerco con lentitud, sintiendo cómo se me acelera el corazón con cada movimiento, sabiendo que en unos instantes su cuerpo estará temblando entre mis manos.

—Separa tus labios con los dedos, quiero ver cómo estás de excitada.

Iria suspira y lleva las manos a su sexo cuando…

—¡Mamá, *teno pezadillas*! —escucho gritar en la habitación de al lado.

—¡Joder! ¿Justo ahora? —protesta Iria llevándose las manos a la cabeza.

—Eso es por la mierda de los cuentos de brujas que le has estado contando, es que se veía venir —me quejo tirándole un cojín a la cabeza.

Y mientras nos vamos quedando dormidas con la pequeña Mencía entre nosotras, pienso que no puedo ser más feliz. No es la primera vez que la niña nos interrumpe ni creo que será la última. Hasta el enorme mastín de Iria nos interrumpe a veces, pero permanecer las tres juntas en la cama, como la familia que siempre soñé, me llena de alegría.

Iria llegó a mi vida de la manera más inusual. Estaba en lo más bajo tras haber perdido mi matrimonio, mi casa y mi estilo de vida en Madrid. Fue duro adaptarse a Mazaricos, pero ha sido lo más maravilloso que me ha pasado en la vida. Sé que es la persona con la que quiero pasar cada segundo, esa en la que puedo confiar, la que me aporta paz y seguridad. Nos tenemos la una a la otra y juntas educaremos a la pequeña Mencía para que un día se convierta en una mujer valiente e independiente.

Mientras observo cómo se queda dormida, sé que no puedo pedir más a la vida.

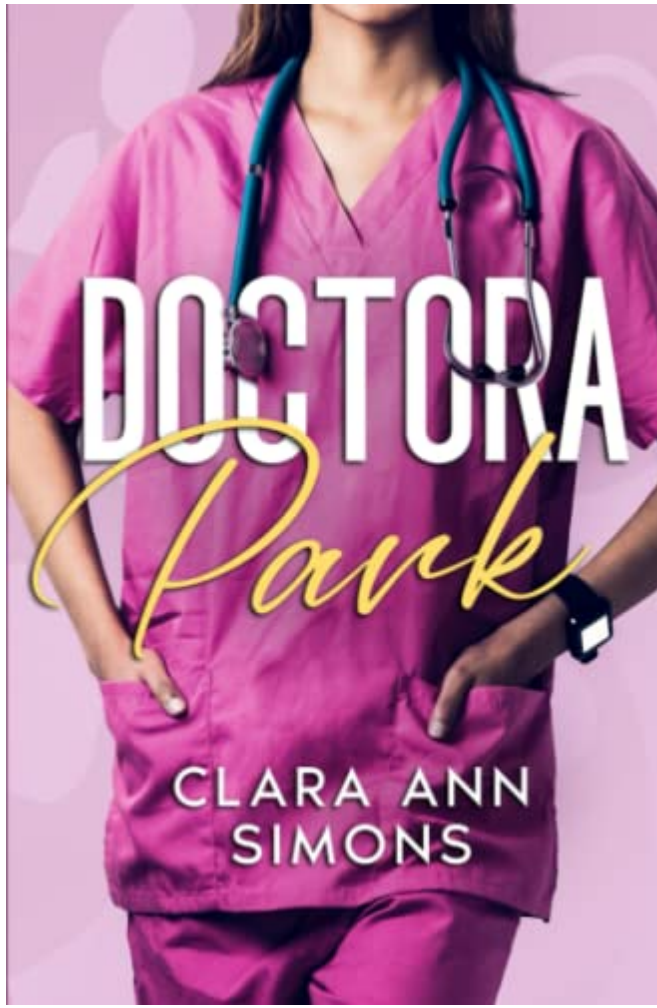
Otros libros de la autora

Tienes los enlaces a todos mis libros actualizados en mi página de Amazon.

Si te ha gustado este libro, seguramente te gustarán también los siguientes: (Y por favor, no te olvides de dejar una reseña en Amazon o en Goodreads. No te lleva tiempo y ayuda a que otras personas puedan encontrar mis libros).

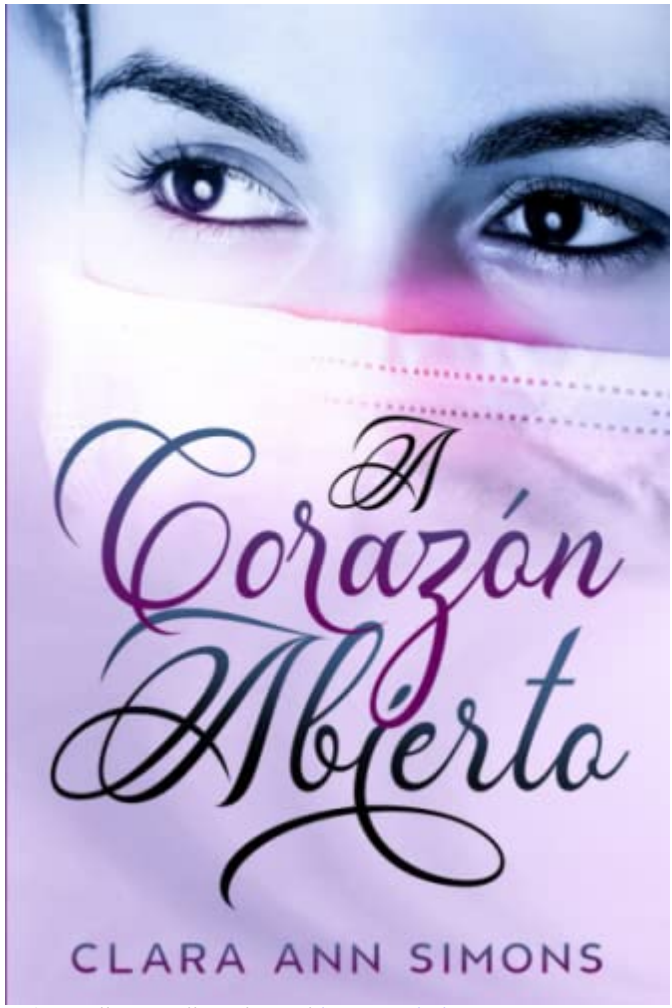
Serie Hospital Collins Memorial. Libros autoconclusivos que comparten hospital y varios de los personajes.

"Doctora Park"



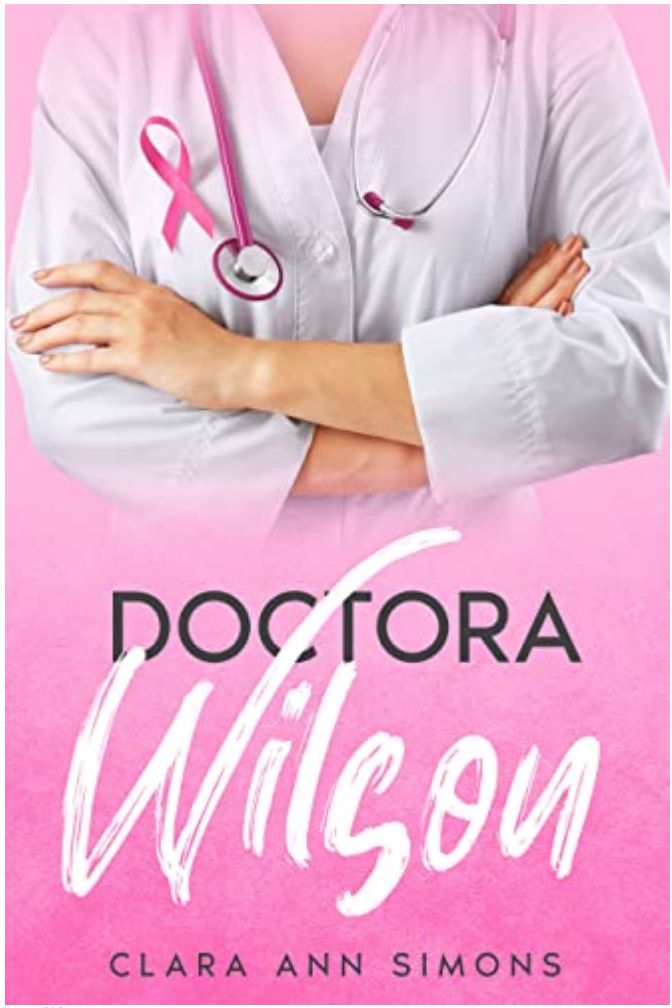
Versión Kindle y Kindle Unlimited https://relinks.me/B09ZV9K3WL
Versión en papel relinks.me/B0B2HQ3NZN

"A corazón abierto"

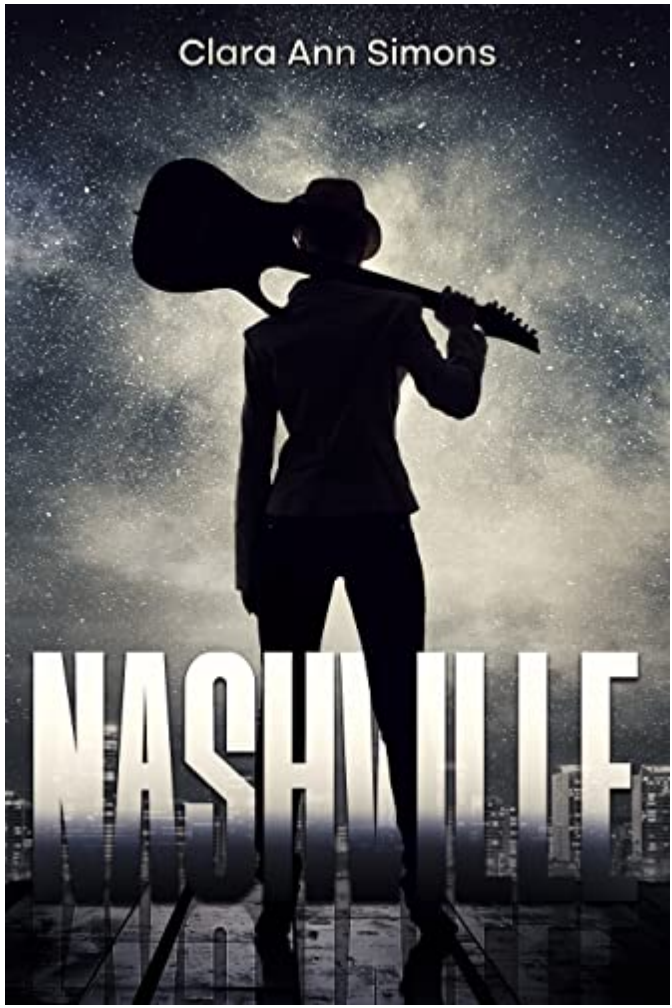


Versión Kindle y Kindle Unlimited https://relinks.me/B0B57SR6WZ
Versión en papel https://relinks.me/B0B9QS31KX

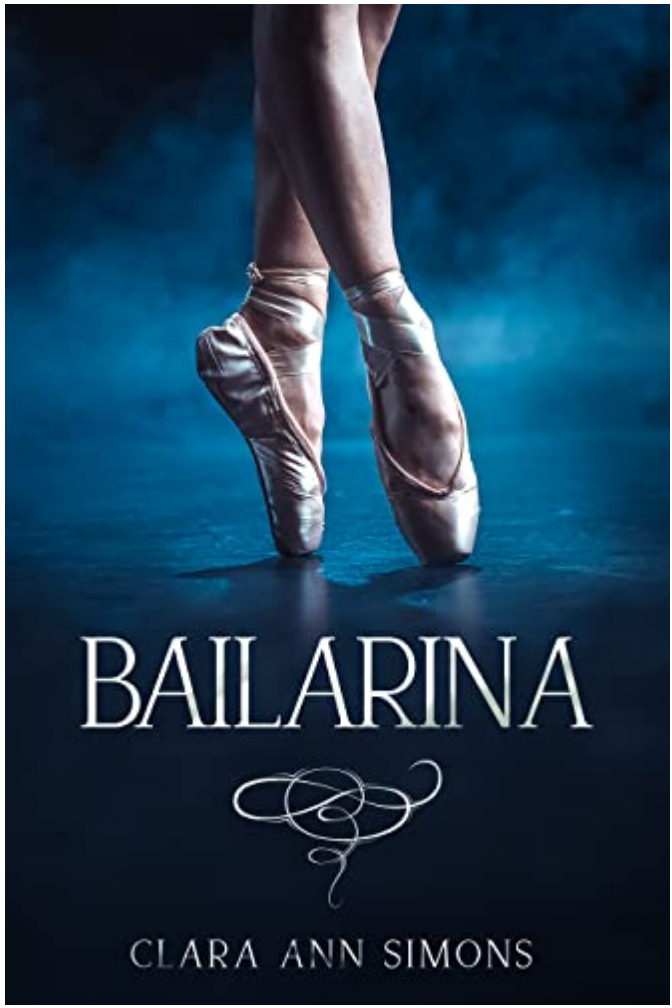
“Doctora Wilson”
Versión Kindle y Kindle Unlimited https://relinks.me/B0BD26HQDX
Versión en papel https://relinks.me/B0BLR5C55W



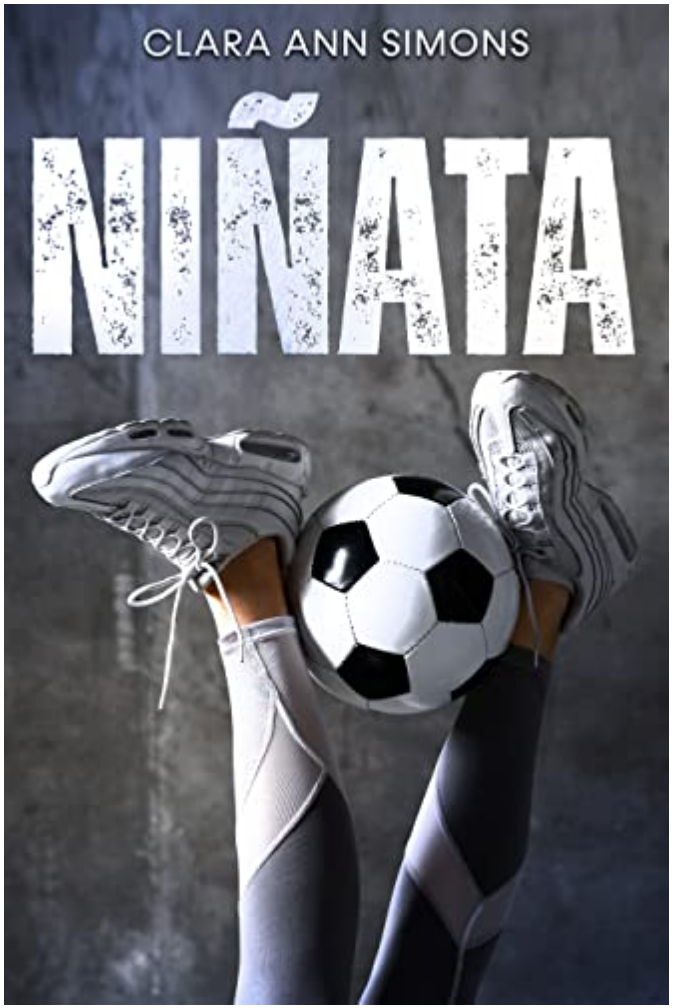
Otros libros que seguramente te gustarán:
“Nashville”
Versión Kindle y Kindle Unlimited https://relinks.me/B09RFVH3YT
Versión en papel https://relinks.me/B09RFWSF3N



“Bailarina”
Versión Kindle y Kindle Unlimited https://relinks.me/B09TPYZ7PC
Versión en papel https://relinks.me/B09TT27LGX



“Niñata”
Versión Kindle y Kindle Unlimited https://relinks.me/B09N3S5C57
Versión en papel https://relinks.me/B09MYVV9NX


CLARA ANN SIMONS
NIÑATA